Es propiedad de la Editorial Ercilla. Inscripción N.o 3814. Queda hecho el depósito legal.

Prensas de la Editorial Ercilla

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

C. Z.

(CANAL-ZONE)

(Los yanquis en Panamá)



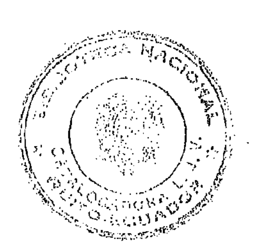
EDICIONES ERCILLA
SANTIAGO DE CHILE
1935

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"



Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Dedico este libro a los negros de Chorrillo y Calidonia. A los revolucionarios mestizos y blancos de Panamá. A los marinos automáticos de la Flota Norteamericana.



Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"


Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

I

Cuando el taller estaba en plena actividad, se olvidaba de todo, hasta de sí mismo. Clavando los dedos afiebrados sobre las teclas de los linotipos. Sudando copiosamente. Leyendo — en plena subconsciencia — aquello que iba escribiendo. Sintiendo que el ruido ensordecedor le machacaba los oídos, penetrándole en todo el cuerpo, tal que un escalofrío. Así, como una rueda más, en el engranaje de las máquinas gritonas sentíase muy poco responsable y muy poco feliz.

Odiaba a los linotipos. No lo podía evitar. Era un odio extraño que le subía desde muy hondo. Que, a ratos, lo ásfixiaba, casi impidiéndole trabajar. Cuando, ante él, parecían reír con sus carcajadas de teclas. Cuando veía caer, por su esfuerzo, una tras otra, las matrices. Cuando se alineaban, como soldaditos de plomo, las letras menudas en los lingotes fundidos. Cuando el chirriar de las ruedas sonábale igual que una orquestación diabólica, antojándosele a ratos que lo que se fundía no era plomo, sino su propia carne. Cuando un calor terrible le mascaba todos los músculos. Cuando devoraba, una tras otra, las cuartillas interminables... ¡Ah!... Entonces hubiera deseado treparse sobre las mesas de atrás. Coger un mazo—el más pesado— y empezar a golpear a las máquinas odiadas. A golpearlas furiosa, despiadadamente, hasta dejarlas reducidas a polvo.

Sólo haciendo un esfuerzo, volvía en sí. ¡Qué estúpido era! Odiar a los linotipos. Y si no fuera por ellos...

Venía el pasado, como un latigazo, en su nuca. Seguía trabajando. Más rápido giraban sus dedos elásticos, como danzarines de caucho, sobre los teclados reverentes. Las palabras — en ritmo cinemático — desfilaban y desfila-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

ban ante sus ojos. No sabía lo que escribía. Desde hacía tiempo trabajaba mecánicamente. La mayoría de las veces sin preocuparse de revisar. Escribía **limpio** porque sí. A eso lo había enseñado el maestro Tattis, el viejo linotipista colombiano.

En el taller de prensa, el chombo Jeffers limpiaba cachazudamente las eormes Duplex combinadas. Al mirarlo, entre el anudamiento de las ruedas y de los brazos complicados, se le veía confundido con las piezas de hierro colado. Se pensaba en los monos saltones sobre los árboles tupidos. Frente al cuerpo de linotipos estaba el Lulo para levantar los anuncios. Al lado de éste, un monotipo para revistas y folletos. También los manejaban chombos. De vez en vez, cruzaban los armadores del periódico del día. Llevaban, en sus manos, galeras con chorizos de plomo, que iban a depositar en la rama, preparando la edición. De arriba venía confusamente el griterío argentino de las máquinas de escribir. Hacía, cada vez, más calor. Un calor que arañaba la carne rugiente bajo el overol caqui.

Y el pasado venía...

Era cuestión de poco tiempo atrás. El—Pedro Coorsi—tendría ahora unos veinte años.

Recordaba vagamente una niñez alegre, sazonada con el oro del Canal, regado a manos llenas por entonces. Su padre — un griego con algo de pirata, robusto y conocedor — trabajaba en una de las dragas, cuando empezaban las exclusas. Ganaba algunos cientos de dólares. Era un hombre alto, fuerte, dominador. No tenía inquietudes de ninguna clase. Se emborrachaba cada vez que podía. Se había ayuntado con su madre para tener quien le preparara la comida y le abriera, de vez en vez, los muslos propicios.

Su obsesión eran las dragas. En las noches de mayor borrachera, cuando llegaba por la madrugada, escandalizaba al vecindario. A ratos, se imaginaba estar en plena faena y daba órdenes con voz estentórea. Otras veces empezaba a narrar la épica lucha de los hombres que trataban de unir dos océanos. El mismo, escuchándose, se encendía

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

más y más. Prendido del pasamanos de la escalera desvencijada. O acompañándose en el relato, con fuertes golpes adjudicados a ciegas sobre todas las paredes.

Era la canción del acero y la canción de la tierra y del océano. El hombre, como un macho inaudito, se lanzaba al asalto de las nuevas rutas. Se oía la ronca voz de la dinamita, el jadeo lejano y angustioso del agua esclavizada, el suspiro de los montes heridos, el relinchar de las portentosas máquinas febriles. Y por sobre todo, la tierra que se abre, como una flor de colosales pétalos; la tierra que se traslada sobre los músculos humanos; la tierra que propicia el puente líquido... Después — entre el cantar del hierro y del cemento — las dragas. Las dragas que extienden sus manos monstruosas para arañar el fango de los fondos marinos.

En esas horas nada lo contenía. Se enredaba en su garganta la emoción de haber vivido esa epopeya. Se sentía él — un capitán de dragas — más héroe que su Aquiles legendario. Había en su actitud algo que imponía y causaba admiración. Viéndolo desde arriba. Escuchando la catarata de sus palabras desbocadas, se le pensaba un gigante.

Cuando, enronquecido, fatigado, terminaba su discurso, subía zigzagueando la escalera. Penetraba en el cuarto en que vivían. Y se divertía dándole golpes a la madre de Pedro.

Era una chomba enorme. De amplias caderas ondulantes. De cabello achicharrado y tupido. De un olor extraño, mezcla de vida y de lujuria. Nada la inquietaba. Nada le hacía variar el pentagrama gris de su vida. Todo para ella tenía el mismo color uniforme, el mismo horario cotidiano. Aun cuando el griego llegaba borracho, aún cuando la insultaba, aun cuando le pegaba, conservaba ella su pasividad extremada, su tranquilidad de esfinge de ébano. No acostumbraba quejarse nunca. No le importaba nada ni nadie. Con su griego y con su hijo parecía realizar su ideal de felicidad.

Poco o casi nada, sabía de ella. Apenas le había oído que era antillana. Que había ido con su primer marido a

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

ban ante sus ojos. No sabía lo que escribía. Desde hacía tiempo trabajaba mecánicamente. La mayoría de las veces sin preocuparse de revisar. Escribía **limpio** porque sí. A eso lo había enseñado el maestro Tattis, el viejo linotipista colombiano.

En el taller de prensa, el chombo Jeffers limpiaba cachazudamente las eormes Duplex combinadas. Al mirarlo, entre el anudamiento de las ruedas y de los brazos complicados, se le veía confundido con las piezas de hierro colado. Se pensaba en los monos saltones sobre los árboles tupidos. Frente al cuerpo de linotipos estaba el Lulo para levantar los anuncios. Al lado de éste, un monotipo para revistas y folletos. También los manejaban chombos. De vez en vez, cruzaban los armadores del periódico del día. Llevaban, en sus manos, galeras con chorizos de plomo, que iban a depositar en la rama, preparando la edición. De arriba venía confusamente el griterío argentino de las máquinas de escribir. Hacía, cada vez, más calor. Un calor que arañaba la carne rugiente bajo el overol caquí.

Y el pasado venía. . .

Era cuestión de poco tiempo atrás. El—Pedro Coorsi—tendría ahora unos veinte años.

Recordaba vagamente una niñez alegre, sazonada con el oro del Canal, regado a manos llenas por entonces. Su padre — un griego con algo de pirata, robusto y conocedor — trabajaba en una de las dragas, cuando empezaban las exclusas. Ganaba algunos cientos de dólares. Era un hombre alto, fuerte, dominador. No tenía inquietudes de ninguna clase. Se emborrachaba cada vez que podía. Se había ayuntado con su madre para tener quien le preparara la comida y le abriera, de vez en vez, los muslos propicios.

Su obsesión eran las dragas. En las noches de mayor borrachera, cuando llegaba por la madrugada, escandalizaba al vecindario. A ratos, se imaginaba estar en plena faena y daba órdenes con voz estentórea. Otras veces empezaba a narrar la épica lucha de los hombres que trataban de unir dos océanos. El mismo, escuchándose, se encendía

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

más y más. Prendido del pasamanos de la escalera desvencijada. O acompañándose en el relato, con fuertes golpes adjudicados a ciegas sobre todas las paredes.

Era la canción del acero y la canción de la tierra y del océano. El hombre, como un macho inaudito, se lanzaba al asalto de las nuevas rutas. Se oía la ronca voz de la dinamita, el jadeo lejano y angustioso del agua esclavizada, el suspiro de los montes heridos, el relinchar de las portentosas máquinas febriles. Y por sobre todo, la tierra que se abre, como una flor de colosales pétalos; la tierra que se traslada sobre los músculos humanos; la tierra que propicia *el puente líquido*... Después — entre el cantar del hierro y del cemento — las dragas. Las dragas que extienden sus manos monstruosas para arañar el fango de los fondos marinos.

En esas horas nada lo contenía. Se enredaba en su garganta la emoción de haber vivido esa epopeya. Se sentía él — un capitán de dragas — más héroe que su Aquiles legendario. Había en su actitud algo que imponía y causaba admiración. Viéndolo desde arriba. Escuchando la catarata de sus palabras desbocadas, se le pensaba un gigante.

Cuando, enronquecido, fatigado, terminaba su discurso, subía zigzagueando la escalera. Penetraba en el cuarto en que vivían. Y se divertía dándole golpes a la madre de Pedro.

Era una chomba enorme. De amplias caderas ondulantes. De cabello achicharrado y tupido. De un olor extraño, mezcla de vida y de lujuria. Nada la inquietaba. Nada le hacía variar el pentagrama gris de su vida. Todo para ella tenía el mismo color uniforme, el mismo horario cotidiano. Aun cuando el griego llegaba borracho, aún cuando la insultaba, aun cuando le pegaba, conservaba ella su pasividad extremada, su tranquilidad de esfinge de ébano. No acostumbraba quejarse nunca. No le importaba nada ni nadie. Con su griego y con su hijo parecía realizar su ideal de felicidad.

Poco o casi nada, sabía de ella. Apenas le había oído que era antillana. Que había ido con su primer marido a

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Panamá, que éste se había muerto al poco tiempo. Y que entonces se había juntado con ese griego blanco.

De esta extraña unión había nacido él — Pedro Coorsi. Y, quizá por eso, desde muy pequeño había sentido la constante lucha de esas dos razas opuestas en su sangre. Posiblemente tomando elementos de ambas. Sintiéndose descentrado en todos los ambientes.

Pero su niñez había sido alegre. Es que — tan patente era que había saturado sus pupilas de niño — todo devenía en ese entonces fácil. En mezcla absurda de imágenes le danzaba constantemente ante los ojos, esa visión sabrosa de su Panamá de antaño.

Vibraba la alegría en los rostros. Sentíase — por todas partes — fresco el bienestar logrado a raíz de la independencia de la garra colombiana. Se asistía a la transformación de un nuevo Panamá. Un Panamá higiénico, hermoso, acogedor. Poco a poco, iban desapareciendo las enfermedades contagiosas, terror de los visitantes de antaño. Las calles se arreglaban rápidamente. Quedaban sólo las que habían sido de ladrillo y se hallaban en perfectas condiciones. Un extraño dinamismo abarcaba hasta los últimos rincones. Diversidad de gente, especialmente judíos y coolíes, se establecían a la largo de la Avenida Central en lujosos almacenes. Se hacían numerosas edificaciones; gran número de cemento armado. Se iniciaban los trabajos para las enormes redes de las carreteras. Se construían los hospitales que serían famosos. Se sentía por doquier un ambiente de prosperidad cada vez más fecundo. Y, por sobre todo, el yanqui. El yanqui amable, trabajador, entusiasta. Siempre propicio a regar, como la semilla mejor, sus verdes billetes de a dólar. Se les veía surgir por millares en todas las calles, especialmente en los sitios de diversión. Se les adivinó por la franca alegría cordial que traducían en sonoras carcajadas. Por sus uniformes que saltaban sobre el tono incoloro de los demás hombres.

El Canal daba para todos. Venían, de los sitios más lejanos, hombres y mujeres, como atraídos por un imán. Los barcos llegaban repletos con los nuevos contingentes de trabajadores, y todos conseguían ocupación. El Canal aparecía como una ubre gigantesca de millones de tetas, para

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

calmar el hambre del mundo. En las calles se empezaron a hablar todos los idiomas. Circuló el dinero de los más diversos países. Nadie tuvo desconfianza. Nadie vivió mal. Sonaba desde lejos, con la estridencia de lo inaudito, la llamada de esta tierra de promisión. Y el Canal parecía hincharse, insuficiente para soportar el paso de los barcos incontables. La maravillosa obra de ingeniería pensábase cada vez más complicada y más admirable, contemplada de cerca en su sencillez magnífica.

La fama, que en un principio sólo se había extendido al exterior, llegó muy pronto, llevada en gran parte por las carreteras y a través de las montañas, hasta los lugares más apartados del Istmo. Y entonces, se verificó tácitamente el éxodo hacia la capital y hacia Colón. Los campos, poco a poco, se vieron incultos y abandonados. Nadie pensó en sembrar. Todos quisieron ir a gozar de la nueva vida. Ganar mucho y trabajar en mejores condiciones. Además, saborear los placeres de la ciudad. Que se les aparecía como una ciudad de leyenda, casi intangible.

Y la ciudad pareció hincharse. Hirvió la ambición de los hombres sobre todas las aceras. La vida fué encareciendo. Los precios de las habitaciones volaron a las nubes. Se pagaron por los alimentos valores increíbles. Nadie hizo el menor esfuerzo, si no se le retribuyó máximamente. Por entonces el panameño se enseñó a derrochar. Sus manos se convirtieron en una catarata de oro. Sólo vivió para reír y para gozar. Su fiesta de Momo fué a manera de una fiesta nacional...

El Canal seguía dando. Todos los días un verdadero rosario interminable de barcos hacía abrir sus amplias compuertas. Juguetes de gigantes, se veía a los monstruos marinos, trepados sobre el agua de las exclusas, que se hinchaban, como boas colosales. Las pequeñas mulas de acero, plenas de fuerza, bufando rabiosamente, clavando sus ruedas dentadas sobre los rieles propicios, los arrastraban de un océano a otro. Los hombres, como pequeños engranajes de una máquina fantástica, hormigueaban sobre el hormigón caldeado por el sol.

Los turistas menudeaban. Venían de los cuatro puntos cardinales, especialmente de Norteamérica y Europa.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Querían ver de cerca la maravilla de la ingeniería. Y deseaban, también, divertirse. Además, admirar los cocoteros y los negros, cosas ambas ignotas para muchos. Paseaban en los coches como por una exposición permanente de hombres y de objetos raros. Todas las calles se adornaban de la policromía chocante de su anárquico vestido. Olía a cerveza hirviente en la tierra tropical.

Por las noches, la ciudad se llenaba de luces y de ruidos. Las cantinas y los cabarets abrían sus ojos imantados. Sacaban afuera sus ferias de carne. Cantaban su canción de botellas. Se emborrachaban frente a los cementerios. Vomitaban piltrafas humanas, cuando el sol barría la madrugada.

Era el tiempo del Canal. Y Pedro Coorsi tenía un padre que ganaba varios cientos de dólares. Así que...

Vivían en Calidonia, uno de los barrios de negros. Recordaba confusamente sus juegos con los compañeros de color. Sus primeros años, pasados casi sin salir de ese barrio. Metido en las cuatro paredes de su cuarto. Uno de esos cuartos oscuros y mugrientos, número cien de alguna casa de las que para alquiler se construían entonces.

Nada le faltaba, porque el griego se preocupaba de que tuvieran aún más de lo necesario.

El griego sólo iba a comer y a dormir. La mayoría de las veces llegaba borracho. Pero eso — su madre se lo había dicho varias veces — no importaba nada. Lo importante era que no se fuera a enredar con otra mujer.

Cuando empezó a tener intuición de lo que le rodeaba, se asombró de encontrar a su padre como un extraño. ¡Es que era tan distinto de su madre y de la demás gente que conocía! Por otra parte, el griego nunca le había hecho la menor caricia. La mayoría de las veces, ni siquiera lo miraba, ni le dirigía la palabra. Tampoco lo castigaba, ni lo reprendía. Pasaba a su lado como si no existiera.

Por eso, cada día se fué convenciendo de que su padre era un hombre distinto. Vestía de otro modo que los

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

chombos que vivían en el barrio. Era blanco y barbado. No se reunía con ninguno de los vecinos. Y ni siquiera se volvía a mirarlos. Había días en que no pronunciaba una sola palabra. Su madre comprensiva, no le hacía caso. Se contentaba con decir:

—¡El es así!

Pedro Coorsi hizo sus primeros estudios en una escuela del barrio. Allí también todos eran negros. Un poco más negros que él, según podía darse cuenta por sus manos y sus rostros.

Casi no tenía recuerdos de su época escolar. Sólo que desde un principio se vió marginado. Haciendo una vida completamente distinta de la que hacían los otros. Hasta los profesores empezaron a tratarlo con hostilidad. Chocábale esto, no comprendiendo bien aún. Y por ello, trató de mejorarse. Y — al propio tiempo — de aprender.

Pero, a pesar de todo, estaba alegre. La alegría de la ciudad le entraba por todos los poros, en oleadas de entusiasmo. Se sentía orgulloso de ser panameño, de ser de la tierra donde se unen dos océanos. Se sentía orgulloso de tener dinero que gastar. Cada vez que podía, llevaba cosas para regalar a sus compañeros de escuela. Cada vez que podía, los humillaba con la verde hoja triunfal.

Lo que sí recordaba con precisión, era una noche de carnaval. Cuando conoció a la mujer...

Había salido tempranito de su casa. Ya empezaba a sentirse hombre. Había empezado a ambular por las calles. Sin rumbo fijo. Atónito ante el saltar de las luces y el ulular de los autos. Atropellado a cada instante por la multitud cimbradora.

La fiesta danzaba sobre la ciudad alegre. Se oían músicas por doquiera. En los clubes, en los **toldos**, en alguna casa particular, se bailaba. Se bailaba en los parques y en las calles. Amigos y enemigos tenían una sonrisa cordial. Brillaban las sonrisas sobre todos los rostros. Diversos disfraces circulaban sobre las aceras musicales. Entre ellos dominaba el de manuto y el de pollera. El de pollera que

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

a Pedro Coorsi se le antojaba una cascada de perlas sobre los muslos vibrantes de las hembras. El de pollera que imitaba un castillo de espumas centelleantes. El de pollera que llenaba el ambiente, como una carcajada que rieran todos los cuerpos de las mujeres istmeñas.

Pedro Coorsi iba en medio de la multitud, aturdido, anonadado. A él también, poco a poco, le iba subiendo la fiebre de la fiesta. Se detenía al pie de ciertas esquinas, de calles apartadas, donde se bailaba el tamborito. Veía a los hombres disfrazados de manutos con sus raros instrumentos monótonos, colocados entre las piernas y golpeados con las manos o con trozos de madera. Veía al grupo que hacía de coro rodeando a los danzantes. Entre éstos se destacaban siempre las viejas. ¡Qué ritmo más extraño y más bello tenían esas pobres carnes que se hamaqueaban con los movimientos armónicos! ¡Cómo la pollera cogía en ellas una vida extraña, olorosa a monte fresco, a tierra virgen, a río bravo y a sol!

Pedro Coorsi seguía caminando. Veía la fila interminable de los borrachos que mascando frases acres zigzagueaban por todos los barrios. Veía cómo, de vez en vez, parejas entusiastas se metían en los zaguanes de muchas casas pobres. Veía que a cada instante crecía la luz y la algazara. Y empezaba ya a sentir con fuerza extraña el deseo de tomar parte también en esa alegría que contagiaba a toda la ciudad.

Y al primer **toldo** que encontró a su paso, penetró.

El **toldo** estaba en todo su furor. Había sido levantado en una esquina. Con piso de tabla a unos dos pies del suelo. Estaba perfectamente cercado para que no penetrara más que el que pagaba su cuota. Estaba adornado con papeles y luces de distintos colores. A un costado estaba la cantina. Al otro, sobre un tablado, la orquesta compuesta de seis chombos. A la entrada, donde se arremolinaba la multitud ansiosa, se veía un gran letrero. Toldo "Las Mariposas". El dueño, un ecuatoriano al que le decían Cucaracha, estaba parado en la puerta:

—¡Suban, muchachos, suban!

Cuando Pedro Coorsi estuvo dentro, se sintió como mareado. Eran verdaderas olas humanas las que llegaban

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

hasta al pie de él. Olas que, al compás de la música, se arqueaban, se estrujaban, temblaban, rugían. Era una manera extraña de bailar. El danzón lujurioso y arañante les mordía las carnes. Surgía un vibrar de caderas y de senos. Parecía que, de pronto, todos se hubieran hecho sexo únicamente. Ardían y sudaban. Un vaho caliente, pesado, denso, se extendía como una colcha propicia sobre el **toldo.** Y allá, sobre el tablado, la orquesta crecía. El clarinete y el jazz parecían lamerles la espina dorsal, en ayuda a la caricia. Los músicos chombos acariciaban sus instrumentos, como si cogieran muslos de mulatas quemantes. A ratos parecía que el **toldo,** esa armazón de madera y de clavos, era sólo una cama gigante para millones de parejas.

Se decidió. Aún había muchas mujeres sentadas en los largos bancos acodados a las paredes del **toldo.** Se acercó a la primera que vió. Una mulata alta, cimbreante, no muy guapa, pero que tampoco estaba mal.

—Vamos a bailar este danzonete.

—Ya está.

Entonces sí. Poco a poco, él también se fué encendiendo. Sintió que el vientre de ella empezaba a hacerle un verdadero masaje. Era como si le hubiera entrado un ritmo rotatorio. De adentro, le subían oleadas de fuego. Sentía, cada vez más cerca — de un acercamiento casi imposible — los muslos incansables de ella. Había momentos en que le parecía mirarla desnuda, toda íntegra. En una absurda revesa de carne.

La música cesaba. Las parejas se detenían. Pero entonces se elevaba un griterío angustioso. Y se batían palmas con ruido ensordecedor.

—Otro danzonete ahí.

—No, una rumba.

—¡Un danzón!

—¡Otro! ¡Otro!

—¡Otro! ¡Otro!

Cucaracha iba y venía sonriendo con todos — el sabio Cucaracha que con lo que ganaba esa noche tenía para vivir el resto del año — y procurando calmarlos:

2

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Espérense. Los muchachos también tienen que descansar. Ya mismo comienza la otra pieza. Espérense.

Pero esto servía para exaltar más aún a los danzantes.

—No. ¡Que toquen!

—¡Para eso pago mi plata!

—¡Otro danzonete!

—¡Otro! ¡Otro!

—¡No seas así Cucaracha!

Abrumado por las frases, al fin se decidía.

—Está bien, pues. ¡Que toquen!

Volvía a sonar el clarinete. Ese clarinete que se va metiendo poco a poco en todas las células. Ese clarinete que masturba y enloquece. Que es relámpago en las venas e imán en el sexo.

Pedro Coorsi seguía bailando. Quería hablarle a su pareja. Pero no encontraba los términos apropiados. Las palabras le huían. Por más que hacía esfuerzos inauditos. Sólo su carne parecía dialogar con la de ella:

—¿Sabes? Estás prieta y dura. Me gustas.

—Y tú a mí. Parece que nunca hubieras probado...

—Es que no ha habido ocasión...

—Las ocasiones se buscan.

—No; se encuentran. Te he encontrado a ti.

Parecían ponerse de acuerdo. Ahora él, sintiendo el impulso de su madre chomba, empezaba también a vibrar al compás de ella.

—¿Cómo te llamas?

—Ana.

—Bueno, Ana. Bailas muy bien.

El baile se encendía más y más. Las parejas de vez en vez se detenían frente a la cantina y pedían cerveza. Esto les ponía más pólvora en la sangre. Y era un verdadero rugido de fieras en celo el que se escapaba de todos los pechos. Los negros de la orquesta ahora cantaban y bailaban sobre el tablado a medida que iban tocando. Gritos guturales, acaso sacados de su ancestro, de su vida anterior en las selvas o en tierras lejanas, se escapaban de sus labios que se abrían como cornetas.

Pedro Coorsi propuso:

—Vamos a tomar un vaso de cerveza.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Vamos.

Pero cuando estuvieron cerca del mostrador, no fué uno sino varios los que se tomaron.

Y en Pedro Coorsi, que tomaba por segunda o tercera vez un vaso de cerveza, los estragos fueron inmediatos. Se sintió más fuerte. Dominador. El toldo le pareció suyo. Pagó lo que debía. Y cogió medio abrazada a la mulata:

—¡Viva el carnaval!...

La noche parecía colgar más estrellas en el cielo. Afuera del toldo la multitud se arremolinaba expectante. A cada rato venían más camiones cargados de cerveza. Se llevaban los barriles vacíos que sumaban algunas decenas. Emprendían una carrera dislocada por las calles encendidas de entusiasmo. Se escuchaba, entre el gritar de la fiesta, su estentóreo aullar de alarma.

Pedro Coorsi danzaba ahora difícilmente. Poco a poco iba sintiendo más pesadas sus piernas. Y, al mismo tiempo, más cerca a la mulata. En una vuelta, ya no pudo seguir:

—¿Sabes? Estas piezas me cansan. Sentémonos.

—¡Vamos!

—Antes era mejor. Sólo había toldos de tambor. Así al menos me han dicho. Se bailaba por turnos.

Ana asentía a todo. Cuando estuvieron ya sobre el banco lateral, procuró sentársele bien apegadita.

—¿No sientes frío?

—Nadita.

—Yo sí. Y además estoy cansada.

—Si es muy temprano. Todavía podemos bailar algunas.

—Es que he venido sola.

—No importa. Yo te acompaño.

—No. Me voy sola.

En tanto el toldo seguía encendiéndose. Ya todos, con unos cuantos tragos adentro, tenían movimientos más espontáneos y al mismo tiempo obraban con más libertad. Se veían, de vez en vez, figuras rarísimas. Tipos que con

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

el sombrero en la mano, parecían caerse. Otros que se quedaban detenidos frente a su pareja y empezaban a hacer movimientos de plena posesión. Otros que se colgaban del cuello de su acompañante. Otros que querían tener todavía más dinamismo. Que parecían enfurecerse súbitamente. Que veteaban de rojo todo su cuerpo enfebrecido.

Ana se levantó:

—Bueno. Ya me voy.

Pedro Coorsi hizo un esfuerzo. Se levantó.

—Yo te acompaño.

—No. Yo me voy sola. Vivo cerca.

—No importa.

—Vea. No sea repelente. Déjeme.

Iba saliendo poco a poco, con dificultad en medio de las parejas, dirigiéndose a la puerta. Pedro Coorsi la seguía. Algunos que los vieron se echaron a reír.

—¡Esos van a jopear!

Las calles estaban más palpitantes de vida y de movimiento. Parecía de día. Todo el mundo hablaba en voz alta, casi a gritos. A cada rato, pasaban y pasaban parejas abrazadas. Que a ratos se detenían en las esquinas. O se iban metiendo en las casas más abordables que encontraban. Por todas partes se escuchaba el griterío ensordecedor de las orquestas desbordantes. De vez en vez, un automóvil desbocado rompía las manchas humanas que saturaban las calles.

Pedro Coorsi llevaba cogida del brazo a la mulata. Iba todavía con las nubes oscuras que el alcohol había tendido sobre sus ojos.

—¿Dónde vives?

—Aquí no más, en calle dieciséis oeste. Ya puedes dejarme aquí. Yo me voy sola.

—No. Te llevo hasta tu casa.

—Bueno... Pero te quedas afuera... Si te siente mi hermana...

—Sí... Sí...

Llegaron. Era un zaguán oscuro en la calle oscura. Sin

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

embargo, adentro, en el patio, se bailaba. Una luz mortecina lo iluminaba todo. Las parejas en plena borrachera danzaban en una danza pegajosa, absurda, disonante. Ana murmuró:

—Carajo. Si aquí la cosa está peor.

Coorsi seguía pegado de su brazo.

—Vamos para adentro.

—Bueno, vamos.

Se dirigieron directamente al cuarto de ella. Había que subir una escalera y seguir por un corredor largo y estrecho. La mulata indicó:

—Cuidado te vas a tropezar.

—Nó te preocupes.

En la puerta del cuarto, Ana se detuvo. Se volvió:

—Bueno. Antes de nada. ¿Tienes plata?

—Sí, dos dólares.

—Dámelos.

—Después...

Ella en la oscuridad trató de adivinar lo que pensaba. Titubeó un momento. Después se decidió:

—¡Entra!

Pedro Coorsi no sabía qué era lo que estaba haciendo. Un confuso deseo le hormigueaba por todo el cuerpo. Pero no se definía en algo concreto. Recordaba confusamente las frases que escuchara a sus vecinos. A ratos se le antojaba arrojarse encima de la mulata y morderla, pellizcarla, hacerle daño. Refregarse en angustia infinita sobre su cuerpo candente. Chuparla, succionarla toda ella. Se dió cuenta de que sentía una especie de tantear de todo su cuerpo.

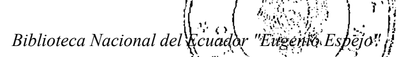
Ana se impacientó.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

En la sombra ella sólo recibía el vetazo de la luz que iluminaba el patio. Pedro Coorsi la vió desvestirse lentamente. Surgió ante él la carne dura, vibrante, encendida, provocativa. Fué como si un relámpago lo cegara.

—¿Qué te pasa?


Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Nada.

—Entonces, apúrate.

¿Cómo fué? ¿Dónde? ¿En qué momento? Coorsi no lo recordaba bien después. Es que había sido una cosa en que casi no había intervenido su voluntad ni su conciencia. Cuando menos se había imaginado, había ocurrido. De improviso, súbitamente. La única imagen que llevaba aún grabada en su cerebro era la del momento en que dejaba, con mano temblorosa, sus dos dólares en la acariciante diestra de ella.

Desde entonces, cada vez que había tenido dos dólares — o menos, porque después como a cliente se le hicieron algunas concesiones — fué a visitar a la sabia mulata que le indicó la ruta del placer.

Pero el dólar hacía milagros más grandes aún. Tuvo ocasión, después, de acostarse con hembras de piel blanca. Hembras que le enseñaron muchas cosas que él ignoraba aún.

Por esta época ya estudiaba en el Instituto. El Nido de Aguilas habíalo recibido de manera cordial. Allí estaba lo más sano y más auténtico del Istmo. Se vivía una etapa de rebeldía. Desde el Rector, que era un maestro, hasta el último estudiante, parecían tener una santa misión que cumplir.

—¡Ah, el Instituto!

No sólo eran los libros lo interesante. Era el ambiente mismo. Eran sus profesores, eran sus compañeros.

Después de las clases, cuando el Nido de Aguilas quedaba semivacío. Cuando un silencio de angustia se prendía sobre todas las paredes vigorosas, iba a conversar con algunos internos. Con el Fat, con Showe, Con Wu Li Chang Cortés, con Pretelón, con quien sabe cuántos más que ahora había olvidado.

Eran las charlas sabrosas que surgían a son de aventura y de recuerdos. Era la inteligencia espontánea del Fat,

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

que enriquecía la imaginación de sus oyentes, con narraciones épicas de comidas fantásticas. Era la ingenuidad deliciosa de Pretelón, un hombre todo alma. Era la seguridad voluntariosa de Showe, el rey del músculo. Era la agilidad vivaracha de Wu Li Chang Cortés.

Esas charlas, al margen del aula.

Hablaba el Fat, en torbellino:

—¿No saben la última de Showe? Está haciendo versos: Se ha fabricado un cuadro en el que va enmarcando las sílabas de las palabras para que le salgan iguales.

Terciaba Pretelón:

—¡Qué vaina hombre, Showe!

Y el Fat:

—Va a hacer lo mismo que cuando comenzó la gimnasia. Cuando era flaco, esmirriado, paliducho. Que murmuraba contra todas nuestras burlas: "Seré atleta".

Showe se limitaba a responder:

—Seré poeta.

¡Cómo se contaban cosas de Showe!

Sus amores. Todos clasificados. Todos en un cuadro estadístico: Mujeres a quienes había sólo visto. Mujeres a quienes había dado la mano. Mujeres a quienes había *besado. Mujeres que habían sido suyas...*

El Fat refería graciosamente la última aventura:

Showe tenía una novia. Una novia a la que quería todo lo más que podía querer un hombre de espíritu geométrico. Paseaba todas las tardes que podía con ella. Un día la había invitado a la Tahona. Habían empezado a tomar un refresco. Cuando surgió entre ellos una pequeña discusión. El quería tener cinco hijos y ella sólo tres. La discusión se iba agriando. Showe iba elevando la voz, tratando de convencerla

—Son cinco los que nos convienen. Los que necesitamos tener...

—No, hombre. Mejor son tres.

—¡He dicho que cinco!

—No, hombre, tres.

—¡He dicho que cinco!

En una de esas ya no pudo contenerse el rey del músculo. Y dejó caer pesadamente su mano sobre la mesa. La

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

mesa se partió. Saltaron los vasos, los platos. Todo se hizo pedazos. La muchacha salió huyendo despavorida. Y Showe tuvo que pagar algunos dólares.

Showe llevaba un diario. Un diario minucioso de todo lo que ocurría a su alrededor. Pretelón lo sabía. Todos los días, cuando Showe iba a pasear con algunas de las novias. Pretelón invitaba a algunos de los compañeros a ver el diario de Showe. Pero un día éste regresó más temprano y los encontró riéndose de lo que había escrito. No dijo nada pero hizo pedazos el diario.

Otro de quien se echaban cuentos sin fin, era el Fat.

El Fat había venido de Colón. Se había aparecido a todos como un tipo insignificante. De un cuerpo exótico. Más ancho que alto. Sobre el que brincaban — eso sí — unos ojillos saltones y expresivos.

A los pocos días de llegar al Instituto, alguien lo encontró llorando, arrinconado. Quisieron calmarlo en mil formas distintas, pero ninguna dió resultado. Entonces el Rector lo llamó:

—Bueno, Fat. ¿Qué te pasa?

—Nada. Que tengo hambre.

—¿Que tienes hambre?

—Sí señor. Lo que me dan aquí no me alcanza.

El rector se le quedó mirando pensativo.

—Bueno, pues. Te daremos ración doble.

Al Fat se le iluminaron momentáneamente los ojos. Pero después volvió a quedar tristón:

—Sería mejor triple, señor Rector.

Y así fué, efectivamente. De todo lo que se servía en la mesa le servían tres partes al Fat. Pero como éste ni aún así quedase satisfecho, empezaba a vender su carne, su torta, es decir cosas de poco volumen, por el arroz de los compañeros.

Era de verlo después. Una amplia sonrisa de satisfacción encendía su rostro. Se echaba boca arriba sobre la cama. Y dejaba pasar las horas y las horas.

Pero desde entonces habíanle ocurrido muchas cosas. Que sus amigos aplaudían como épicas hazañas. Aquella vez por ejemplo, en que se comió treinta guineos, once chichenes, una jarra de chicha de papaya. O aquella otra

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

BIBLIOTECA NACIONAL ECUADOR

en que se comió un pavo en menos de lo que canta un gallo. O aquella en que por apuesta había estado casi toda una noche frente al Hotel Parado comiendo chuletas.

Su delirio era comer. No le importaba qué, ni dónde, ni a qué hora. Era popular en todos los comederos. En los Chopsuey chinos ya lo conocían. Le servían siempre frente a un espejo que le multiplicaba los platos que pedía. Es decir no los platos, sino las bandejas.

Pero este hombre gordo y raro era de un talento clarísimo. Un poco ocioso para el estudio quizá. Pero tenía una visión precisa y nutrida de todas las cosas. Sobre todo era certero en sus juicios literarios. Y recitaba admirablemente...

—¡Ah, el Fat!

Pretelón era un gigante. Deportista aplicado, gustábale estar al lado de los intelectuales. Allí lo querían. Y hacían valer los méritos de su corazón de oro.

Poco a poco, lo fueron conociendo en el Instituto. Estudió. El Canal seguía dando y por eso le fué fácil conseguir siempre los mejores libros. Por otra parte, el griego había empezado a mirarlo con atención. Y tácitamente, había empezado a ayudarlo en todo lo que podía. Hasta en hacerle un poco más cordial el hogar, antaño siempre hostil. Ratos había en que lo quedaba mirando largamente, profundamente. Como si quisiera adivinar el último de sus pensamientos.

Le gustaban casi todas las asignaturas, aunque prefería las matemáticas. Su fantasía se desbordaba con las primeras concepciones algebraicas. Se sentía feliz ante una generalización cualquiera. A ratos — desde su banco humilde — pensábase el dueño del universo. Y sobre todo, cuando hacía números sobre el Canal: Cuántos barcos pasarían en cien años, por ejemplo, si en la actualidad pasaban tantos por día. Qué cantidad de hombres habrían cruzado el Canal. Cuántos dólares habría costado la monstruosa obra desde que hubo los primeros atisbos de unión de los dos océanos.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

En el Instituto todos habían sido cordiales. Quizá en un principio con una cordialidad un poco piadosa:

—¡Es hijo de una chomba, el pobre!

Pero después se había ganado su sitio. Su actitud siempre correcta. Su respuesta clara, concisa, matemática. Una serenidad y una generosidad puestas siempre de relieve le fueron conquistando simpatías.

—¡Es inteligente el chombito!

Nunca había sonado esta palabra a sus oídos como un latigazo. Cuando una vez que tuvo un pequeño altercado con un compañero y éste se la arrojó al rostro, sintió un profundo dolor:

—¡Chombos desgraciados! ¡No sé por qué los consienten aquí!

Esa misma tarde, se lo preguntó a la madre. Y ésta, por respuesta, lo llevó ante un espejo:

—Hay que soportar, Pedro. Es nuestro delito. Este rostro oscuro, estos cabellos apretados, estos labios gruesos, son una valla ante los blancos. Tenemos que tolerarlo todo. No sé para qué estudias. Yo trataría, más bien, de ingresar al Artes y Oficios. O emprender cualquier negocio. Nunca te perdonarán tu color. Te será difícil ganarte la vida en esas condiciones.

Pero en ese momento surgió, en Pedro Coorsi, la otra sangre que llevaba dentro:

—No, madre. Yo seguiré estudiando. No importa que hagan lo que quieran los blancos. Ya veremos si es posible que yo sea algo. Pueden ahora despreciarme. Ya verán más tarde. Además, aquí, en Panamá, hay muchos negros. Y puede ser que algún día. . .

Efectivamente, desde ese día empezó a estudiar más todavía. Los profesores, llenos de sorpresa, tuvieron pronto que confesar que era uno de los mejores estudiantes. Se llevó algunos premios. Fué citado como modelo, sobre todo en matemáticas.

Por entonces, había en el Instituto una falange de muchachos amplios y revolucionarios. Y en ellos encontró

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

franca acogida el hombre oscuro. El Fat trató de iniciarlo en el conocimiento de los poetas. Le recitó con su voz ampulosa y armónica, versos de Darío y de Chocano. Le refirió tiernamente sus mejores aventuras digestivas. Lo encendió de entusiasmo ante las hazañas asombrosas de Showe. Empezó también a ver rondar alrededor de este grupo a un Fulo flaquito, medio bizco, soñador y bullanguero, que diz que hacía versos.

Se empezó a sentir distinto. Cuando regresaba del Instituto a su barrio. Cuando miró sólo rostros negros por doquiera, empezó a dudar de si efectivamente ese era su ambiente. Hubiera deseado arrancar a correr. Ir lejos, a cualquier parte, pero lejos. A un lugar donde el ser negro no fuera delito.

Pero instantáneamente asomaba a sus labios una sonrisa escéptica. Qué tonto era. Preocuparse por tan poco. Panamá cambiaría. Y él también.

En esto, el griego murió.

En una de sus borracheras, había vuelto a las dragas. Habíase sentido un gigante como siempre. Y sin más ni más, se había arrojado al agua. Cuando lo sacaron había pasado a mejor vida.

Esta era otra cosa de la que Pedro Coorsi tampoco podía dar mejor cuenta. La misma sorpresa que experimentó, cuando le dieron la noticia, en el Instituto, lo dejó medio inconsciente. Apenas si le parecía haber visto que en su cuarto humilde y miserable se había congregado mucha gente. Que en el centro estaba el griego velándose. Que su madre hacía café para brindar a los presentes. Que hacía un frío extraño que calaba los huesos. Que vinieron unos hombres que se lo echaron al hombro al griego con ataúd y todo. Que emprendieron una caminata bamboleante al cementerio. Y que allí, en un hueco recién abierto en la tierra, arrojaron al capitán de dragas.

La plata del Canal sólo duró para el entierro. Después,

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Pedro Coorsi se vió en la dura necesidad de trabajar. Le dolió mucho. Sobre todo por tener que abandonar el Instituto.

A los pocos días fué donde el Rector y le expuso su situación. El Rector lo aconsejó largo rato. Le expresó su sentimiento, sobre todo por la pérdida de tan buen estudiante. Y para demostrarle su cariño verdadero, le dió una recomendación para el Director del "Diario de Panamá".

Allí lo recibieron fríamente:

—Todos los puestos están ocupados. No hay vacantes. Pero si usted quiere, puede venir de aprendiz. Le enseñará el Maestro Tattis. Cuando usted sepa, puede que hayan variado las cosas...

Así había sido efectivamente. Había trabajado algún tiempo sin recibir remuneración alguna. Pasando en esa época serias dificultades. Viviendo de lo poco que ganaba su madre en el lavado. Hasta que, pasados varios meses, había empezado a ganar una miseria semanal. Ahora ganaba un poco más. Y su madre ya podía descansar de vez en vez.

—¡Ah, los linotipos!...

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

II

Alemán le dió el recado:

—Te llama el señor Villegas.

—¡Ya voy!

Le dió mala espina. Siempre que el señor Villegas llamaba a alguno de los empleados era mal síntoma. O la reprensión, o la multa. Sobre todo, lo último.

El maestro Tattis le roncó al lado:

—Ahora las vas a pagar todas juntas.

Lo miró con un poco de rencor. Pero después alzó los hombros. Le dejó la máquina a un aprendiz. Y, paso a paso, se encaminó a las oficinas del "Diario". Tenía que atravesar la bodega donde estaba depositado el papel en gruesos rollos alineados unos sobre otros. Después, subir una pequeña escalera de madera que conducía a la parte de atrás de las oficinas. A mano derecha, cerrada con puertas de vidrio, estaba la del Director.

Temeroso, se acercó. Se detuvo en la puerta. El señor Villegas se volvió:

—¡Pase!

—Mande usted, señor Villegas.

El Director se echó para atrás. Se cruzó las manos sobre el vientre. Después empezó a limpiarse las uñas.

—Hemos decidido separarlo a usted, Coorsi.

El señor Villegas era un hombre alto. Grueso. Blanco. Rubio. Colombiano. Iba vestido de color crema. Hablaba con tono reposado, majestuoso.

Coorsi no comprendía bien aún. Le parecía que un millón de linotipos le estaban funcionando en el oído. A ratos, sentía un deseo loco de arrojársele encima. Después reflexionaba.

—Pero...

—Como usted comprenderá, es la crisis...

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Pero...

—Sí, la crisis. ¿Sabe usted lo que es la crisis? Posiblemente no, pero eso no importa. El asunto es que aquí, en el país que siempre había danzado sobre el dinero, también se ha presentado. Y es claro, la empresa no puede perjudicarse.

—Pero...

—Y es claro, por lo primero que tiene que comenzar es por reducir sus gastos. Actualmente nos encontramos en eso. Entre otras cosas tenemos que reducir algunos empleados...

En ese momento sonó el teléfono. El señor Villegas se interrumpió. Estiró la mano. Y:

—¡Hola!... Sí, habla Villegas... Ajá... sí... Todavía me quedan unos cuantos lotes. ...Sí, claro... Nueva California es el sitio ideal para todo el mundo... Figúrese, queda en Chiriquí... Un clima delicioso... Venga para tratar del asunto... Lo espero...

Colgó el auricular. Se volvió a Pedro Coorsi. Continuó:

—Uno de los empleados que vamos a suprimir es usted. Le daremos, por otra parte una semana de sueldo. Seguro que a nosotros esto nos es desagradable. Pero, ¿qué quiere usted? Es la crisis. La crisis que nos está amenazando a todos.

Pedro Coorsi hubiera querido protestar. Decirle cualquier cosa. Hablarle en nombre de su madre, de sus necesidades múltiples. Pero conocía demasiado al colombiano. Sabía que de allí no podía esperar nada más.

—Está bien, señor Villegas.

Bajó lentamente la escalera. Dió una mirada de despedida a los rollos de papel para las Duplex. Miró con mirada abarcadora ese ambiente que fué el suyo durante algún tiempo.

Ya habían terminado de armar el periódico de la tarde. Los linotipistas se estaban quitando sus overoles y poniéndose sus vestidos de calle. Las planas del "Diario" eran trasladadas por el chombo Jeffers al cuerpo de las pren-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

sas, donde las iba depositando sobre la mesa. Cuando estuvieron todas, hizo funcionar las Duplex. Hubo una contracción sobre el hierro chirriante. Giraron las ruedas enormes, dándoles movimiento a los brazos colosales que arrastraron la mesa, al paso del tambor cargado de papel.

Tattis fué el primero en acercarse:

—¿Qué era, Coorsi?

—Nada. Que me botan.

—¿Y por qué?

—¡Porque hay crisis!...

Coorsi rió.

—Y, sin embargo, todavía hay pendejos que compran terrenos en Nueva California!

—Cállese Coorsi. ¡De hablar no va a sacar nada!

—Más que sea, me desahogo.

—Como usted quiera.

Tattis cogió su sombrero de paja. Se acercó a las Duplex que empezaban ya a botar periódicos en catarata interminable. Y cogiendo uno de los primeros, se despidió:

—Hasta mañana.

Se volvió a Coorsi.

—Lo siento, pues. Hasta mañana.

—¡Adiós!

Se le acercó Romero:

—Así que lo dejan en la calle, compañero.

—Sí, Romerito.

—Ese colombiano es un desgraciado.

—Si no, que lo diga Torpedo. ¿Te acuerdas? Torpedo que fué el compañero de toda su juventud. Y a quien botó como a un perro, porque le hizo un día una broma. ¿Recuerdas?

—Pero, ¿qué puede dar un hombre de estos, Coorsi? Cualquiera de nosotros es más honrado y más sano que él. Todavía no nos hemos vendido por la plata a ninguna mujer. Y en cambio él tendrá toda la vida amargada por su casamiento. Y, además, ese afán por atesorar más dinero, que es lo que hace que nos trate a patadas a todos nosotros.

—¡Y pensar que tenemos así que trabajarle!

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Tú ya no.

—Y que me duela... ¡Se necesita ser de malas!

—Pueda ser que pronto consiga trabajo.

—¡Ojalá!

—Aunque dicen que eso de la crisis es verdad. Que ahora viene poco turista. Que el comercio anda mal. Que no hay dinero en ninguna parte. Que los extranjeros ya no le dejan maneras de conseguirse un pan al nacional. Eso al menos lo he leído en un periódico que se llama Acción Comunal, y que reparten gratis.

—Quién sabe si todo es cosa de esta misma gente que quiere ganar aún más. Y por eso ha inventado el cuento de la crisis. Aquí, por ejemplo, en el periódico. No veo que haya disminuído la venta. Hay más anuncios. El tren de empleados, sobre todo con los aprendices, es cada vez más barato. ¿Dónde está, pues, el resultado de la crisis? Lo único que quieren es ganar más. Pero aunque existiera en realidad la crisis, ¿por qué habíamos de pagarlo sólo nosotros?

—El que está abajo tiene todavía que aguantar mucho tiempo.

—Hasta que se canse.

—¡O hasta que reviente!

Poco a poco, fueron saliendo todos. Pedro Coorsi, uno de los últimos. Llevaba en la mano un sobre en el que estaba su nombre. Dentro, había su salario de esa semana, más otra.

Le subían las ideas en torbellinos. Salió por calle octava, torció por Avenida A. Y empezó a andar como sonámbulo.

Las calles estaban tranquilas, sin movimiento casi. Hacía, más bien, fresco. De vez en vez cruzaba el piso de ladrillo un auto a gran velocidad. La Ciudad Puente parecía dormida.

¡La crisis!

Le daba vueltas la palabra en la cabeza. Es que era una palabra que tenía un extraño significado. Se le antoja-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

ba que para unos era a modo de una defensa. Algo que les servía para resguardar sus intereses. Quizá, en muchos casos, para mejorar su situación. En cambio para otros, era el desempleo, el hambre, la miseria.

Ahora más que nunca añoraba los felices días del Canal. *Cuando danzaban los millones. Cuando vivía el griego,* su padre. Cuando todo le era fácil.

Subió por calle 13 hacia Santa Ana.

La plaza estaba que hervía de gente. Todo el mundo hablaba allí a gritos. Sentados o de pie. Estáticos o caminando. Al frente del parque se abrían varias cantinas, ofreciéndose. Por el trozo de Avenida Central que limitaba uno de los lados, pasaban numerosos vehículos: autos, coches, tranvías. El ruido parecía crecer. Para hablar, cada quien tenía que ir elevando la voz y aun así había ratos en que no se le oía. La iglesia atrás, con su torre solitaria, con sus paredes ennegrecidas, parecía referir en cada campanada las mil cosas que viera...

—¿Qué le pasa a usted, hombre?

El grito lo hizo volver. Ante él, reía el Fat.

—¿A mí? ¡Nada!

—Cómo va usted tan distraído.

—Sí, iba pensando...

—Es malo pensar en esta época.

—Sí, sobre todo un linotipista... Es decir, un ex linotipista.

—¿Cómo ex?

—Sí, ex. Villegas me acaba de botar del "Diario".

—¡Qué vaina, coño! ¡Ese colombiano es un desgraciado! ¿Te acuerdas que a mí también me botó porque le dió la gana?

—¡Y a Torpedo!

—Felizmente, Torpedo en seguida se colocó en el "Panamá América". Y según sé, allí le va muy bien.

—Los gringos son mejores que nosotros.

—Tal vez.

Casi sin darse cuenta, se habían encaminado a la cantina **Germania**. Ya en la puerta, propuso el Fat:

—¡Vamos a echarnos un trago!

—¡Vamos!

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

El dueño de la **Germania** era un venezolano alto y flaco. Que se movía como ardilla hacia todos los clientes. Apenas los vió, les mandó un free-lunch. Era una especialidad de la casa, hecho con frejoles de los llamados caraotas. En un ángulo estaba tomando cerveza el infaltable Torpedo.

Este Torpedo era uno de los hombres populares del Istmo. Había sido un notable escritor en sus buenos tiempos. Poseía una gracia incisiva inimitable que lo había destacado en las épocas prósperas de Panamá. Pero después el ambiente pesado e incomprensivo lo había matado. Ahora traducía cables y escribía crónicas en el "Panamá Améca" y en el "Gráfico". Le pagaban una miseria que se la gastaba toda en aguardiente. Nadie sabía donde vivía ni donde comía. Su charla era sabrosa, por la nota chispeante que todavía conservaba de sus buenos tiempos.

—¡Qué hay, Torpedo!

—¡Qué pasa, Fat!

—Bríndate una cervecilla ahí, hombre.

—¡Ya está, vente!

Sentáronse los tres alrededor de una mesa. Les sirvieron una botella de Milwaukee. Y después de que se hubieron echado el primer trago, el Fat le dijo a Torpedo:

—¡Aquí tienes otra víctima de Villegas!

—¿Cómo así?

—Lo acabaǹ de botar del "Diario".

—¡Ja, ja, ja! Ese hombre se va a quedar sin empleados. Ya lo veré manejando él solo todas las máquinas. ¡Capaz de que en uno de estos días bote a todos los cuñados! Es que toda la ganancia le parece poca para él. Figúrate que a mí me dió de aguinaldo una botella de Vov que le habían obsequiado. Y porque le hice una broma al respecto, me lanzó. ¡Ja, ja, ja! ¿No pedimos otra cervezita, Fat?

Pedro Coorsi, terció entonces:

—Sí, pídanla. Por mi cuenta.

Mientras traían la otra botella, Torpedo le preguntó:

—Bueno. ¿Y por qué te han largado a ti?

—¡Por la crisis!

—¡Valiente pendejada! ¡La crisis! ¿Y qué es la crisis?

El Fat terció:

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—¡Déjate de vainas, Torpedo! La crisis es algo muy serio. Y es algo que recién esta tocando a Panamá. Ya verás más tarde.

Se tomaron el segundo vaso de cerveza. La cantina se había llenado de gente. Se veían rostros conocidos. Franquito, el líder Turner, el barbero Suárez, etc.

Torpedo se levantó:

—¡Me cago en la crisis!

El Fat volvió a poner otra cerveza. Torpedo se sentó. A Coorsi ya empezaba a hacerle un poco de efecto el licor. Le parecía que el Fat se iba tornando cada vez más ancho, más ancho, con peligro de romperse. Súbitamente, le crecía en el espíritu un afán sentimental:

—¿Te acuerdas, Fat, de cuando éramos compañeros en el Instituto?

—Claro. ¡Eso no se olvida!

—¿Qué se ha hecho Showc?

—Se fué a los Estados Unidos. Está estudiando ingeniería.

—¿Y Pretelón y los otros?

—Todos siguen lo mismo. Cada día se hace más aficionado al deporte el gran Pretelón. El Fulo escribe más versos. Wu-Li-Chang está trabajando en el "Panamá América". Nos vemos de vez en cuando.

De la mesa vecina se había levantado Turner:

—¿Qué te pasa, Faticillo? ¿Qué era lo que decías hace un momento de la crisis?

—Que es algo muy serio, mi querido Domingo.

Las cervezas seguían sucediéndose. El ambiente se había tornado espeso, cálido, difícil. Venía, en oleadas, el escándalo de la plaza Santa Ana. Empezaba a oscurecer. El calor disminuía. La cantina estaba completamente llena. Se había generalizado la discusión sobre la crisis. Era Turner quien explicaba las causas por las cuales se había presentado en Panamá. A Coorsi le parecía oírlo desde lejos, desde muy lejos. Se había olvidado completamente de que él era una de las víctimas.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Y Turner decía:

—Es el dinero lo que ha traído la crisis. El excesivo dinero... El panameño, desde que nació a la vida republicana, ha visto siempre una catarata inagotable de dinero resbalándole por las narices. No ha tenido que hacer el menor esfuerzo para adquirirlo. Se le ha ido presentando sucesivamente: el oro de California, el del Canal, el de los turistas. Dejó los campos. No sembró nada en su tierra fecundísima. no se preocupó de una riqueza natural, propia, profundamente propia. Pensó que duraría siempre la catarata de oro. No pensó que un día la crisis abarcaría todo el mundo. Y como consecuencia también aplastaría a Panamá. Vivió siempre del empleo, de la piltrafa que le depararon los yanquis y los grandes burócratas. No le importó el mañana. Vió la danza de los millones y se emborrachó mientras los miraba perder. Y es natural que ahora se produzca esta situación. Todo va palo bajo. Se ha acabado el oro. No tenemos, no hemos tenido nunca, ni agricultura, ni industrias, ni siquiera comercio, porque éste se halla en manos del imperialismo yanqui, controlado por los comisariatos, o de los almacenes japoneses y de unos cuantos judíos yanquis, y de algunos coolíes e hindúes. Esta es la realidad, la triste realidad panameña.

El Fat entonces se levantó. Al Fat le gustaban a veces ciertas poses de orador. El Fat tenía una voz llena, sobria, latigueante.

—Yo creo que lo que nos ha perdido es la política. La política ha sido nuestro pan cotidiano. No he oído otra cosa desde que nací. Yo pienso que si no tuviéramos los yanquis tan cerca, habríamos cambiado de presidente como de calcetines. Con el respaldo de ellos se ha producido el caso contrario. Hombres incrustados en el poder. Hombres que han ido pervirtiendo el alma nacional. Que no han dejado que nadie emprenda otra actividad que no sea la política, para así tenerlos siempre dominados, para así agrupar siempre todos los intereses a su alrededor. Por otra parte, la vida política no ha exigido nunca en Panamá mayor preparación ni estudio. Son frecuentes las improvisaciones. Y así, poco a poco, se ha ido acanallando al pueblo. Haciéndolo ocioso, dilapidador, despreocupado. Y

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

ahora que está sufriendo las consecuencias de todo esto, se le abandona. No se le presta ni siquiera oídos y menos se le ayuda.

El Fat movía en su diestra, como una bandera, el vaso de cerveza. El esfuerzo lo había hecho sudar. Lo escuchaban en silencio. Habían dejado de beber por unos momentos. Cuando terminó y se sentó bufando, lo miraban curiosos. Alguno comentó:

—¡Bravo, Fat!

Desde una esquina, se levantó un cualquiera. Plenamente convencido, murmuró:

—¡A este país lo tienen fregado los extranjeros!...

Se tomó un trago de cerveza, hizo un esfuerzo. Continuó:

—...Aquí los nacionales no valen nada. No tienen nada. No pueden nada. Panamá es un país de conquista. He oído decir a muchos hindúes y coolíes que, desde sus tierras lejanas, sueñan en venir para utilizar todas las armas en el logro de fortuna. Para pisotear este trozo de tierra, según lo impongan sus apetitos insaciables. Y, al llegar al Istmo, se repite una eterna historia. Es el extranjero dispuesto a todo. Que trabaja sin descanso de día y de noche. Que apenas gasta en mal comer y peor vestir. Que se ofrece por salarios insignificantes, en plena competencia con los nacionales. Que a cada momento está en acecho del dólar que mira en bolso ajeno, para trasladarlo al suyo propio. Y es ese mismo extranjero el que, después de algún tiempo, vemos convertido en burgués, orondo y majestuoso, explotador y egoísta, que maneja a nuestros burócratas y encauza nuestra política. Repito que él es el único culpable de cuanto acontece a nuestro país. Tanto venga del Asia o de Europa, como de Norte América. Los yanquis nos dieron patria... pero qué caro nos cuesta...

Turner volvió a levantarse. Ahora su voz, ya latigueada por algunos vasos de cerveza, sonaba atiplada, hiriente. Como si sus palabras fueran manojos de alfileres que arrojara al azar.

—No hagas caso, Faticillo. Este es un imbecilillo. ¿Renegar de los extranjeros un panameño? ¡Qué estúpido resulta esto! ¡Pero si en Panamá sólo vivimos del extranjero!

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

¡Del Canal de los yanquis, de los barcos y de los hombres que por él cruzan, de la Flota de los turistas, hasta de los objetos que pasan por nuestras aduanas hacia el norte o hacia el sur! ¡Si nosotros no tenemos agricultura! ¡Si nuestra industria se reduce casi en su totalidad a producir *cerveza y ron!* ¡*Si para lo único que estamos preparados* es para el comercio con el extranjero!. . . ¡Renegar del extranjero! ¡Pero si el extranjero lo ha hecho aquí todo: nuestra campaña de libertad protegida por los yanquis y la traición de un colombiano, nuestras calles, nuestra higiene, nuestros edificios! ¡Todo, todo se lo debemos al extranjero! Vuelvo a sostener que la culpa de la crisis la tiene en este país el excesivo dinero que tuvo antaño. Este es un país excepcional. Aquí no debió presentarse jamás la crisis. Aquí todo el mundo debió vivir bien, cómodamente. Lo que pasa es que aquí los hombres se acostumbraron a ganar el dinero casi sin trabajarlo. Los persiguió el dólar, en abordaje inaudito. Aunque no quisieran, tuvieron que verlo llegar en oleadas. Lo sintieron metérseles en el bolsillo. Y así — tan fácilmente como llegara — lo han visto marchar. Esto en las clases bajas, que en las altas no lo trabajaron nunca y lo derrocharon más rápido que les viniera.

Torpedo estaba impaciente. Se revolvía en su asiento mirando a Turner, que parecía inspirado. El ambiente de la cantina se hacía más denso aún. Era difícil respirar. Los hombres tomaban actitudes soñolientas. Los rostros serenábanse. La calle oscurecida, pegaba bofetadas de ruido sobre todas las aceras. Empezaba a hacer menos calor. Luces temblorosas se empinaban sobre algunos edificios.

Pedro Coorsi sentía que la cerveza le caía en el cerebro, como plomo fundido. Lo que le rodeaba, lo advertía borroso, desdibujado. Se le antojaba una escena reproducida sobre un *espejo cóncavo.*

Torpedo — desesperado ya — se levantó:

—¡Brindo por la crisis!

Y antes de que todos se dieran cuenta bien, tomó el último vaso y se tamboreó la barriga. Salió bamboleándose elegantemente.

Pedro Coorsi también se levantó. Pagó lo que había pedido, se despidió del Fat, y salió.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

La Plaza Santa Ana parecía una feria. Iluminada profusamente, mostraba sus bancos plenos de gente. Los que andaban, se apretaban por la estrechez del parque. Se comentaban a gritos los últimos sucesos políticos, el último chisme social, el último lío deportivo. Accionaban con las manos, con la cabeza, con el cuerpo todo. Parecía la plaza una olla hirviendo. De vez en vez, unas caderas cimbreantes — como brújulas de carne — orientaban cientos de pupilas. Surgían entonces multitud de frases galantes, de una galantería brutal y sintética:

—¡Qué palo de hembra! . . .

—¡Quisiera ser padre de todos tus hijos!

—¡Qué hembra, coño!

Cruzaban tranvías, automóviles y coches a todo correr. En el cabaret **Metropole** surgía de vez en cuando, la voz vaga e imprecisa de una orquesta lejana. Se veía entrar en él uno que otro marino o extranjero. Al fondo, cruzaban, en visión cinemática, muy de rato en rato, mujeres pintarrajeadas y vestidas de manera chocante. Al lado del cabaret, numerosos almacenes de chinos explosionaban sus escaparates iluminados, ante los ojos indiferentes del público. Era la epopeya de la baratija, con precios insinuantes, de entrega. Parecían iniciar un gesto de caricia para todos los transeúntes.

Y seguían las mujeres — ¡pero qué mujeres! — Pasaban y repasaban. Dejaban un perfume recio, mezcla de loción y de carne, que era como un rozar de ropas interiores. Iban cimbreantes, provocativas. Sus cuerpos — en orquestación diabólica — tomaban vaivenes insinuantes. Pasaban y pasaban. Los hombres ponían una angustia extraña en sus pupilas. Se les veía torturados, sudorosos, temblantes de emoción y de deseo. Estiraban las manos, en absurdo apretujamiento de vacío. A veces no podían articular ni una palabra.

Pedro Coorsi salió a Avenida Central y siguió rumbo a Calidonia, donde ahora vivía con su madre.

Iba paso a paso. Mirando sin ver lo que le rodeaba.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

La cabeza se le cargaba más y más aún. Las luces lo perseguían como si fueran los ojos de Villegas. A ratos se pasaba la mano por la frente. Los autos le parecían venírsele encima. Los edificios se le antojaban una danza macabra de esqueletos. Tenía miedo. A ratos, también, le provocaba huír. Saltar sobre los hombres que seguían pasando. Pisotearlos, despedazarlos a todos. Y huir. Huir no sabía dónde ni por qué, pero huir. Huir. ¡Huir hasta de sí mismo!

Un tropezón con alguien, lo hizo reaccionar. Dió unas torpes excusas. Medio se detuvo. Le pareció que los ladrillos de las calles empezaban a brincar. Sintió hambre. Miró de pronto el cielo, como una bufanda negra que ciñera todos los edificios. Se volvió a meter en sí mismo, indiferente a los escaparates que a cada instante lo invitaban desde todas las aceras.

Recordaba vagamente — mezclando ideas y conceptos — la charla que escuchara en la cantina. Reconstruía la escena. Con el Fat estentóreo, enloquecido, como una boa que dirigiera palabras. Con Turner, delgado, pálido, que tenía un dedo menos y quién sabe cuántas ideas más que muchos hombres. Francamente, ahora le parecía divertido todo aquello. Se situaba en un plano de indiferencia. Le parecía que todos esos discursos que él remotamente había originado, no le atañían en absoluto. ¿La crisis? ¡Bah! Eso estaría malo para otros, no para él. Fácil le sería encontrar trabajo en cualquier cosa.

La cerveza lo volvía optimista. Se enderezó un poco. Apresuró el paso. Mostró una sonrisa cordial y compasiva para todos.

—¡Pobre gente, quién sabe cómo los tratará la crisis!...

El pensaba distinto que los otros. Se le antojaba que todo provenía del Canal. El Canal era el único culpable. El Canal había sembrado la codicia en el deseo de los hombres. El Canal — antes de nacer — había sido motivo de discordia y de disputa. Por el Canal tenían a los yanquis encima, con su bota imperialista. Por el Canal había corrido el oro a manos llenas. Por el Canal llegaban las oleadas humanas a clavar su diente hambriento sobre el pobre país agotado.

—¡Ah, el Canal!...

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Se lo imaginaba ahora, como un pulpo colosal, de tentáculos innumerables. Se lo presentaba su imaginación con su rechinamiento de compuertas, con su vomitar continuo de torrentes de agua, con su parpadear de grúas y su bufar de barcos creciendo día a día. Se sorbía la sangre de todos: de los que pasaban, de los que vivían a su alrededor, de los que soñaban desde lejos en conocerlo y en cruzarlo. Lo veía monstruoso, inaudito. Poco a poco, iba tomando más forma en su mente el sombrío delineamiento del pulpo. Ahora, desaparecían de sus ojos la ciudad, la calle, los hombres, los escaparates. Allí — frente a él — a cada rato creciendo más, se le aparecía ya como el horroroso titán de los mares, moviendo, en remolino trepidante, sus adherentes látigos enormes...

—¡Ah, el Canal!...

Frente al Hot-dog Stand se detuvo unos momentos.

—¡Qué hay!

—¡Qué hay!

—Un hot-dog allí.

—En seguida.

Miró detenidamente al griego que lo atendía. Lo vió coger un cuchillo, partir en dos el embutido yanqui y ponerlo a freír. Después, abrió un pan, lo untó de mantequilla y mostaza. Cuando el hot-dog estuvo frito, lo introdujo en el pan. Se volvió a Coorsi.

—¿Con todo?

—Con todo.

Le echó cebollas, salsa de tomates, lechugas.

—¡Ahí está!

—¡Envuélvemelo!

El griego le dió unas vueltas en un papel. Pedro Coorsi pagó diez centavos y siguió caminando.

Empezaba — cosa rara — a sentir frío. Tuvo que detenerse algunos instantes en la calle 17 oeste, hasta que pasaran algunas chivas. Después prosiguió, apresurando el paso.

Avenida Central, por estos lados, cobraba más vida y movimiento. Sobre todo en las cercanías de la Estación

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

del Ferrocarril a Colón. Por el Cabaret Kelly y el Happy-land. Se veía en la cantina de cada uno de ellos numerosos oficiales yanquis tomando cerveza. También había marinos gordos y colorados de otras nacionalidades. Una que otra mujer alta y rubia. Panameños, ninguno.

Coorsi siguió hasta pasar el puente de Calidonia. Cruzó al frente. Pasó la primera cuadra del barrio negro. Y en la segunda — formada toda por la casa de Muller — se detuvo.

En esa entrada del barrio negro había quizá más bulla que en toda la ciudad, y tal vez más movimiento. El almacén del medio centavo que había al frente, parecía un hormiguero. A cada rato, entraban y salían hombres de color, que compraban los objetos más diversos. Bajo la casa de Muller, de amplios portales, pupulaba también la multitud. De un lado, estaba el correo de Calidonia; más allá una botica; más allá, una sastrería; más allá, una tienda, más allá una cantina. Salía de todos los cuerpos un aleteo de sudor. Se hablaba aquí, también, a gritos. La mayoría en un inglés sonoro y machacante. Pasaban y seguían pasando verdaderas olas humanas. Con paso rápido y rostro alegre. Las mujeres, con los senos colgados, con las caderas ondulantes, llevando sombreros chillones y trajes pegados al cuerpo. Los hombres vestidos elegantemente, con ropa de casimir, chaleco y pantalones acampanados. La calle prestaba la luz de los almacenes para iluminarse. Los vehículos parecían concentrarse en la entrada de Calidonia. Unos iban y otros venían, pitando y bufando rabiosamente. A ratos, el tráfico tornábase imposible. Y entonces se formaba una enorme fila detenida e interminable, y se escuchaba el escándalo producido por las bocinas gritonas.

Aquí se sentía más inmediata la provocación de las hembras. Se les veía iniciar sonrisas prometedoras. Muchas hasta se acercaban. Murmuraban palabras de invitación. Y hasta, en ciertas ocasiones, se permitían tocar a los transeúntes. Al andar lo hacían con un jadear ostensible de sus nalgas turgentes. Dibujando bajo la bata bien ceñida, el sexo duro, prieto, opulento.

A Pedro Coorsi le provocaba extender la mano. Le-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

vantarle el traje a la primera que pasara. Y apretarle cualquier trozo de carne, pero fuerte, muy fuertemente.

—¡Qué güenaza que estás!

Pero se contenía. Pensaba que lo mejor que podía hacer, era subir a echar un sueño. Efectivamente, se encaminó hacia la puerta. Y ya iba a entrar, cuando escuchó unas voces violentas a su espalda.

—¡Qué vaina, coño!

—¡Ese hombre es un canalla!

Se volvió. Contempló — a pocos pasos de él — un grupo que iba creciendo a cada instante. Se acercó. Preguntó a los más próximos:

—¿Qué pasa?

—Nada. ¡Cosas de Muller!...

—¿Qué cosas?

—Que acaba de mandar a botarle los trastos a una mujer con tres hijos, porque le debía un mes de alquiler.

—¿Y qué va a hacer esta noche?

—Si quieres saberlo, ven a preguntárselo a ella.

Se oía en el centro del grupo un llanto de mujer. Sonaba a raro ese llanto, arrojado como una protesta sobre las carcajadas negras de toda Calidonia. Los que la rodeaban, empezaron a separarse y a seguir cada quien su camino, Pedro Coorsi no pudo contenerse y se acercó a ella.

—Aquí tiene un dólar. Para lo que necesite...

La mujer lo miró distraída. Mecánicamente estiró la mano.

—¡Gracias!

Estaba sentada sobre un cajón. Tenía un muchacho de meses en los brazos. Otros dos se le apretaban a cada lado contra el cuerpo. Sus trastos — una silla, dos ollas, dos platos, una cama de lona y el cajón en que estaban sentados — se hallaban en medio portal. Coorsi la miró con lástima.

—¿Es verdad que Muller la bota?

—Sí... Es que no puedo pagar. Hace poco se murió mi marido. Con lo que gano lavando no me alcanza ni para comer. Me he atrasado este mes... y no ha querido esperarme.

—Y ¿qué va a hacer esta noche?

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—¡No sé!...

—¿No ha pensado dónde ir?

—Sí, si he pensado... Estaba en eso hace rato... ¡Pero no encuentro dónde!

—¡Qué vaina!

No sabía qué hacer. La semiborrachera se le iba pasando. Ahora sentía más cerca el escándalo de Calidonia, lo sentía arroparlo como una sábana incendiada. Le ardían los ojos. El corazón le latía apresuradamente. Una súbita sed le arañaba la garganta. No sabía qué hacer...

—Vea...

Uno de los chiquillos murmuró:

—¡Tengo frío y hambre, mamá!

La mujer se volvió. Ahogó un sollozo. Buscó en vano una frase para consolarlo. La mentira piadosa se le escondió en el cerebro excitado, sin surgir a los labios. El chiquillo repitió:

—Tengo...

Pedro Coorsi ya no pudo contenerse. Murmuró, casi sin darse cuenta:

—¿Quiere pasar esta noche en mi cuarto? Vivo aquí arriba, con mi madre.

La mujer levantó unos ojos vagos, miopes. Lo miró borrosamente. Lejanamente.

—¡Gracias!

Se levantó. Con movimientos lentos, pesados, casi involuntarios.

—¡Vamos!

—Unos pocos curiosos se ofrecieron gustosos a ayudar a Coorsi en el transporte de los trastos al piso en que vivía.

Ya arriba, la madre de Coorsi atendió a los huéspedes forzados lo mejor que pudo. En un rincón, armaron la cama de lona. Sobre ella dejó la mujer al más pequeño de sus hijos. Después se volvió a Coorsi un poco más tranquila:

—¡Muchas gracias!

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Coorsi les hizo preparar por su madre un poco de arroz con frejoles que era lo que había más a mano. Y entonces se acordó de que llevaba envuelto un hot-dog.

Lo sacó y se lo ofreció:

—Cómase ese sandwich, mientras está la comida.

La mujer casi se lo arrancó de las manos. E inmediatamente dió un trozo a los dos muchachos más grandes, que empezaron a comer vorazmente. Cuando hubo terminado, musitó:

—¡Usted es muy bueno, señor!

—Es que también he pasado noches horribles. Sobre todo, cuando como usted no he podido pagar el alquiler.

La mujer se quedó pensando unos instantes. Dió un vistazo al cuarto de Coorsi. Después, por sobre el corredor, trató de mirar los edificios lejanos que se apretaban en racimos enormes.

—¿Por qué serán así los caseros? Cada día que pasa, se vuelven peores. Antes, posiblemente me hubieran esperado hasta fin de mes. Y ahora...

—Ahora para cambiarse hay que pagarles el mes adelantado.

—Y, sobre todo, se esmeran con nosotros. Da rabia de verdad ser negro y vivir en un país de blancos. No poder escapar. Tener que aguantar siempre el desprecio, la burla, el mal trato, la explotación. ¡Y no poder escapar!

—Pero en eso de las casas, lo mismo es para todos los pobres. Es para lo único que no distinguen clase ni condición los propietarios. El que no les paga a tiempo, es largado inmediatamente. Así sea más blanco que María Santísima. Y en esto se encuentran respaldados siempre por toda clase de garantías. Por esto es que en Panamá ha sido siempre el mejor negocio el de arrendar casas. El que logra reunir una pequeña cantidad de dinero en seguida quiere comprar casas, y de ello va a vivir el resto de su vida. Y no sólo vive el propietario, sino también el arrendatario que subarrienda una pieza o dos o tres y de ellas saca su arriendo libre. Pero entre todos ellos hay tipos que verdaderamente se extralimitan. Este Muller, por ejemplo. Sus casas son un verdadero casillero. Cada cuarto, cada rincón, le producen renta. Jamás se preocupa de hacer ni una me-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

jora ni una concesión. Sólo se preocupa de ir subiendo los arriendos. De que le paguen puntualmente, no importándole nada, ni nadie, fuera de esto.

—Y dicen que ahora se va a meter este hombre en la política.

—Será una buena adquisición.

La olla en que iban a poner arroz mostraba el agua en plena ebullición. Los muchachos, ya calmada su hambre momentáneamente, estaban como adormecidos. Venía — desde abajo — la oleada constante de la calle bulliciosa. Por el corredor, que comunicaba con todos los cuartos, corrían de vez en cuando unos niños negros, descalzos y semidesnudos. Muchos cuartos ya estaban cerrándose.

La mujer iba perdiendo, poco a poco, su recelo. La inminencia de sus problemas irresueltos iba pasando. Ahora el ambiente se hacía más cercano, casi familiar. La mujer contaba, con voz pausada, algo de su ayer y algo de su presente agitado. A Coorsi todo ello le hacía vivir también mucho de su infancia. Una extraña laxitud se iba apoderando de él. Ahora la escena del Fat y de la Cantina, la escena de Villegas en las oficinas del "Diario", todo, absolutamente todo, lo veía como si fuera un sueño. Como si nunca le hubiera acontecido nada de ello. Más bien la mujer — su huésped de esa noche — se le aparecía claramente, con definidos caracteres de realidad. La veía jóven aún, fuerte, sana, pero mostrando ya en su rostro algunas señales de los golpes de la vida. Sus labios posiblemente propicios a la risa, se arqueaban más bien en un rictus amargo, sombrío. Y su voz. Su voz hostil, constante, sonaba de manera extraña en sus oídos.

—. . .Mi marido siempre trabajó en el Canal.

Se había logrado escapar de la primera época. Cuando se escribieron con sangre y con plomo homicida las primeras páginas de ese poema de acero, de cemento y de mar. Cuando el alarido de la dinamita se mezcló con el de los hombres pulverizados. Cuando las fiebres traidoras mordieron la carne negra improtegida, y en racha mortal la barrieron incesantes. Cuando volaron los cerros y, en su vuelo estrepitoso, se llevaron ramilletes de existencias. Se logró escapar de la primera época.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—¡Ah, pero después!...

Después, en la época mala, qué malos habían sido los yanquis. Los hombres que los acompañaron en su lucha primigenia. Los verdaderos taladros humanos, fueron marginados. Se les abandonó. O se les dieron los trabajos peores. Allí donde se gana poco, pero donde la vida se expone a cada instante. Sobre las fraguas de las grandes fundiciones. Dentro de las máquinas aturdidoras y quemantes, que les daban pinceladas de llama a los hombres oscuros En el engranaje íntimo de las exclusas. Allí, como una pieza más, casi sin importancia, en lo infinito de las máquinas del Monstruo.

Y su marido casi siempre se arrepentía de haber ido a Panamá a hacer esa vida. Pero es que había sido obligado, traído a la fuerza, como tantos otros. Vinieron amontonados. En fiebres de espera, dentro de los vientres caldeados de los barcos impasibles. Soñando imprecisamente en las mujeres de los puertos, en el licor que tienta y en lo desconocido que sostiene. Habían muerto por millares. En muerte oscura, silenciosa, sin que nadie se diera cuenta. Todos estaban aturdidos; por una parte, con la fiebre del oro y por otra despreocupados ante la desaparición de esa gente de color que era menos que nada. Y así ellos habían ido de desilusión en desilusión, arrastrando su miseria como una alfombra para que la pisotearan los blancos.

—Hasta que un día mi marido murió.

Fué al salir sudando de uno de los talleres. Le dió una pulmonía que se lo llevó en pocos días.

Venía desde abajo el griterío de la multitud crepitante. Las luces de la Panamá blanca parecían reír irónicas desde todos los almacenes de los hindúes, de los chinos y de los judíos. Empezaba a hacer frío. Un frío que sonaba a discrepancia sobre la fiebre de ruidos de la joven Ciudad Puente.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"



Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

III

Pensó no hablarle nada de su desocupación a su madre. Se levantó temprano. Y le dijo a ésta.

—Voy a tomar café por ahí. Tengo que trabajar muy temprano hoy. Atienda a esta gente.

—Como quieras, Pedro. ¿Pero es que hoy, domingo, vas tan temprano?

—Sí... es que... La edición va a salir hoy a las diez... Tenemos que ir muy de mañana.

Dió una rápida mirada a la mujer que llevara la noche anterior y que dormía con sus tres hijos al lado. Sonrió satisfecho. Y bajó corriendo las escaleras.

Llovía el bullicio otra vez en Calidonia. Gente que iba para el mercado. Gente que iba para misa, allí, a San Miguel, la iglesia vecina. Las puertas de las tiendas se iban abriendo perezosamente. Uno que otro automóvil o tranvía o autobús pasaban ágiles y veloces rumbo a la Exposición o Bella Vista, o rumbo a Santa Ana o Catedral. Hacía frío en esta mañanita de verano. Un frío sutil y abanicante que mordía los rostros y las manos.

Pedro Coorsi fué a **Especialidades Cubanas** a tomar café. Allí le sirvió un cubano gordo y simpático, Pepe.

—¿Qué quieres tú?

—Chuleta y café.

Pepe, con entusiasmo, empuñó un enorme cuchillo triangular. Se deleitó cortando el pan. Aderezándolo con salsa de tomate, mantequilla, mostaza, etc., y poniendo a freír la chuleta, que pronto esparció un olor agradable. Después se dirigió al recipiente gigantesco donde con mover unas llaves y poner una cucharadita de café en polvo, salía el delicioso líquido oscuro.

En eso se encontraba, cuando de pronto escuchó un vozarrón, atrás:

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—¡Tres chuletas allí, hombre!

Todos se volvieron. Y se encontraron con el Fat que desembarcaba de un automóvil. Andaba con movimientos oscilatorios, pesados, difíciles. El chofer, un colombiano, alto, joven, fuerte, simpático, se volvió.

—¿Y para mí no hay nada, Fat?

—Cómo no, July. Otra chuleta más, allí.

El Fat se acercó difícilmente. Subió a uno de los altos asientos que quedaban frente al mostrador. Tenía los ojos casi cerrados. Sudaba copiosamente. Empezó a mirar con delectación las diferentes viandas que se exponían debajo de una vitrina. De pronto lanzó un suspiro.

—¡Qué vaina!

Pepe se rió.

—¿Qué pasa, Fat?

—¡Nada, hombre, nada!

—¿Tú sufres viendo comida, no es verdad?

El Fat hundió un poco su cabeza cuadrada en sus amplíos hombros y rió conejilmente:

—¡Ji, ji, ji!

De pronto se tocó la frente.

—¡Ah, carajo! Me olvidaba de que el Fulo también viene en el carro. ¡Otra chuleta más, allí! — Después se volvió al automóvil:

—¡Fulo! ¡Fulo! ¡Coño Fulo! Tú crees que estás en tu cama. Despiértate y ven a reparar las fuerzas perdidas, con una chuleta. ¡Fulo! ¡Fulo!

De allá, dentro del carro, sonó débilmente una voz:

—¡Qué hay!

Después asomaron por uno de los costados del carro, primero, una cabeza de pelos amarillos, de un amarillo de pelusa de maíz tierno. Después un rostro amoratado y finalmente un vestido blanco, arrugado y displicente. En ese rostro brincaban dos ojos danzarines, de miradas encontradas, que hacían torcer siempre la vista a su propietario cuando quería distinguir algo.

—¿Qué pasa?

—Nada, que aquí te está esperando una chuleta preparada por el divino Pepe.

—¡Voy!

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Entonces aparecieron unos brazos largos, delgados, al final de los cuales las manos parecían extrañas arborescencias. Unas manos cangrejunas, raras, escalofriantes. Se bajó del carro y empezó a caminar bandereando esas manos y torciendo la cabeza. Fué el primero en distinguir a Coorsi.

—¡Cómo está, como está!

Al oírlo, el Fat se volvió. Fué una explosión:

—¡Vea la vaina! Así que también la ha seguido Coorsi. Qué milagro no nos hemos encontrado anoche. Hemos andado en ese viejo zorro Willysnight toda la noche. ¿Verdad, July?

—Verdad, amigo Fat.

Coorsi, entonces, le quiso contar lo que había pasado en realidad. Pero el Fat no lo dejó terminar:

—No hombre, no mienta. Aquí estamos entre amigos. Quizás no ha estado usted en la cantina anoche, pero sí ha de haber estado con una hembra. Nosotros hemos estado con varias. ¿Verdad Fulo?

—Sí. ¿Qué es de mi chuleta?

Pepe se acercó:

—Aquí están todas.

El Fat se estremeció de júbilo. Una placidez exótica le rubricó el rostro. Empuñó con la diestra su sandwich, primero. Y medio en serio, medio en broma. Tomando poses — sus inevitables poses de orador — comenzó una especie de brindis:

—Henos aquí. — ¡Oh hijo de Cubita la bella, de esa Cubita que hoy pisotea la bota bárbara de Machado, henos aquí rindiéndote pleitesía y homenaje! ¡A ti, que eres el monarca de la cocina! ¡Henos aquí, Pepe! Nosotros somos los más genuinos representantes de la alegre juventud istmeña. Tenemos el destino en nuestras manos. Ya escucharás nuestros nombres cuando la política los haga grandes. Henos aquí, mi querido Pepe.

Unos cuantos bocados que terminaron con el primer sandwich interrumpieron su discurso. Después se volvió a July.

—¿Qué dices tú de eso? ¿No es verdad que tú ibas a estudiar aviación en los Estados Unidos? ¿No es verdad que habías reunido algunos cientos de dólares para ello?

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

¿Por qué te quedaste aquí, entonces? ¿No fué porque nos conociste y te entusiasmaste frente a estos dos personajes que serán célebres en la historia?

—Así es, mi querido Fat.

Satisfecho, el Fat sacó un dólar y pagó.

—Toma Pepe. Cobra aquí también lo de Coorsi.

Había terminado el Fat sus tres sandwiches. Los otros todavía comían. Pero el Fat propuso que se embarcaran en el carro a hacer la pequeña digestión.

—Vente tú también, Coorsi. Te dejaremos donde quieras.

—Muchas gracias, Fat.

—¡Adiós, Pepe!

—¡Adiós!

—¡Adiós!

El Fat, desde atrás, no cesaba de hablar.

—Esta es la hora más triste del día más triste que tiene Panamá. Odio los domingos. ¡Sobre todo, los domingos a esta hora!

Habían avanzado hasta Catedral. La plaza estaba casi desierta. El carro pasaba pausadamente. Le dieron la vuelta a todo el parque. Regresaron por Avenida Central. El Fat propuso:

—Vamos a coger un poco de aire a Sabanas.

—¡Vamos!

July le puso un poco más velocidad al carro. Como había poco tránsito esto era muy factible. Sobre todo, cuando, después de pocos instantes, salieron a las calles amplias de la Exposición.

Por acá se sentía más inmediato el fresco de la bahía. Por el declive ligero que tiene aquí el terreno, se podía divisar, allá abajo, la playa. La playa que se extendía como una enorme ballena acostada sobre toda la orilla.

El Fat volvió a comentar:

—Esto es lo mejor de Panamá.

Y Coorsi:

—Seguro. Es aquí donde viven los ricos. Aquí y en Bella Vista.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

El carro seguía rápido por las amplias calles rectas. Pasaban y pasaban casas coquetonas de cemento: Legaciones, residencias, una que otra escuela. Se advertía la cabeza medio pelada de la Cresta, allá a lo lejos. El aire se hacía más puro y más violento. Ya iban saliendo, ahora, al carretero que conduce a Sabanas. Dominaban la triunfal visión de Bella Vista, extendida como un tablero hacia la orilla. Pasaban al pie de la Cresta.

Aquí el Fat volvió a hablar:

—Hace tiempo que esta colina se ha convertido en un rincón de citas. Cuando vienen las noches, sobre todo las noches oscuras, se sorprenden aquí espectáculos deliciosos. Carros que se abandonan momentáneamente. O carros que propician las caricias más brutales y definitivas. A veces se escuchan gritos de virginidad perdida. O carcajadas estentóreas de histerismo dislocado. El jadeo colectivo, en el silencio de la noche, se percibe a veces hasta esta carretera.

—¿Pero esto no lo van a prohibir? ¿No lo han prohibido ya?

—¿Prohibir? Es decir, prohibir para ti, para mí. No para los poderosos. No para los que mandan en este país. Para ellos no está prohibido nada. Para eso son los amos. Y ante ellos hay que inclinarse y callar.

Alguien llamó a esta tierra: Panamá la verde. Y no se equivocó. Al final de Bella Vista empezaba este color a captar los horizontes. Verde, siempre verde. Un verde jugoso y variado. Verde cromo, verde esmeralda, verde cobalto: toda la gama de los verdes. La vegetación hacíase revoltosa y complicada. Pasaba en ráfagas una que otra mancha de árboles. Una que otra casa. El hipódromo, el lugar donde antes corrían los perros. Y ante ellos, siempre la carretera, como una herida gris sobre la panza verde. Siempre la carretera amorosa, zigzagueante a ratos, uniforme a veces. Explosionada de autos y encendida de sol.

El Fat no cesaba de hablar. El Fulo roncaba. July estaba preocupado únicamente de guiar su carro viejo. Coorsi pensaba ahora en su desempleo. Y, a cada momento, sentía más lejos al Fat. Le parecía oírlo a través del hilo de un teléfono de larga distancia. Borroso, incomprensible. El Fat se daba perfecta cuenta de todo, pero no le impor-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

taba. Seguía hablando. Hablaba para él. Quizá para una muchedumbre invisible y siempre atenta. Quizá sólo para esa tierra exuberante de vida y de color.

—Sólo después de grandes esfuerzos logramos traer al suelo esta verdadera sangría del pueblo panameño. Todas las noches se nos desvalijaba aquí miserablemente. Las carreras de perros se llevaron siempre el dinero de los humildes, el de los que no estaban al cabo de las combinaciones que hacían los entendidos y los poderosos. ¡A cuántos hogares no faltó muchas semanas el pan! ¡A cuántas familias no tiraron a la calle, los mismos propietarios que la noche anterior le habían arrancado el dinero en una trampa de estas carreras!

Meditó unos instantes. Después prosiguió:

—Ahora tenemos que terminar con las carreras de caballos. . .

Iban a Panamá la Vieja. La vegetación había cambiado bastante. Abundaban los árboles. A mano izquierda, se veían numerosos cocoteros y grandes manchas de ganado pastando. Se empezaban a ver las primeras ruinas. Trozos de piedras doloridas y musgosas. Recuerdo de lo que fuera un convento, un edificio. Así, a mano derecha, firme y bello, el puente del Rey todo de piedra. Bajo el cual aun corre un arroyuelo que fuera mudo testigo otrora de los combates de Morgan y el heroico don Juan Pérez de Guzmán. Más adelante, ya paredones que surgen entre la vegetación tupida. Partes de edificios que hablan de una epopeya todavía no escrita. Finalmente, hacia la orilla, la Catedral, con su torre desafiante. Con su escalera de caracol, prodigio de construcción. Con sus ventanales y sus brechas. Con sus numerosas inscripciones que tienen un sabor de vino añejo.

El Fat murmuró:

—Hubiera querido conocer a Morgan. . . .

Se imaginaba al Morgan victorioso de la Habana, Santo Domingo, Portobelo, Panamá. Al Morgan que después del triunfo, se adueñó del riquísimo botín burlando a

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

todos sus compañeros. Un Morgan de amplias espaldas. Rostro enérgico. Ojos saltones y obsesionantes. Bigotes retorcidos de caudillo. Andar provocativo. Un Morgan medio Don Juan y medio conquitador. Que pudo haber sido un Bolívar o un Napoleón.

July lo sacó de sus meditaciones:

—¡Ya deben de estar jugando la lotería! ¡Regresémonos!

Dieron la vuelta frente a la *cantina* de Panamá la Vieja. Y tornaron velozmente a la ciudad.

El sol. Siempre el sol. Sobre los montes, sobre los edificios, sobre los hombres, sobre los autos desbocados. Siempre el sol. Un sol que muerde, que araña, que agota. Un sol que penetra por todos los poros, en posesión inaudita. Un sol que persigue, que anonada, que enloquece Ha botado los perfiles de las casas sobre el ladrillo brincante de las calles. Las aceras parecen retorcerse de angustia. Sudan los cristales. Hierve la multitud. Siempre el sol. Brillan los ocres y las sombras son violentas. El aire se esconde en los bolsillos de los desocupados. O en los ventiladores de los ricos. La pereza asoma sobre la frente de los hombres que piensan y sobre las nalgas de las mujeres que ríen. Siempre el sol.

El Fat suda copiosamente. Se pasa el pañuelo cien veces por el rostro. Está hinchado, bufante, silencioso. Se ha puesto rojo, tan rojo como el Fulo. Como el Fulo que todavía sigue roncando. Coorsi mira la cinta desflecada de la calle que se va alejando.

—Ya deben estar jugando la lotería...

Se nota animación en las esquinas. Se compactan grupos. Se grita. Se discute. El calor enciende aún más las palabras de los hombres. Los autos disminuyen su velocidad. Se forman filas interminables, unos detrás de otros. Pitan estruendosamente. Sacan todos una mano derecha indicando que se detienen. Hay un refluir de gente que se hace más intenso a medida que se acerca a Catedral.

Ahora la plaza es un hervidero. Más que la de Santa

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Ana. La multitud se agrupa hacia el lado en que queda la Lotería. Un verdadero remolino surge a cada instante. La masa humana se aprieta contra las puertas. Se ve al fondo cómo agitan las urnas llenas de fichas. Una chiquilla va sacando número por número. Se canta la cifra premiada y se la fija en un tablero que hay afuera. Cada vez que esto ocurre, hay un rugido largo, denso, que sale del pecho de todos. El número se trasmite en oleadas de voces. Por teléfono, por altoparlantes, por telégrafos. Después de pocos segundos lo saben en Colón, en el Interior, en la Zona del Canal.

El carro de July no puede pasar. Por más que pita desesperadamente. La multitud se hace cada vez más compacta. Y es, al propio tiempo, más heterogénea. De todas las clases sociales, de todas las edades, de todas las culturas. Es una verdadera fiebre la que ha entrado a Panamá por la lotería.

El Fat, comprensivo, mientras suda a chorros, murmura:

—¡Es la crisis!...

Las pitadas han hecho, por fin, despertar al Fulo. Alza la cabeza, lentamente. Dirige sus ojos miopes a la multitud. Se endereza.

—¡Qué vaina! ¡Ya en este país no se puede ni dormir!

Un grupo de muchachas elegantemente vestidas se abre paso. Vienen conversando alegremente. Son cinco. Por un instante, miran con ojos indiferentes al carro anciano de July y la figura extraña de los pasajeros. Ríen. Ríen con una risa insultante. Posiblemente lo que más les choca es ver al negro sentado al lado de los blancos.

—¿Qué gracioso, verdad?

Coorsi en silencio, también las contempla. Las contempla largamente, detenidamente como si quisiera grabárselas en la imaginación. Sobre todo a la que ha hablado, que es alta, imperiosa, esbelta. Que tiene uno ojos de vampiresa. Elegancia para andar. Y unos dientes finos de pantera.

Las muchachas se alejan. Se confunden otra vez con la multitud. Después de tanto pitar, el carro ha podido abrirse paso. Dan la vuelta otra vez por Catedral. Al cruzar

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

frente al Hotel Central han visto una multitud de hombres tomando cerveza. Es que hay sed. Mucha sed.

Pedro Coorsi murmura:

—Si no les causa molestia, llévenme a mi barrio, a Calidonia.

BIBLIOTECA NACIONAL QUITO-ECUADOR

Cuando llegó a su casa, ya se habían ido sus huéspedes de la noche anterior. Su madre estaba cocinando, mientras tarareaba una canción monocorde extraída de las marañas de su pasado. Al sentirlo llegar, se volvió:

—¿Ya salió "El Diario"? Todavía no lo he oído vocear.

Pedro Coorsi titubeó breves instantes. Pero después se decidió.

—No mamá. "El Diario" no sale hoy. La he engañado. Lo que pasa es que ayer me botó Villegas.

La chomba sonrió tristemente. Se acercó a su hijo. Le puso una mano sobre el hombro:

—Me lo suponía. A las madres se nos engaña difícilmente.

Después de una breve pausa. Con un gesto de odio:

—Pero ese colombiano es un canalla.

Volvió a su cocina. Se sentía hervir tenuemente las ollas. El vapor de agua acariciaba todo el cuarto, difumando un poco los contornos. Pedro Coorsi contemplaba en silencio a su madre. La vió arrugar el rostro. Mover los labios. De vez en vez, distinguió claramente algunas frases:

—. . .Pero es que ahora no podré lavar como antes. . . estoy agotada. . . quién me hubiera dicho que en la tierra del Canal me pasaría esto. . . y don Muller. . .

Pedro Coorsi se había acostado en su cama. El hilvanar de los últimos hechos teníalo sobrexcitado. Sentía llegar oleadas de imágenes hasta el borde de su lecho. Unas veces era el Fat en dislocada danza con Villegas. Otras, el Fulo estirando unas manos largas, largas, interminables, que se metían en todos los comederos para brindarle al Fat el trozo ansiado. Otras era un remolino de mujeres, formado de todas las que habían llenado su problema sexual hasta entonces, remolino que después se iba definien-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

do, definiendo, hasta dejar sólo un grupo pequeño, las que viera esa mañana en el parque. Y, por sobre todo — como siempre—el Canal. Ahora lo veía empequeñecido, hasta lo inconcebible, al lado de él. Distinguía perfectamente las exclusas de Miraflores, Pedro Miguel, Gatún. Veía el corte de Culebra, el lago artificial. Los barcos pequeñitos que con el hinchar del agua iban subiendo. Las compuertas que se abrían y se cerraban. Y, de improviso. Otra vez el retumbar de la dinamita. El zarpazo de los barrenos incontables. El espolvorear de la tierra y de la carne volatilizadas. Era un cuadro dantesco: el infierno de los negros. Los barcos que llegaban iban vomitando más hombres para que se los tragaran las fauces negras y hambrientas del Canal que nacía. Pedro Coorsi tenía sed.

—Deme un vaso de agua, mamá.

Le parecía que un rosario de mujeres se le venía encima una tras otra. Lo aplastaban en caricias rotundas. No tenía tiempo de defenderse ni de protestar. Inmediatamente llegaba otra. La última fué la que había hablado esa mañana. Coorsi medio se levantó. La miró fijamente. Largamente. Estiró los brazos para tocarla. Pero ella esquivó hábilmente el intento. Lo miraba sonriendo, irónica. Después de breves instantes, le hizo un leve signo de adiós. Y desapareció.

—Ya está la comida, Pedro.

—No tengo hambre, mamá.

—No importa. Haz un esfuerzo. y come.

—Vamos a ver. . .

Desde muy temprano, se empezó a vestir. Demorándose más que de costumbre en el arreglo. Su madre seguía el acicalamiento con ojos extrañados.

—¿Para dónde vas, Pedro?

—A Catedral, mamá. Voy a distraerme, escuchando la retreta.

—Ajá. Pero no te vayas a distraer demasiado y a venir tarde.

—No mamá. Vengo temprano.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Se despidió. Bajó rápidamente la escalera. Y empezó a caminar velozmente.

No se explicaba ese afán por ir a la retreta. No lo había hecho nunca. Sabía que esa fiesta sólo era para los **niños bien** en Catedral. Los demás tenían que ir a Santa Ana. Pero es que algo extraño lo atraía esa noche. Se dijera que allá, en el parque de los ricos, había un imán poderoso, irresistible.

Cuando llegó, Gallimany y su orquesta se hacían pedazos tocando un danzón. El parque era un océano. Había gente por todas partes, no dejando el más pequeño vacío. Todos los bancos estaban ocupados. Los coches se alineaban a la orilla, uno tras otro. Los hombres formaban calles de honor para que pasaran y repasaran las muchachas. Todos hablaban ruidosamente, pero siendo dominados siempre por la voz poderosa de la orquesta entusiasmada. Cada vez que terminaba una pieza, aplaudía el público furiosamente, hasta que el maestro Gallimany entusiasmado volvía a empuñar su batuta e iniciaba el bis.

Las muchachas iban cogidas del brazo en filas nutridas. Una que otra vez las acompañaba un novio, pero casi siempre iban solas. Había un cimbrear exquisito en todos sus cuerpos. Toda la alegría del trópico se desparramaba como un baño de gracia en su andar acariciante. Los ojos de los hombres las seguían en miradas de alfombras. Vibraba la galantería interminable.

Abanicaba el viento las copas colosales de los árboles y las copas diminutas de los senos. Había una gran agilidad en el ambiente. A ratos, el ritmo de la música enredaba sobre todas las carnes. Y había entonces una especie de ritmo común en todas las paseantes.

Pedro Coorsi se situó en una esquina del parque. Se saludó con unos pocos conocidos. Y se puso a mirar el paseo de las chiquillas. Frente a él, un grupo de **niños bien**, iba catalogando a cada una de las que pasaban. Prodigándoles de vez en cuando, una frase galante:

—Fíjate. Ahí viene la Arias.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—¡Qué guapa que está!

—Viene con la Heurtematte.

—Ese es otro palo de hembra.

—Y ambas tienen porvenir.

—Entrales a cualquiera.

Las muchachas se acercaban. Pasaban al frente de ellos. Los saludaban.

—¡Adiós!

—¡Adiós!

—¡Qué hay!

—¡Qué hay!

Cuando pasaba el grupo. Cuando las habían saqueado con la mirada, volvían el rostro para atisbar las que se acercaban.

En tanto, allá dentro de su pequeño quiosco, Cutzmer seguía vendiendo cigarrillos, helados, frutas, pastillas, etc. Y, dentro de su gran quiosco, Gallimany daba vueltas majestuosas a su batuta enfebrecida. Y la orquesta — una gran orquesta — prendía el entusiasmo a lo largo de varias calles vecinales.

Pedro Coorsi estaba aburrido. No sabía qué era lo que estaba esperando, ni qué era lo que lo retenía en ese sitio. Le subía desde muy hondo una angustia que le apretaba la garganta. Cada vez, se sentía más extraño al medio que lo rodeaba. Tubo un súbito impulso de huida. Iba a marcharse ya, cuando volvió a surgir un comentario a su lado:

—¡Coño que está buena Violeta Linares!

Instintivamente se volvió. Y se encontró frente a la muchacha que le había hablado esa mañana. Al instante, desapareció todo a su alrededor. No vió nada más que ella. La vió alta, esbelta, blanda, rubia. No muy guapa. Pero con un algo cautivador en su rostro, en su cuerpo felino, en su andar. Murmuró, casi a pesar suyo:

—¡Violeta Linares!

Cuando volvió a darse cuenta de todo, ya la muchacha había pasado. Quizá algunos de los **niños bien** se habían dado cuenta de su turbación, porque lo miraban irónica-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

mente. Cruzó brevemente sus ojos con ellos. Y después se puso a andar.

Dió una vuelta por toda la plaza. Cruzando con dificultad a través de los tupidos grupos humanos. Mirado con acritud por la mayoría. Sobre todo, por las mujeres, muchas de las cuales se hacían a un lado con asco. Después salió del parque y se fué a situar en la gradería de la Iglesia Catedral, en la que se amontonaba el pueblo a presenciar el desfile de la burguesía poderosa del Istmo.

Desde allí pudo ver todavía tres veces a Violeta Linares. Ahora sentía que la sangre le hervía. Que le zumbaban los oídos. Que una extraña desesperación lo iba invadiendo. Hizo un esfuerzo supremo. Se sacudió todo el cuerpo en combate difícil. Y abandonó su sitio de observación.

Avenida Central tiraba a la calle toda la luz de sus escaparates iluminados.

Frente al Hot-dog Stand, divisó el Willysnight humeante de July. El Fat y el Fulo estaban sentados frente a dos tazas de café y dos chuletas. July estaba dentro del carro con igual pertrecho. Al verlo pasar, lo llamaron:

—¿Cómo está, Coorsi?

—¿Cómo está, cómo está?

—Venga, tírese una taza de café.

Se acercó. Chocó la diestra de ambos. Y sentóse al lado de ellos.

—¡Un café allí, y una chuleta!

El Fat — a pesar del frío — sudaba. Miraba con ternura el freír de los hot-dogs y las chuletas. Aspiraba con entusiasmo el perfume alimenticio de la carne porcina. Y, de vez en vez, miraba a Coorsi.

—¿Pero qué le pasa a usted, hombre?

—Nada. ¿Por qué?

—¡Está muy callado y muy triste! ¿Está enamorado? Eso sería lo último. En este país donde son tan baratas las mujeres, es estúpido enamorarse. Esò déjelo para los extranjeros.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Coorsi rió:

—Tú tienes unas vainas, Fat...

El Fulo estiró su velluda diestra. Tocó el hombro de Coorsi. Viró el rostro a un lado para verlo de frente y murmuró:

—Yo creo que el Fat tiene razón. ¿Dínos quién es la víctima?

Y el Fat:

—No seas idiotä, Fulo. Eso no se pregunta. En un caso de estos siempre la víctima es uno.

Coorsi seguía riendo:

—¡Ustedes son un par de fieras!

Entonces el Fat adoptó una postura de introductor de diplomáticos. Se inclinó difícilmente sobre su espacioso vientre:

—Señor Coorsi. Le proponemos a usted un lenitivo para su pena.

—¿De qué se trata?

—De una visita a la Academia. ¿Quiere?

—Yo iría. Pero no tengo ni una modesta lechuguilla de a dólar.

—No se preocupe de eso, señor Coorsi. Nosotros tampoco tenemos. Ya ve que estamos iguales.

—¿Y entonces?

El Fat tomó una actitud de sacerdote en el momento de levantar la custodia en una iglesia:

—¡El crédito, amigo Coorsi, el crédito!

Cuando llegaron, la orquesta enfebrecía a los concurrentes.

Era una espaciosa sala en un segundo piso. La orquesta estaba en un tablado erigido en el fondo, cerca de la escalera. Bajo ella, el bar. Las mesas estaban pegadas a la pared de tal manera que dejaban un gran espacio libre en el centro para los danzantes.

Apenas entraron, los rodearon varias mujeres. Seguidos por esa corte se dirigieron al balcón que daba sobre Avenida Central. Y allí ocuparon una mesita. El Fulo, gran

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

conocedor de ese ambiente, presentó a Coorsi. El Fat, como hombre eminentemente popular, no tuvo necesidad de ser presentado. A los pocos instantes de estar sentados, se acercó el dueño del establecimiento, Angelo Guaraña. Los saludó con una sonrisa cordial:

—¿Cómo están los periodistas?

—Así, así no más, mi querido Angelo.

—Me alegro mucho.

—¿Qué novedades tienes?

—Algunas parejitas de baile nuevo. Buenas muchachas, como siempre. No sería de más que me dieras un latazo por el "Gráfico", Fulo.

—Pierde cuidado, Angelo. Este sábado te escribo algo.

—Muy bien, Fulo. ¿Quieren algo?

—Sí, Angelo, tráenos algo de beber.

—En seguida.

Cuando desapareció Angelo, empezaron a charlar alegremente. Cada quien cogió a la mujer que tenía al lado. La acercó más. Y la empezó a sobar concienzudamente. Por los senos. Por los muslos ardientes. Por el sexo esponjado. Ellas se dejaban. Y la charla seguía.

El Fat — como siempre — se sintió filósofo:

—Si no fuera por estos sitios, no sé qué se podría hacer en Panamá por las noches. Por eso es que aquí nos damos cita todos. El grande y el chico. El rico y el pobre.

Coorsi terció:

—No Fat. Te equivocas. Hay muchos que no podrán pisar jamás estos sitios porque no tienen cómo. Muchos no tienen ni para comer.

—Pero ya ves, nosotros. . .

—Es distinto.

El Fat no quiso seguir discutiendo. Ahora cargó la mujer y la puso en sus rodillas. Empezó a moverse lentamente. La mujer lanzó una carcajada:

—Tú ya debes pedir una cama.

Vino el primer trago. El Fulo firmó el vale. El Fat sacó diez centavos y los dió de propina al mozo.

La orquesta sonaba más y más. El gordo Durán, en el piano, mostraba sus bigotes irónicos de vez en vez y la emprendía con furor en el teclado. El jazz-band hacía un

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

estruendo fantástico. El clarinete parecía golpear las nalgas de todas las mujeres. Y en el centro de la sala, toda una masa se retorcía al compás de la música. El ambiente se iba haciendo irrespirable. Un olor a sexo y a licor trepidaba como volante común sobre todas las carnes.

El Fat propuso:

—¡Vamos a dar una vuelta!

Cada quien bailaba a su manera. El Fulo, que se creía un *crack*, *miraba al cielo y parecía hacer síncopas*, por los menudos a destiempos que tenía. El Fat daba pequeños saltitos, que hacían vibrar toda la grasa de su cuerpo. Coorsi, sentía resucitar dentro de sí toda la fiebre de su madre chomba y se incendiaba en el apretón de carnes de su pareja.

Y el Fat — como siempre — hablaba.

—Mucho tiempo he defendido a las mujeres. Cuando trabajaba en "El Diario" emprendimos una campaña intensa contra los tratantes de blancas. A mí me iban a matar. Yo los hubiera extirpado en este país. Pero desgraciadamente me botaron de "El Diario".

El Fulo reía mientras seguía danzando:

—Al que hubieran extirpado sería a ti. Esa gente está muy bien organizada. Tiene hombres públicos a su servicio. Los paga bien. Tiene también periodistas. Gente de toda clase y condición. Son demasiado fuertes.

—Yo los hubiera extirpado... O me hubieran extirpado a mí.

El Fat ya casi no podía. Respiraba trabajosamente. Se había puesto rojo, de un extraño rojo, veteado a trechos con colores indefinibles. Sudaba copiosamente. Se pasaba a cada rato el pañuelo por el rostro. Le propuso a su pareja:

—Bueno. Vamos á sentarnos.

—¡Vamos!

Después de breves instantes terminó la música. Y por más que aplaudieron, *no pudieron hacer repetir la pieza*. El Fulo y Coorsi con sus parejas, también buscaron su

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

mesa. Pidieron otro trago. Y siguieron sobando a las hembras.

La pareja de Coorsi le preguntó:

—¿Tienes un dólar?

—Ni un céntimo.

La mujer se lo quedó mirando largo rato. Se le apartó un poco.

—¡Ah!... ¿Y a qué has venido entonces?

El Fulo terció en seguida:

—Ha venido con nosotros.

La mujer cambió un poco. Se levantó:

—Bueno. Pero entonces, que me espere un rato. Voy a ver si hago algo por allí. Regreso.

El Fulo — ya excitado — se violentó:

—Tú no te vas nada... ¡Te quedas acompañando a mi amigo!

Pero Coorsi lo contuvo:

—No, Fulo. Déjala que se vaya. Ya me voy yo mismo. Quiero acostarme temprano, para mañana ir a buscar trabajo.

—No, carajo; que se quede. Está con nosotros.

El Fulo trató de cogerla por un brazo y obligarla a sentarse. El Fat también se había levantado. De las mesas vecinas, empezaban a mirarlos atentamente. Coorsi entonces empezó a convencer al Fulo.

—Ve, Fulo; se va a armar el escándalo. Y el que va a salir fregado soy yo que no soy periodista. Deja que se vaya.

Entonces el Fat también subrayó:

—Si, Fulo. Coorsi tiene razón.

—¡Ya está pues, carajo. Lárgate!

La mujer no se hizo esperar y pronto estuvo ya con otro cliente.

El Fulo comentó:

—Dan asco estas mujeres, tan interesadas siempre.

Su pareja entonces se volvió airada:

—No seas canalla, Fulo. Lo que debe darte es lástima. Esa mujer tiene que mantener a la madre. Y aunque así no fuera. ¿Tú crees que a nosotros nos alcanza con lo que ganamos? Es verdad que ganamos algún dinero. Pero todo

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

nos lo quitan. A nosotras siempre se nos cobra todo caro. En eso nos parecemos a los diputados de provincias. Si esa mujer esta noche no gana nada, quién sabe qué día pasará mañana. Y ni siquiera se puede guardar. Guardar para cuando haya pasado esta rápida época en que se tienen las carnes duras y provocativas. Cuando llega el momento en que se nos mira con repugnancia...

El Fulo se violentó más todavía:

—No te pongas romántica que eso es de muy mal gusto.

La orquesta volvía a comenzar. El gordo Dúrán se entusiasmaba más aún. Este era un son compuesto por él mismo. Los bigotes le danzaban al compás de la música. De vez en vez miraba, con ojos miopes, el remolino de carne humana que humeaba de deseo allá abajo, en la sala de baile.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

IV

El golpe del palo sobre la ropa es breve, seco. Hay un pequeño salpicar de agua. Cada vez se aplasta más la tela retorcida sobre la piedra enorme. El chasquido se repite interminablemente. Arriba, el sol hace piruetas de gimnasta sobre todos los techos. Acá, en el patio húmedo y gris, repica el jadeo de las lavanderas que trabajan. Las lavanderas chombas, encuclilladas, Mostrando sus piernas gruesas y vigorosas. Prietas, firmes, provocativas.

El sol les araña las espaldas. Les enciende el rostro y les lame cruelmente los senos. Mueven los brazos, automáticamente. Cae el palo sobre la ropa mojada. Cae una vez otra, otra... Indefinidamente.

Varios cordeles cruzan el patio. Cordeles en los cuales se sostienen piezas de vestir de lo más diversas. El sol también las acaricia. Pero se dijera que más aún acaricia a las carnes oscuras de las chombas.

Las lavanderas dialogan, mientras siguen golpeando con sus palos sobre la ropa mojada:

—Cada día está peor el lavado.

—Y todo...

—Pero el lavado más. Porque lo hacemos las mujeres. Las mujeres negras.

—Pero tú siempres tienes bastante ropa.

—Sí, eso sí. Bastante ropa. Para estar lavando todos los días de la semana. Y no sólo los días...

—¿Y entonces, de qué te quejas?

—Es que tener bastante ropa no lo es todo. Lo necesario es que le paguen a una.

—¿No te pagan?

—Sí, sí me pagan... Pero me pagan una miseria. Hay familias a quienes tengo que lavarles toda la ropa. Y apenas me dan tres dólares a la semana.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Ajá!

Hay algunas que están sacando hervido. Mueven el tarro lleno de agua y de ropa, que humea sobre un fogoncito improvisado. De vez en vez, una llamarada imprudente resbala por los cantos del tarro y arroja una pinceluda de incendio sobre la chomba que lo atiende.

La madre de Coorsi también está lavando. En estos momentos es un vestido blanco de hombre el que tiene sobre la piedra. Hay que lavarlo con cuidado. Procurando no romperlo ni causarle el menor daño. A éste no se le puede dar palo. Hay que lavarlo a mano limpia. No importa que los dedos se despedacen. Lo esencial es que el terno quede bien blanco e intacto. Una vecina de cuarto que se halla a su lado la mira atentamente. Hace un rato que ambas están calladas. Pero al fin ésta no puede contenerse. Y le pregunta:

—¿No ha conseguido trabajo Pedro?

—¡Todavía no!

—¿Qué malos tiempos verdad? Antes faltaban hombres para el trabajo. Hoy pasa lo contrario.

—Sí, son malos tiempos.

Se notaba que no quería hablar. Que prefería estar completamente entregada a su trabajo. El vestido blanco se retorcía entre sus manos. Cada vez iba apareciendo más blanco, más limpio. Las manos, en cambio, se ponían amoratadas. Se hinchaban. Insensiblemente los movimientos se hacían torpes, pesados.

La otra insistió:

—¿Ya tiene quince días de haber salido de "El Diario". Verdad?

—¡Sí!

—Es una lástima. tan buen muchacho. ¡Tan inteligente!

—Sí, es una lástima.

Pensaba en su hijo. Se lo imaginaba desesperado. Luchando contra todos los obstáculos. Y siempre saliendo vencido. Era algo fatal. Algo contra lo cúal no podía levantarse. Ni siquiera protestar. Ella lo había visto siempre en todos los hombres de su raza. Inútilmente llevaba su hijo ese poquito de sangre blanca. La sangre negra imperaba, era más fuerte. Y tenía que arrastrarlo al precipicio.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Es una lástima.

Hacía más calor. Las mujeres se ponían de un morado que tenía vetas de bermellón. El golpe del palo sobre las ropas era más débil. Pero seguía monótono, interminable.

Cuando llegó Pedro Çoorsi, era muy tarde. Había oscurecido. Calidonia hervía de ruidos. Subía desde la calle, en oleadas, el vaho ardiente de la masa agitada. Ahora en el cuarto ya no tenían luz.

—Buenas tardes, mamá.

—Buenas, Pedro.

Ambos callaron. El se despojó de su camisa. Y en la oscuridad le tendía algo a ella.

—Ahí tiene unos plátanos, mamá.

Se sentó al borde de la cama. Por la puerta podía distinguir a mano izquierda las luces numerosas del cerro Ancón. En el cielo se adivinaba la iluminación de la Panamá blanca. Ahí mismo en el corredor también había un foco débil y titilante.

—Cada día se pone peor la situación. Va a pasar algo en este país.

—Siempre la pagaremos nosotros.

—Quién sabe. Creo que esta vez la vamos a pagar todos.

—No lo creo.

No quería alarmarla. Pero él sabía perfectamente que las cosas habíanse puesto enteramente violentas. Los caseros provocaban, con sus exigencias, una reacción formidable en todas partes. Se avecinaba una huelga inquilinaria. Trataban de lograr que todos se adhirieran. Para ver si unidos conseguían alguna ventaja. Parecía sonreírles el éxito.

Volvió a repetir:

—Quién sabe.

Y después:

—A propósito. ¿No te ha venido a cobrar el casero?

—Sí; me dijo que no podía esperarnos más. Qué tenía-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

mos que desocupar lo más pronto. Porque si nó, nos iba a botar los trastos a la calle.

—Ajá.

La chomba, en tanto, asaba los plátanos. Seguramente, su hijo no había conseguido nada todavía. Lo mejor era ni preguntarle al respecto. Dejarlo tranquilo. Ya tenía bastante con su fracaso continuo en cuanto emprendía.

Coorsi estaba cansado. Supremamente cansado. Se extendió, cuan largo era, en la cama y, cuando menos lo pensó, estuvo dormido. Pronto se oyó su respiración acompasada. Y después el roncar intermitente.

Abajo ululaban los automóviles en carrera desenfrenada.

En visión cinemática habían transcurrido para Coorsi esos quince días.

Había implorado de puerta en puerta una ocupación. Y en todas partes había tenido siempre idéntica respuesta: ¡La crisis!

La crisis parecía haberlo inundado todo. Las fábricas, los almacenes, las casas particulares. Por más que se ofreció por precios mínimos. Por más que prometió trabajar horarios imposibles, siempre le rubricó las espaldas idéntica palabra: La Crisis.

Las ochos letras iban creciendo ahora en su imaginación. Le parecía verlas colgadas por todos lados. Como si fueran una nueva marca de un nuevo standard yanqui. Lo perseguían. No le dejaban un instante de tranquilidad. Hasta su sueño se veía asediado por ellas. Se dijera que, de un momento a otro, iban a enrollársele en el cuello asfixiándolo.

—¡La crisis!

Había intentado cargar, allí en el mercado. Pero hasta eso era difícil ahora. Los carretilleros se ofrecían por precios mínimos. Tenían contratos con los dueños de carretillas. Y, además, él era negro. Los otros lo miraban como con asco. Y difícilmente conseguía la menor chance.

Estaba desesperado. No sabía qué hacer. Había hablado con algunos individuos al respecto y todos le habían dado consejos distintos. Muchos le habían dicho que tu-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

viera paciencia. Que eso no podía durar eternamente. Que pronto habría un cambio. Y que entonces posiblemente mejoraría su situación. Pero él pensaba que todo eso es muy fácil decirlo. Pero que el estómago no aguanta. Y menos todavía el casero.

Le rondaba todavía en el cerebro la imagen del gerente de la Milwaukee, un adiposo señor que hasta había tenido un gesto irónico cuando fué a solicitarle trabajo.

—Dígale al gobierno que lo coloque. Para eso es un gobierno popular. El gobierno de ustedes.

—¡Qué lo van a colocar a uno!

Pero hasta ahí había durado el buen humor del poderoso señor.

—Bueno pues, lo siento. Aquí no podemos darle nada.

Había tenido que regresarse desde Cabo Verde — con un sol que hería — hacia el mercado a ver si allí conseguía algo.

Pero no sólo era eso. Había otro problema que lo asediaba con más fuerza todavía. Que lo torturaba constantemente. Que le restaba las pocas energías que para la lucha aún conservaba.

Se trataba de Violeta Linares.

La despectiva mujer se le introducía como un taladro en toda la existencia. No era ya el deseo brutal que lo había sacudido ante las mujeres que llenaron su pasado. Había algo de eso, pero había también algo más. Era un extraña mezcla de deseo y de dominio. Un afán de posesión integral que antaño no tuviera nunca.

Había intentado libertarse, al principio. Se había acostado con cuantas mujeres pudo. Trató de agotar sus posibilidades sexuales. De mantener su virilidad anestesiada. Pero todo fué en vano. Aun cuando estaba con otra mujer. Aún cuando se retorcía en la caricia final, surgía la misma Violeta imposible. Riendo indiferente. Burlándose de su color y de su miseria.

Quiso reflexionar. Mentalmente se colocó al lado de ella. Y no pudo menos que lanzar una ruidosa carcajada

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

que lo asombró a él mismo. ¿Qué podía haber de común entre ambos? ¿Cuándo podría él conseguir, no ya que lo amase, sino que lo tolerase siquiera, que su presencia no le fuera risible, repugnante? Se sintió impotente, pequeñito, miserable. Decidió —a pesar de todo —arrancarse tal cariño del pecho. Matar así, prematuramente, un amor que no debió haber nacido jamás.

Pero esa misma tarde, sin saber cómo, se sintió frente a un teléfono, llamando.

—¿Número?

—. . . (el número de ella).

Temblaba. Todo le daba vueltas. ¿Le contestarían? ¿La oiría hablar? ¿Qué le diría?

—¿Aló? ¿Familia Linares?

—Sí, señor. ¿Con quién desea hablar?

—Con la señorita Violeta.

—Ella habla. ¿Con quién tiene el honor de hablar?

—Con un admirador. . . Con un admirador que la ha llamado para. . .

—Pero dígame cómo se llama.

—Un admirador. . .

—Si nó me dice su nombre, voy a cortar. No puedo escuchar una conversación de un desconocido.

—Está muy bien, señorita, soy Demetrio Quiñones.

—¡Ajá. Adiós! . . .

Cerró. Coorsi no supo qué hacer. Volvió a llamar. La misma voz le contestó, pero al reconocer la suya cerró otra vez rápidamente.

Decepcionado, Coorsi se alejó.

Ahora se arrepintió de su cobardía. ¿Por qué había dado ese nombre? ¿Por qué no había dado el suyo propio? ¿Qué más daba, si sería siempre un desconocido para ella? ¿Cuándo iba la señorita Linares a saber que ese Coorsi que la amaba era un chombo cualquiera, que no tenía ni qué comer? ¿Cómo se podía imaginar tal atrevimiento?

Andaba como un sonámbulo. Indiferente a los múltiples ruidos de la Avenida Central. Breves instantes se quedó en una esquina de Santa Ana, mirando la gente que pasaba. En una de esas le dió un vuelco el corazón. Fren-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

te a él, mirándolo, pero sin verlo, pasaba en un elegante carro Violeta Linares, la despectiva.

Iba ella misma manejando. Vestida sencillamente. La inercia hacía que su melena alborotada ondulara flamígera. Una sonrisa orgullosa brincaba en sus labios. Pasó como una visión.

Coorsi — estúpidamente — rió.

Sesionaban en diversos sitios. Cambiando cada vez. Procuraban buscar los lugares menos frecuentados. Y las horas de menor tráfico. Al principio habían sido pocos. Después su número había ido creciendo. Y se habían organizado numerosas células en los distintos barrios de la ciudad. Había algunos comunistas — pocos — entre ellos. La mayoría no pertenecía a partido político alguno. Sencillamente era gente pobre que no podía pagar sus habitaciones a precios tan elevados. Era una verdadera lucha la que se emprendía para vencer su timidez y obligarlos a militar en la lucha inquilinaria. Se mostraban reacios a todo. Tenían miedo en la mayoría de los casos. Un miedo animal a lo desconocido.

Entre los dirigentes figuraban Echevers, comunista que había viajado a Rusia y que tenía gran entusiasmo y el abogado Ernesto Porras, llegado no hacía mucho tiempo de París. Se hacía difícil todo por lo heterogéneo de los elementos con que contaban y también, en parte, por sus propias divergencias personales. Además, la absoluta ignorancia que tenían casi todos.

Coorsi, en el fondo de su espíritu, sentía un poco de repugnancia. Hubiera deseado no meterse en nada. Le parecía que *quizá no serían los inquilinos los beneficiados con* esa labor. Pero al instante surgía en él un sano optimismo. Y, además, el deseo de hacer algo. De tener en qué ocupar sus días monótonos y fastidiosos de desocupado.

—Lo peor que puede sucederme es ir a la Cárcel...

Como no tenían ni asiento ni espacio suficientes, se mezclaban en verdaderos apretujamientos de carnes, formando una sola masa. Respiraban unos contra otros. El

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

calor los hacía sudar copiosamente. El fuego interior que despertaba su entusiasmo les enrojecía los músculos tras de la piel brillante.

—La huelga del no pago — decía Echevers — es lo único que puede salvarnos. Así los caseros, quieras que no, tendrán que rebajar los precios de sus alquileres, antes de perderlo todo. Podemos iniciarla por Calidonia. Aquí en Panamá hay poca policía, así que es fácil pegar carteles, pintar letreros, repartir hojas y hacer propaganda personal en todas las casas. Después podemos seguir con los otros barrios.

Cada quien quería hablar después de Echevers. Se formó un griterío espantoso. El doctor Porras levantó la mano:

—¡Silencio! Nos van a descubrir.

Se hizo inmediatamente el silencio pedido. Pero, de entre todos uno empezó a hablar:

—Perfectamente. Todo lo que ha dicho Echevers está muy bien. Pero no hemos contado con un factor indispensable. ¿Y los yanquis? ¿Ya hemos olvidado cómo nos barrieron a bala aquí mismo, en la calles de Panamá, por algo semejante hace tan pocos años? ¿Ya nos hemos olvidado de que se transformó la Plaza de Santa Ana en un verdadero campamento?

Porras lo interrumpió:

—Esta vez no se meterán. Le están haciendo campaña feroz los elementos de oposición al gobierno yanqui. Y uno de sus caballos de batalla es precisamente la intervención en la América Latina.

—Pero. ¿Y si el Presidente pide esa intervención? ¿Acaso no se ha hecho esto ya otras veces? ¿No recordamos los cientos de miles que costó a Panamá la llamada de los soldados yanquis, aquella vez que Turner quiso tomarse la Presidencia? Además ustedes saben los numerosos intereses que tienen los yanquis aquí. Gran parte de los terrenos en que están fabricadas las casas de la ciudad son del Ferrocarril, es decir del gobierno yanqui. ¿Ustedes creen que ellos pueden ver con indiferencia un movimiento que tan fatales consecuencias puede traer para ellos mismos? Yo por mi parte, no lo creo.

Momentáneamente parece cundir el desconcierto entre

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

todos. Porras se da cuenta de ello, y trata de devolverles el entusiasmo.

—Estoy casi seguro de que los yanquis no se meterán. Se acercan las elecciones presidenciales. Y cada quien desea tener menos motivos para ser combatido. Ustedes saben que va a terciar Hoover. Además, no nos vamos a derrotar antes de haber comenzado la lucha.

Entre la exigencia y la crueldad cotidianas del casero y el peligro yanqui, están dudando largo rato. Al fin se deciden.

—Nos iremos a la huelga del no pago.

Pedro Coorsi tiene sed.

Amanecieron los letreros llamativos sobre todas las casas. Una vez más, Santa Ana, la plaza bulliciosa, hirvió de entusiasmo. Se multiplicaron las hojas llamando a compactar filas. La conversación sólo giró sobre un tema: **El no pago.** Los periódicos, unos a favor y otros en contra, empezaron a llenar sus columnas con idénticos motivos.

En un principio, los caseros se rieron. Panga, Müller, etc. se sobaron sus vientres formidables. Leyeron por encima los diversos escritos. Y tuvieron una frase de rúbrica:

—¡Están locos!

Pero pronto fué una verdadera ola que amenazó tragarse la ciudad. Los inquilinos parecieron fortificar posiciones. Hasta los altos corrillos de la burocracia y la burguesía, subió el tema salpicando todas las charlas. La mayoría sonreían irónicos aún. ¡Pobres diablos! ¡Que soñaran todavía en esas cosas! Se necesitaba estar descentrado de su ambiente para hacer eso. En fin, allá ellos. Y perezosamente saboreaban un cocktail o su pedazo de carne del sexo opuesto.

Pero después de pocos días, como siguiera la efervescencia, ya tomaron una actitud de espera. Leyeron con más interés los periódicos. Y las noticias les causaron una cierta inquietud.

¿Sería verdad todo aquello? ¿No estarían tomándoles el pelo? ¡Como en esta bendita Panamá todo se lleva al relajo!

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

El gobierno se puso sus anteojos. Una mirada de asombro iluminó su rostro. Tosió para darse importancia. Llamó a sus esbirros:

—Hay que hacer algo.

Allá afuera, en tanto, la calle hervía, hervían las casas. Parecía hervir toda la ciudad Puente.

Pedro Coorsi se multiplicaba. Subía a cuantas casas podía. Y trataba de convencer a los inquilinos de que no pagaran sus arriendos. Que se unieran a los huelguistas. En Calidonia tuvo franco éxito. Casi todo el mundo estuvo de acuerdo. Aunque oponían una leve resistencia:

—¿Y esto no va resultar después en perjuicio de nosotros?

—No. Estamos muy unidos. Somos una fuerza.

—¡Ajá! Bueno, pues.

Otros le decían que ya habían sabido algo de eso y que estaban de acuerdo. Que no pagarían por nada de este mundo. Se mostraban alegres, optimistas. Como sabían que Coorsi estaba sin trabjo, le daban cualquier cosa de comer para que le llevara a la madre.

Y Coorsi seguía. Por su color, por su conocimiento de todos, quizás era el menos sospechoso. La policía andaba tras de los que hicieran propaganda. Los estudiaban, detenidamente, numerosos espías. Pero los dejaban. Querían hacer una buena redada posiblemente. Conocerlos a todos. Acabar con ellos.

Panga en tanto, creía volverse loco. Como él mismo cobraba los arriendos de sus casas, tuvo ocasión de darse cuenta de cómo iba creciendo la huelga.

En los primeros días tuvo que sufrir escenas desagradables y peligrosas. Cuando presentó su recibo y le dijeron tranquilamente que no le pagaban, se violentó:

—¿Qué se han figurado ustedes, chombos desgraciados? ¿Qué van a vivir de balde en mi casa? ¡Ya verán, los voy a botar como a perros! ¡Ya verán!

Le dieron con la puerta en las narices y esto lo puso peor. Empezó a patear la puerta haciendo un escándalo

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

feroz. Los vecinos salieron a ver qué era lo que pasaba. El inquilino al fin, abrió.

—Usted pierde inútilmente su tiempo. No le voy a pagar. Váyase.

Panga levantó la manó. La descargó pesadamente sobre el negro. Este se volvió. Hizo un gesto de fiera acorralada. Dudó breves instantes. Después lo cogió por un brazo. y lo obligó a bajar.

—¡Váyase!

Se había marchado. Pero antes, desde abajo, había cerrado los puños y había dicho:

—¡Ya verán, chombos desgraciados!

Y, efectivamente, se había dirigido donde un juez parroquial. Y había sacado una orden de lanzamiento. Al poco rato había regresado triunfalmente. Había levantado en alto su papel vengador. Y les había botado los trastos a la calle.

Había que contener a los chombos hostiles. Tanto el lanzado como los vecinos, lo rodeaban enseñando los dientes. Sus puños se cerraban con fuerza. Temblaban fuertemente. Sudaban frío. Hubieran deseado abalanzársele encima. Pero se contenían. Ya les habían advertido que eso tenía que suceder. Era la primera medida de represalia.

Saltaban a la calle las pobres sillas, las camas de madera desvencijadas, los cuatro utensilios de cocina. Todo esto mezclado con mujeres y muchachos. De los negros, casi a pesar suyo, surgían voces contrariadas:

—¡Es una verdadera vaina, esto!

—¡Claro! ¡Dónde vamos a ir!

—Ningún casero nos recibirá ahora.

—Lo mejor es salir a la pampa.

—Pero es que llueve tanto.

—Ya encontraremos cómo taparnos. Además, aquí, la mayoría de estos cuartos también se llueve.

—Yo no lo digo por mí. Los muchachos son los que me preocupan.

—¡No les pasará nada!

—¡Ojalá!

Seguían las casas vomitando trastos viejos y carnes prietas. Ahora Panga había tenido numerosos imitadores. Y él

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

mismo encontraba un cierto placer en hacerlo. Ya que no le pagaban, que se largaran. No quería a nadie viviendo de balde en sus casas. ¡No faltaba más! El se había privado de todo. El no gastaba nunca un céntimo. Y que vinieran esos negros a comerse su dinero. ¡A robarle aquello que con tanta paciencia había acumulado...! A ratos le parecía hasta mentira. Cómo era posible que en Panamá sucediera eso. Y entonces, dónde estaba la protección de los yanquis? ¿Para qué servían los yanquis? ¿Para qué se les había dado esa faja de terreno y — muchos como él — su conciencia? ¿Para qué?

¡Oh! ¡Cuán distintos estos tiempos de los de antaño!

Revivía en su imaginación miope, la primera época del Canal. Cuando él no tuvo más que sentarse a esperar que viniera el dinero a buscarlo. Cuando vió, poco a poco, ir creciendo el número de sus casas y, por ende, el de sus entradas. Cuando se sintió seguro, fuerte, clavado con raíces de dólares sobre la verde ciudad Puente.

Vestía mal, comía mal, dormía con mujeres asquerosas, no bebía nunca. No ocupaba a nadie en sus negocios. El mismo cobraba todas sus casas. El mismo las hacía refaccionar, limpiaba los inodoros personalmente. A veces amanecía muy temprano a barrer las extensas galerías. Su único placer estaba en hacer dinero y, más aún, en ver cómo faltaba éste a los otros.

—Todos hubieran tenido plata. ¡El Canal daba para todos!...

Y ahora cuando lanzaba a un chombo, sobre todo a un chombo que tuviera extensa familia, sentía una dulce alegría interior. Se frotaba las manos. Sudaba. Y seguía, y seguía. Casi no tenía tiempo de hacer nada. Todo el día botaba gente de sus cuartos.

Multitud de intermediarios, que explotaban más aún todavía que los caseros, se veían también lanzados a la calle, arrastrando consigo verdaderas olas humanas.

Pero esto hacía hervir más aún la multitud. La huelga se avecinaba aún a los barrios de la pequeña burguesía. Y todos tenían una sonrisa de esperanza en la lucha iniciada por los negros.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Pedro Coorsi, en esos días, había olvidado completamente a Violeta Linares. Se había entregado completamente a su trabajo. Y era uno de los más activos y eficientes. Entre los compañeros empezaba a ser mirado con cariño y aprecio. Sobre todo Echevers, que era un gran conocedor de los hombres.

Las sesiones eran más frecuentes. Pero al propio tiempo más sigilosas. La mayoría estaban optimistas. Veían el triunfo inmediato y completo. Les parecía que ya todo sería cuestión de días. Que había que esperar. Trabajando siempre más, eso sí.

Ernesto Porras se frotaba las manos jubilosamente. Había dado por fin, con el filón a explotar. Tendría ya mucho que decir en la Asamblea. Ya vería la mayoría gobiernista. Y al pensarlo, reía seráficamente.

Echevers desconfiaba. Conocía a Porras. Conocía al gobierno de su país. Conocía a su gente:

—No sé por qué me huele mal todo esto.

Pero seguía trabajando. Era el que daba más ánimo a todos. Se multiplicaba. Escribía volantes. Hacía campaña personal. No faltaba a ninguna de las reuniones. Ahora contaban con numerosas mujeres. Las calles de los barrios negros parecían hormigueros. Todo el mundo iba y venía en un constante dinamismo. A veces se hablaba algunos minutos. En voz baja pero firme. Después seguía el desfile interminable.

Y los caseros a su vez, seguían botando gente. Eran verdaderas redadas humanas que caían a la calle. Hombres, mujeres, ancianos, niños. Todos en una mezcla ardiente de carne y de trastos viejos. Pesadamente. Lentamente. Tristemente:

—¡A Sabanas!...

Era un grito que parecía escaparse de todos los pechos, de todas las casas, de todas la calles.

—¡A Sabanas!...

Qué bárbaro estaba a veces el sol. Se dijera que lo *hubieran contratado los caseros.* O el *gobierno panameño.* O los yanquis de la Zona.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"



Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

V

La sabana es grande.

Allá — cerca de la orilla — domina el verde. Es el verde que acompaña a los caminos carreteros. Que frota dulcemente los ojos soñolientos del turista. Acá — a izquierda de Calidonia — domina el ocre. Un ocre que muy de vez en vez se salpica de verde. Un ocre hostil — viejo vello de la tierra hembra que no quiere entregarse.

Por doquiera asoma el terreno duro, polvoso, gris. Aparece en grandes manchas, como heridas enormes. A ratos, se calienta como un horno. Seca más aún la yerba cadavérica. Se chupa la savia que entregara a los árboles escasos.

La sabana es grande y es gris.

Manchas humanas dan vetazos de ébano a la piel de la tierra uniforme. Manchas humanas incontables. Parpadea, a lo lejos, el incendio de los colores chillones de sus trajes. Se les ve revolver sus pocos utensilios. Unos grandes atados de ropa se hallan siempre dispersos a su alrededor. Es que — a pesar de la huelga— tienen que comer. Y para comer necesitan lavar ropa. La mayoría de los hombres son despedidos de sus trabajos. Los blancos tienen solidaridad.

La sabana es grande. Pero las casas de Calidonia son grandes también. Y en cada cuarto viven 10, 20, 30...

Y, por eso, la sabana se estremece con las pinceladas negras de las carnes chombas.

Hace sol. El mismo sol que escarbaba las vértebras humanas en los patios. Acá se le siente más inmediato. Más fuerte. Mientras las mujeres lavan, los hombres traen agua,

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

los chicos, sentados por uno que otro lado, miran estúpidamente cuanto ocurre.

No se pueden obscurecer más. Sencillamente se tuestan. A cada rato toman agua. Pero de qué les sirve esto. Si arriba está el sol sediento. Y acá abajo también está la tierra ávida de líquido, como una garganta insaciable. Por eso sudan, sudan y sudan. La piel se les ha tornado agrietada, reseca. Ese sudor al salir se evapora.

Huele mal. No sólo por sus cuerpos sucios inlavados durante muchos días. No sólo por sus propios alientos que, como una red invisible, aprisionan todo el ambiente. Es que, además, las necesidades no pueden hacerse lejos. Y aquí no hay excusados, ni hay tampoco tuberías de desagües, ni higiene en absoluto.

Han muerto algunos. Especialmente niños. Las madres, mientras tienen que darles golpes a las ropas en las tinas, comentan:

—¡Maldita huelga! ¡Hizo que se fuera mi chico!

—Murió de insolación. ¿Verdad?

—Yo misma no sé. No me duró ni dos días.

Parece, a ratos, que la ropa se encaprichase en no dejarse lavar. Ciertas manchas no desaparecen. Por más que se les da y se les da.

—¿Sabes? Eso sale con limón. Con limón y sal.

—Le voy a echar.

Los dedos tienen callos. Las manos tienen callos. Pero —a pesar de todo — cuando se lava diez o doce horas seguidas, duelen los dedos y las manos. El jabón los pone blanditos. Acá también, en la espalda, da dolor. Y en los brazos.

—Es que los brazos no son de fierro.

¡Ah! si se tuvieran los brazos de fierro. Pero capaz de que eso resultara perjudicial. Pagarían menos.

Los hombres siguen cargando agua. El agua que se recoge con las lluvias es muy poca. Se necesita mucha, pero mucha agua, para lavar varios atados de ropa. Los blancos se mudan todos los días.

—Hace dos años que no me cambio de bata. ¿Sabe? La lavaba en camisón por las noches.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Pero eso no me importa nada. Lo que me importa es que se haya muerto mi chico. ¡Maldita huelga!

—La huelga no tiene la culpa. De todas maneras nos hubieran botado. No podíamos pagar...

—Si, pero la huelga...

—La huelga nos va a dar la liberación. Vamos a conseguir cuartos más baratos y más consideraciones.

—¡Quién sabe!

¡Cómo surge la espuma! ¡Cómo es blanca la espuma! Entre ella, el brazo negro que se agita es como una profanación. Salta la espuma. Ríe la espuma. Cada tina parece una enorme carcajada. De millones de dientes menudos y blanquísimos.

Es de noche. Llueve tenuemente. Allá — a pocas cuadras — está la ciudad iluminada. ¡Cómo sus millares de pupilas se destacan! Se ven danzar los focos de los autos. Se dijeran serpentinas de luz tiradas a las calles. Se adivina el jadear de la multitud humana que transita. En el océano de pupilas de las casas y las calles, las pupilas de los hombres surgen insignificantes.

Acá, en la sabana, todo es sombra. Los negros, los árboles, la propia sabana. Alguno, en los primeros días, intentó prender su lámpara. Pero el abanicazo de la brisa se le llevó la llama. Tuvo que desistir de su intento. Después, compredieron que resultaba mejor, había una especie de identificación de ellos mismo con la obscuridad.

Llueve tenazmente. No fuerte, pero sí fastidioso. Han tenido que buscar algunas planchas de zinc, para medio cubrirse. Pero los que las han conseguido son unos pocos afortunados. Lo único, que hay unión entre ellos. Bajo las planchas de zinc se acomoda a los chicos más tiernos.

Hace frío en la noche. Un frío que la lluvia va introduciendo por todos los poros. Un frío agudo, monótono. Que parece que quisiera rivalizar en fuerza con el sol.

Las sombras dialogan:

—¿Sabrá Muller que estamos en esta situación?

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—¡Quién sabe! Pero de todos modo da lo mismo.

—Suponte que lo sepa. Suponte que en este momento en que seguramente está jugando miles de dólares al poker con Padrós o cualquiera de ellos, piense unos segundos en nosotros, en este poco de negros tirados en la sabana.

—Seguramente lo comentará riéndose. Fumando su grueso habano infallable. Mientras paga con cheques las últimas jugadas.

—¿Será feliz Muller?

—Quién sabe. ¡Eso de la felicidad!. . .

—Tiene todo. Y con su dinero hace en este país su voluntad. ¿Recuerda cuando sacó a su hija reina del carnaval?

—Seguro. Fué un derroche de dinero. Del dinero que acá nosotros amasábamos en la sombra.

—Todos los periódicos hablaban de ello. ¿Recuerdas? ¡Y qué lujo! De verdad que entusiasmaba el espectáculo. ¿Recuerdas? Esos carros alegóricos. Esos bailes en el Unión que nosotros contemplábamos desde las Bóvedas. Esas fiestas en casa de ella. ¿Recuerdas?

—Seguro. Eso no se olvida tan pronto.

Cerca de ellos se queja un anciano. Le duelen todos los huesos. Tiene frío. Su cuerpo negro se ha hecho un ovillo. Se retuerce. Se encoge.

La lluvia — en tanto — sigue cayendo sobre la sabana. La lluvia menudita, que casi no se siente caer. Resbala no más. Se la chupa el cuerpo afiebrado de los negros. Y la tierra reseca, egoísta, misteriosa.

Porras quería conquistarse partido en todas partes. Ya era diputado. Pero aspiraba a algo más todavía. Por eso se afanaba por conseguir mejoras por doquiera. Desde hacía algún tiempo lo tenía preocupado la situación de los negros. Si él lograra encontrar un sitio donde meterlos. Donde no estuvieran así, expuestos a toda clase de enfermedades. Y por otra parte, poniendo también en peligro el éxito de la huelga. ¡Si él pudiera encontrarles algo adecuado donde guarecerse!. . .

Repasaba mentalmente todos los sitios que le pare-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

cían mejores para su propósito. Y, de repente, se golpeó violentamente la cabeza. Ya estaba. Los metería en la vieja plaza de toros de Vista Alegre. Sabía él que allí guardaban a veces algunos caballos, mulas, etc. Que cada vez que había corrida — de año en año, más o menos — tenían que desalojarla de esos animales. Y, además, darle una limpiada total. ¡Pues allí metería a los chombos!

Le dió andar a su automóvil plateado. Y se dirigió rápidamente a Sabanas. Apenas llegó, lo rodearon:

—¿Qué pasa, doctor?

—¿Qué pasa?

Las mujeres dejaban su lavado, los hombres sus cargas de agua. Los muchachos sus juegos. Todos se acercaban al carro del doctor.

—¿Qué pasa?

Porras sonreía satisfecho. Se atuzaba el bigote dominador. Levantaba su sombrero Montecristi. Abandonaba el carro. Dejando entrever su chaleco pintoresco.

—¡Ya tenemos donde guarecernos!

—¡Ya!

—¿Dónde?

—¿Muy lejos?

—¿Dónde?

Volvía a levantar su sombrero. Todos callaban.

—Es en la plaza de toros de Vista Alegre.

—¡Ah!

Al principio se desanimaban:

—¡Pero si eso se llueve todo!

—¡Y allí siempre se han guardado bestias de carga!

—Nos preservaría del sol, más que sea.

—¡De verdad!

—¡Sí, vamos!

—Vamos a la Plaza de Toros.

—¡Vamos!

Cada quien empezó a recoger sus cosas. Muchos tendrían que hacer varios viajes. Lo primero que les aconsejó Porras fué que no fueran en grandes grupos, porque entonces serían molestados. Lo mejor era ir poco a poco. Acomodándose lo mejor que pudieran. El iba a esperarlos allá.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Subió al auto. Hizo un breve signo de adiós.

—¡Viva el doctor Porras!

—¡Viva!

—¡Viva!

Mientras manejaba su carro. Mientras cruzaba su carro por todo Calidonia. Mientras veía los carros de otros más poderosos que él que cruzaban en dirección a Catedral, sonreía. También sería poderoso alguna vez. También sería un triunfador. No sólo este puñado de negros de acá le daría vivas. Allá, en la Panamá blanca, la aristocracia criolla también se inclinaría. Ya verían. La receta de su padre era infalible.

La noticia cayó como una bomba. Volvió a hervir la ciudad llena de charlas. Los comentarios fueron diversos. Según el sitio donde se hicieron:

—¿Saben? Los chombos están en la Plaza de Toros. De ahí sí van a fregar duro.

—¡Carajo! Esos chombos son una vaina. Palabra que yo los hubiera exterminado. Y le hubiera pegado fuego a Calidonia. Ellos son los que tienen la culpa de que las casas se hayan puesto caras. Viven cincuenta en un mismo cuarto. Y entonces les sale baratísimo el arriendo. Lo mismo que los chinos. . .

—¡Hum! ¿Quién sabe?

—Deben de embarcarlos a todos en un buque de esos que los yanquis utilizan para sus ejercicios de tiro.

—Tú lo que eres es un esbirro. Te pones del lado de los caseros, creyendo que de eso vas a sacar algo. Ya verás que de todas maneras te friegan. Los chombos tienen razón. Se les ha explotado demasiado en este país. Y se les ha dejado siempre al margen de todo. El día en que se den cuenta de lo que significan en Panamá, ellos van a orientar la vida del país. Por lo pronto, en la huelga inquilinaria debemos ayudarlos. Hacer causa común con ellos. ¿Acaso nosotros tenemos mayores garantías de parte de los caseros? ¿Acaso no nos explotan igualmente?

—Lo que pasa es sencillamente que todos son una

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

partida de flojos. Quieren vivir sin que les cueste medio. Se lamentan porque se les cobra el alquiler, ¿creen acaso que los caseros han hecho las casas para que vivan los otros lindamente? Si las han hecho, es para sacarles dinero. Para poder vivir de eso. Quién sabe con cuánto esfuerzo han logrado reunir un poco de dinero. Y es natural que ahora se aprovechen de ello.

—No seas imbécil. ¿Tú sabes cómo se adquirió esa fortuna? Coge la de cualquiera de los grandes ricos del Istmo. ¿No se adquirió con el trabajo de nosotros, que no tuvimos, ni tenemos medio? Con esa fortuna adquirida por nuestro trabajo se compraron terrenos. Se construyeron casas. En esa época la tierra valía muy poco. Casi nada. A muchos sólo les costó pedírsela al político que estuviera mandando. Y construyeron... Después la tierra aumentó un ciento por ciento. La edificación encareció. La vida subió a las nubes. Los caseros se pusieron felices. Subieron sus alquileres. Se rieron de la vida. No volvieron a preocuparse más de trabajar. El trabajo de nosotros, los trabajadores, servía para explotarnos a nosotros mismos.

El otro ha quedado callado. Sin saber qué decir. Mira a la multitud que pasa y repasa. Sin saber por qué, quisiera alejarse.

Los caseros se reúnen. Olvidan antiguas rivalidades. Diferencias de posición social. Todo. Ante el peligro común, desean presentar un solo frente. Se organizan en una **Asociación de Propietarios.** Trabajan estatutos. Suscriben cuotas. Hablan. Discuten.

—Pero ya esto es inaudito. Estos negros miserables nos van a llevar a la ruina. No contentos con vivir de balde en nuestras casas, están haciendo que gran parte de la ciudad también quiera hacerlo. Tenemos que ver la manera de sacarlos del país. No sé cómo se les ha tolerado tanto. Las autoridades no se preocupan enteramente. Los yanquis también miran la cosa con indiferencia. No sé dónde vamos a parar.

—Lo que nos conviene es solucionar nosotros mismos

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

la situación. Si estamos esperanzados en la ayuda de otros, vamos al fracaso.

—Tienes razón: eso es lo mejor.

—Al principio, mientras estaban los chombos en la sabana, no me preocupaba mucho la cosa. Sabía perfectamente que allí no podían durar mucho tiempo. Ya se habían muerto algunos. Era cuestión de esperar, nada más. Ellos solitos se derrotarían. Pero ahora la cuestión es más grave. En la Plaza de Toros pueden resistir algún tiempo.

—Sí; debemos trabajar por nuestra cuenta.

—Yo sugiero...

Las calles se estremecen con la tromba de una nueva noticia.

—¡Viene la intervención!

Los rostros palidecen. Las manos tiemblan. La mirada vaga imprecisa sobre todas las cosas. Los hombres caminan como sonámbulos. No sienten al sol que les araña tenazmente como garra monstruosa.

—¡Viene la intervención!

Los periódicos no lo han dicho. Pero lo han sugerido tímidamente. El Gobierno está hermético. Los caseros se exhiben triunfalmente en sus autos. Panga ha ido a pasearse por la Plaza de Toros haciéndoles burla a los chombos encerrados. Parece que ya tienen conocimiento — con toda seguridad — de que los yanquis vienen de un momento a otro.

Muchos dicen:

—Hoy es la cosa. Hemos visto los camiones cargándose de hombres y pertrechos. Pronto avanzarán por Calidonia. O quizá entren por Chorrillo. Esta vez va a ser peor que antes. Nos van a barrer...

Y los que asistieron a la pasada intervención cierran los ojos. Y "ven".

Ven los camiones poderosos trotando sobre las calles asustadas. Ven los marinos saltando sobre todas las aceras rifle en mano. Bayoneta calada. Un rostro indiferente, impasible. Transcurren pocos segundos. Suenan disparos.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

BIBLIOTECA NACIONAL QUITO-ECUADOR

Caen varios hombres. Después el brincar ágil del arma blanca. Los vientres que se abren, como enormes flores salpicadas de sangre. Santa Ana es un campamento. Las bestias comen las plantaciones cuidadas con tanto esmero. Los soldados yanquis, tranquilamente, esperan. Deben de sentir calor, ¿verdad? Deben de extrañar un poco la vida agradable de la Zona. ¿Por qué esta gente de color los habrá hecho venir? Da asco matar negros. Allá en Norteamérica sería un placer. Eso no es frecuente. Acá, no resulta. Y sobre todo, así. Sin dificultad. Sin lucha. Como si con las valientes botas se pisara una chinche. Han hecho fogatas. Tranquilamente muerden un hot-dog.

¿Se irán a repetir estas escenas?

Los que presenciaron la antigua intervención tienen miedo. No desean participar en la huelga inquilinaria. Más bien desearían irse al interior. A pasar unos cuantos días. Es otra cosa además de miedo. Es vergüenza. Y cuando se tiene vergüenza, lo mejor es huir.

¡Pero no! Ahí está Echevers. Y Echevers tiene buen olfato.

—Todo es mentira. Los yanquis no vienen ni vendrán. Son los caseros los que están propagando esas noticias para derrotarnos. Hay que seguir en la lucha. Vamos a triunfar. Cuando nos quieren sabotear es que nos temen. Sigamos.

Echevers es alto y es negro. Tiene ojos dominadores. Ha estado cien veces en la cárcel. Ha estado además en Rusia. Escribe malos versos. Pero sabe actuar. Y conoce a los hombres.

Ha vuelto a reír Calidonia. La Plaza de Toros se estremece. Los colores chillones de los chombos banderean por todas las calles. Porras anda conquistando sonrisas. Muller y compañía salen poco. Ha vuelto el Gobierno a ponerse sus gafas severas. El Presidente — que ha vivido casi toda su vida en los Estados Unidos — se rasca la cabeza. Parece que de verdad este asunto se está poniendo serio. ¿Así que los negros también? . . . Vaya que es raro.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Pero en fin. Hay que creerlo, en aras de los hechos. ¿Hay que darle rápida solución a esta verdad? Lo único, que si...

—¡Esos cabecillas! Felizmente, ya los conocemos a todos.

—¡Si se sugiriera una manifestación!...

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

VI

Porras ha sido el encargarlo de sugerirlo:

—Yo creo que lo mejor sería una manifestación al Presidente. El hombre tiene las mejores intenciones para arreglar este asunto. Así se le pediría directamente la rebaja de los alquileres. Y al mismo tiempo mayores garantías para los inquilinos.

Echevers no estuvo de acuerdo:

—Nada vamos a sacar de eso. Sólo escuchar bonitas palabras, hermosos discursos. Pero nada en definitiva. Yo lo que creo es que debemos de laborar por que se unan a nosotros todos los obreros. Y ver si nos vamos al paro general. Y entonces obligamos a que se reconozcan nuestros derechos.

—Eso no lo vamos a lograr nunca, Echevers. Tú crees que Panamá es Rusia. Aquí no te van a secundar. Por otra parte, me parece que es una oportunidad que no debe dejarse de aprovechar. Ya te he dicho que el Presidente está animado de la mejor voluntad para solucionar esto.

—¿Acaso te lo ha dicho personalmente?

Porras como que se desconcertó un poco:

—No. No me lo ha dicho personalmente. Pero lo ha manifestado a numerosas personas. Por eso sostengo que no debemos dejar pasar esta oportunidad. Quién sabe hasta cuándo no se presentará otra semejante. Lo que pasa es que tú todo lo ves difícil y dudas de todo, desde el ángulo de tu visión demagógica.

—No, doctor Porras. Es que me han engañado demasiado.

Los huelguistas se han dividido en dos grupos: Uno que está por la manifestación y otro que es contrario a ella.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Naturalmente, uno lo encabeza Porras y el otro Echevers. Pedro Coorsi está con éste. Dispuesto a todo porque la manifestación no se realice. Pero parece que, de todas maneras, ésta va a tener lugar. Porras no se va a dejar quitar esto tan fácilmente de los dientes. Los chombos, en su mayoría, no quieren asistir a la manifestación. Por una parte es el miedo que tienen a ir así, en grandes grupos, al riñón de la ciudad blanca. Por otra, es el propio Porras que teme cualquier hostilidad del público para con los negros y que no insiste. Deja que apenas un pequeño grupo se entusiasme para participar en la manifestación.

Los periódicos hablan de ella con entusiasmo. Tienen fe en que el Presidente arregle esto de la mejor manera para ambos lados. Las primeras páginas están llenas de grandes titulares al respecto y tratan en toda forma de alabar la actuación del Presidente. Los caseros también están llenos de entusiasmo. Ellos tienen fe en su Presidente. Esperan tranquilamente que se desarrollen los acontecimientos. Y en tanto, beben sus wkiskies y fuman sus habanos.

—Después de todo, ha estado agradable esta huelguita de los chombos. ¿Verdad? Hacía tiempo que no había con qué distraerse en esta ciudad.

La manifestación va a ser de noche. Se han designado ya los oradores. Es claro que tomará la palabra el doctor Porras. No faltaba más. Así no se desperdician las ocasiones.

Vuelve a hervir toda Avenida Central. Los hombres apresuran el paso. Vuelven a surgir los comentarios en todas las esquinas. Se espera con ansiedad esta manifestación. Es una manifestación un poco rara en la historia de las manifestaciones del Istmo. Generalmente se han hecho manifestaciones a boxeadores que llegan. A Lindbergh. A Presidentes. A políticos. Suena tan extraño como aquella vez que le dieron piedra al general Pershing que volvía victorioso de la Gran Guerra. Es que el panameño es así...

El lugar de reunión es el parque de Lesseps.

Desde muy temprano han llegado unos cuantos policías

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

a caballo. Se pasean nerviosamente de un lado a otro. La manifestación debe hacerse dentro del mayor orden.

Poco a poco, van apareciendo los hombres, en grupos, por las esquinas. La mayoría pertenecen a la Panamá blanca. Son mestizos. Muchos vienen por curiosidad. Por ver que es eso. Hasta dónde llegan los chombos en sus exigencias. Igual que si asistieran a cualquier espectáculo deportivo. Esos no avanzan. Se quedan allí mismo, en las esquinas, mirando indolentemente. Los otros se van acercando lentamente al parque. A medida que pasa el tiempo, la multitud se va haciendo densa, compacta, sobre todo para el lado de Avenida Central.

Hablan despacio. Unos cuantos agitadores van de grupo en grupo, orientando. Echevers y su gente, tratan, en esfuerzo desesperado de que la manifestación no se realice. Pero todo es en vano. La mayoría opina por ella. Y hay que resignarse. Ya se verá más tarde qué se puede hacer.

Porras da la orden de marcha. La masa se pone en movimiento. Su densidad disminuye un poco. Se reparte en la calle. Lame las aceras con sus unidades de hombres. Unos cuantos carteles se trepan sobre sus cabezas. Camina lentamente, pesadamente, como cansada.

Ahora se ve que no son muchos los que avanzan. Se van quedando poco a poco, arrepentidos, en las aceras. Por más que algunos se vuelven y los llaman. Por otra parte de las casas empiezan a hacerles burlas. Y también de algunos grupos, a su paso. Las reacciones son distintas. Unos agachan la cabeza. Otros protestan. Pero Porras y su gente los contienen.

Francamente, Porras está desilusionado. Su manifestación no tiene el gesto épico que pensó darle. Son unos cuatro diablos los que van a vivar al Presidente. ¡Ah, si siquiera hubiera sido como esa manifestación que le hicieron al boxeador Al Brown cuando llegó, después de una prolongada ausencia, al Istmo! Lo recordaba, no muy bien. No con precisión. Pero sí tenía la sensación de masa en el cerebro. Cómo había sido grande esa masa. Aun le parecía verla todavía. Era una cosa colosal. Desbordaba en las calles. Avenida Central parecía no poder contenerla. Se creyera que se iban a quebrar los edificios para darle pa-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

so. Y cómo rugía. Y cómo se hinchaba. Millares de cabezas se agitaban. Millares de gargantas enronquecidas hacían pensar en el simún, el viento quemante del desierto, con sus alaridos caldeantes. Avanzaba, avanzaba, en inundación de potencia, incontenible. Se iba adaptando al molde de las calles, de las plazas. Espumeaba con espuma inaudita. Al verla, súbitamente se pensaba en la falange macedonia. Pero en una falange millonaria, jugosa, invencible.

Y ahora, cuán distinto todo esto. Pero en seguida reaccionó. Conocía demasiado a su pueblo. Verdad es que ahora no había muchos entusiasmados. Pero apenas llegasen a la Presidencia, se acercarían los curiosos. Los que anhelaban presenciar el espectáculo. Y entonces, no habría espacio para todos.

Cuando pasaron por frente de la plaza de Santa Ana, la multitud que estaba allí situada les empezó a gritar:

—¡Locos!

—¡Locos!

Ahora se les había unido ya una multitud de muchachos. Iban por novelería. Pero hacían bulto. Porras, desde su auto, seguía con ojo avizor y un poco emocionado, el desarrollo de los acontecimientos. Tenía una secreta inquietud. Pero su optimismo triunfaba siempre. Su padre le había dado una receta infalible para tratar a los hombres.

La Presidencia está frente a la bahía. Tiene abajo una puerta de hierro, vigilada constantemente por una guardia. Al fondo, un patio con garzas. Es de cemento. En los pisos superiores vive el Primer Mandatario de la Nación. En el segundo, despacha. En el segundo también hay un gran balcón que da sobre la Avenida Norte. La Avenida que bordea el mar.

La multitud se acerca. Ahora, a medida que se va adentrando por las calles estrechas que conducen a la Presidencia, se va haciendo más compacta. Porras ríe. El tenía razón.

Empiezan a oírse vivas aislados. Un sordo murmullo se

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

levanta gradualmente. Se produce un flujo y reflujo de los que quieren conseguir mejores sitios. Los hombres parecen competir con el mar que, allá abajo, se encrespa, se retuerce y bufa. Los curiosos, los que abandonaron al principio la manifestación, se van acercando lentamente. Ahora se mezclan en la multitud. Y están — en su carácter de espectadores — más ávidos todavía por ver y por oír.

Avenida Norte no puede contener la masa humana. Tiene ésta que repartirse por las calles adyacentes. Conserva su primer carácter de densidad. Sigue poblada de gritos. Elástica. Tumultuosa. Igual que un aluvión.

De pronto hay un gran silencio. En el balcón ha aparecido el Presidente. Lo acompañan varias personas. Tiene el ademán grave, solemne. Al asomarse, la multitud se entusiasma. Y emprende en un aplauso largo, furioso. De las gargantas de todos se escapa multitud de gritos. Posiblemente hay muchos vivas. Quizá también una que otra voz de descontento.

Se vuelve a hacer silencio. Porras, desde uno de los balcones del edificio de la marina, habla primero:

—Señor Presidente...

Su voz se estira melosa, acariciando al Mandatario. Sube como incienso hasta el balcón. Tórnase allí alfombra. Es una voz suave, musical, con un dejo afrancesado. Las palabras se concatenan melodiosas en períodos largos. La multitud escucha abajo, impaciente.

—Sí, señor Presidente. Usted es el llamado a solucionar este problema inquilinario que tan fatales consecuencias ha traído para el pueblo trabajador panameño. Usted que tiene toda la simpatía popular. Usted en cuya vida abundan los gestos loables y comprensivos...

Debía procurar un acuerdo entre caseros e inquilinos. Lo requería la tranquilidad pública que estaba amenazada constantemente por los actos de violencia de uno y de otro lado. Lo requería el propio bienestar de los trabajadores que por la actual depresión económica que atravesaba el país, contaban con menos recursos que antaño. Lo requería...

Había abierto su saco. Se veía perfectamente su chaleco extraño, que era como una especie de signo de su perso-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

nalidad. Agitaba los abrazos. Los extendía hacia el Presidente. Sobre la multitud. Hacia el cielo.

—Todo lo debemos a usted, señor Presidente. Su claro talento verá la mejor manera de darle solución a este asunto ya por demás largo y molestoso. A usted...

Volvía la voz alfombra. Ahora era una verdadera canción. Se regaba en oleadas. Lamía dócilmente la vértebras de todos. Los obligaba a inclinarse. A casi lamer el polvo.

En tanto, allá abajo, el mar rugía. Los **cara de caballos, las pangas** anhelaban soltar sus amarras y emprender una huída fantástica hacia el oceáno. Las luces de Bella Vista, danzaban a lo lejos, en la curva triunfal de la bahía. Era como un penacho, la sombra oscura de la otra orilla distante.

Vino el aplauso. Fué un aplauso mecánico, inexpresivo. Corrió como un escalofrío sobre los músculos.

Después hablaron varios presidentes de centros obreros. Fué más o menos igual cosa. La misma loa al Presidente. Idéntica posición. Aún los manifestantes que sabían más o menos los propósitos de sus oradores, sentíanse defraudados. Con un poco de asco, miraban desarrollarse la escena. Muchos hubieran querido alejarse. Sabían cuál era el final de todo esto. Y francamente les disgustaba.

El aburrimiento se apoderaba de todos. Cada vez se hacía más monótona la repetición de los mismos adjetivos, de los mismos deseos. Algunos, demasiado impacientes, empezaron a romper filas y a dirigirse hacia atrás. Pero les fué imposible. Estaba demasiado compacta la masa. Entonces se dedicaron a la charla y a la burla. Y no se preocuparon más de lo que se decía allá arriba. Las bromas buscaron motivos ajenos a la manifestación. Por más que se les mirara severamente y que uno que otro policía rondara por esos lugares.

De pronto corrió una voz:

—¡Ahora va a hablar el Presidente!

Volvió a hacerse el silencio. Se vió salir unos cuantos policías más y regarse entre la multitud. Ahora allá, al

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

final del espacio ocupado por los manifestantes, se advirtió el grueso piquete de caballería apostado. En actitud de espera.

El Presidente se acercó más aún al balcón. Y con voz clara, timbrada y gesto sobrio, comenzó:

—Pueblo panameño: Habéis hecho bien en dirigíros a mí en esta ocasión. Mi mayor deseo es vuestra felicidad. A ella trataré de llegar siempre, empeñando todo mi esfuerzo. Los dirigentes de los pueblos tienen, antes que nada, esa santa misión que cumplir. Yo — antes como simple ciudadano y ahora como primer mandatario de la nación — a ella he dedicado mi vida íntegra.

El silencio se hacía más espeso. Las frases caían redondas, como bolas de fútbol, sobre el cerebro de los oyentes. Iban saltando ágilmente hasta los últimos rincones de esas calles. Al final de cada párrafo, se iniciaba un aplauso nutrido. El Presidente continuaba.

—. . .El problema inquilinario me preocupaba desde que estaba en Washington. Sabía que era algo urgente que necesitaba resolverse. Cuando llegué aquí estaba hondamente preocupado por ello. Pensaba iniciar una campaña en este sentido cuando vosotros os habéis adelantado a mi iniciativa. Pero esto resultará más provechoso todavía. Trabajaremos en colaboración. Es la única manera como podremos llegar a un resultado práctico y efectivo. Sólo los pueblos que están identificados con sus gobernantes pueden proseguir por la ruta de la paz y del progreso.

Se escuchó una salva atronadora de aplausos. Unos a otros se miraron. Parecieron decirse:

—¿Ya lo están viendo? Eso es lo que se necesita. Un Presidente de verdad. Que todo lo solucione fácilmente. Que diga bonitas palabras. Que entusiasme. Eso es ser un Presidente.

Y aplaudían más aún.

El Presidente concretó:

—Voy a llamar a una reunión a los propietarios. Asistirán representantes de los inquilinos también. Juntos elaboraremos un programa de acción que signifique el bienestar para todos.

Después agradeció brevemente tanto a los oradores

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

que le habían ofrecido la manifestación, como a todos los que habían tomado parte en ella. Y les recomendó que se dirigieran tranquilamente a sus hogares en la seguridad de que él vería la manera de ayudarlos en toda forma.

El aplauso fué esta vez largo, definitivo, enorme. Pareció que toda la multitud se hubiera vuelto manos para aplaudir. Desde allá abajo, el mar mismo rubricó en angustia de espumas, todo el vigor de su satisfacción.

Pero de aquí de pronto — como un latigazo — surgió una voz de trueno:

—¡Todo es farsa! ¡Todo es engaño!

La multitud se volvió como un solo hombre.

Trepado a las verjas que daban sobre el mar. Agarrado con la siniestra a una de ellas. Los ojos desorbitados. La boca espumosa. El rostro brillante. Desmelenado, sucio, rotoso pero arrogante. La voz ronca. el gesto amenazador. Tonante como un Júpiter negro que tuviera rayos en la diestra, estaba Echevers. Temblaba. Rugía. Se había hecho — para su voz — un silencio inaudito. Se dijera que hasta el mar callaba.

Repitió:

—¡Todo es farsa! ¡Explotados, no os dejéis engañar por los agentes del imperialismo yanqui! ¡Volved a la huelga! ¡Vol...

Un agente de policía lo había empuñado tapándole la boca. Echevers se debatía ferozmente. Agitaba sus brazos y sus piernas. No intentaba desasirse. Quería hablar.

La multitud es incomprensiva y es cruel. Desde los flancos empezaron a llover vocablos que eran lanzados como insultos:

—¡Loco!

—¡Comunista!

—¡Loco!

—¡Que lo guarden!

—¡Loco!

La multitud se arremolinaba. No sabía para donde ir. El Presidente se había retirado. Los caballos empezaban a

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

avanzar, obligando a dispersarse ya a los primeros grupos. Aquí aprovecharon los policías para hacer la batida. Se empezó a apresar a todos aquellos que habían sido cabecillas de la huelga. A aquellos que habían tomado parte más activa en ella. Naturalmente, el doctor Porras no fué de ellos. Pedro Coorsi sí.

Y sólo en el momento en que lo apresaron, Pedro Coorsi se acordó de que su madre estaba con malaria.

Los tienen en el cuartel de policía de Panamá. El cuartel queda frente a un parquecillo. El de Arango. Más conocido por el parque de la policía. Desde algunos de los calabozos que están abajo, por rejas colocadas al ras de la calle, se puede advertir la multitud que pasa y repasa. Cuando menos, se la oye. El edificio de la policía está empotrado en una loma. Los cuartos de abajo resultan por eso insalubres, irrespirables. Pero eso no tiene importancia. Para la gente que allí va...

Los detenidos están incomunicados. No saben nada de cuanto ocurre afuera. Pasan todo el tiempo aburriéndose, esperando. Apenas les ha dicho el que les lleva la comida, que Porras está trabajando por su libertad, Echevers ha sonreído.

—¡Porras!...

Echevers se desespera. No le importa, en realidad, lo que le ocurre a él. Lo que le interesa es únicamente pensar en la situación de la huelga. En lo que se haya resuelto. Y desconfía. Conoce demasiado ese ambiente. Y también a muchos de esos hombres:

—¿Sabes? Lo que creo es que no vamos a sacar nada. Que la explotación va a seguir en la misma forma o peor que antes. Los caseros querrán esta vez, resarcirse de sus pérdidas y vengarse. En la reunión de propietarios e inquilinos en la Presidencia, no se ha de haber llegado a ningún acuerdo. O cuando más a legalizar en mejor formar la explotación. Desconfío.

Por más que Coorsi le ha dicho que no desespere. Que tenga fé. Que acaso está demasiado pesimista, Echevers

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

sigue con su idea fija, atornillada en el cerebro. Camina a grandes pasos por la estrecha habitación. Ensimismado. Sufriendo.

En tanto allá sobre la calle, continúa el repiqueteo de los ladrillos. La marca humana se afiebra. De vez en vez cruza un autobús pitando ruidosamente. Y las horas parecen estirarse, estirarse como si fueran elásticas, interminables.

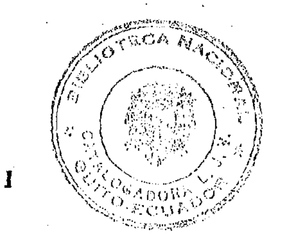
Coorsi piensa en su madre enferma. Piensa en la huelga tal vez fracasada. Piensa en el Canal. Piensa en el Capitán de dragas, su padre. Piensa en el Fat, en el Fulo. En todos los hechos que constituyeron la malla de su pasado.

En lo único que no quiere pensar, en lo que al fin ha logrado no pensar, es en su amor estrangulado.

Violeta Linares.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

W E L C O M E



I

Habían llegado 40.000.

Saltaron a Balboa en pequeñas gasolineras. Venían, en racimos enormes, desde los barcos fondeados en la bahía. Apegaban a la pequeña rampa para embarcaciones menores, al pie del muelle diecisiete. Venían alegres y entusiastas, abanicados por la brisa fresca de la mañana que templaba sus negras corbatas voladoras. Todos eran altos, robustos, de amplios tóraces, de rostros sanguíneos e infantiles. Con movimientos automáticos se alineaban al saltar. Se notaba en sus cuerpos la alegría de la tierra. Sus labios temblaban ligeramente, con un extraño y trepidante ritmo sensual. Había en sus manos un afán rotatorio que en el aire hacía constantes rúbricas de placer. Uno que otro patrón vigilante, contemplaba, tolete en mano, esas rudas expresiones de júbilo.

—¡O Key!

Los rodeaban multitud de chombos y mestizos ofreciéndoles vehículos. Titubeaban. Hablaban entre ellos. Discutían. Después de breves instantes, cada quien cogía lo que le parecía mejor. Aunque la mayoría preferían los coches. Esos coches destartalados y malolientes que hacían la delicia de los turistas. Dirigían una última mirada de despedida a la visión triunfal de la bahía. A los barcos hermosos y lejanos. A las gasolineras despobladas en que habían llegado y que ya empezaban a alejarse.

—¡Good bye!

Empezaba el rodar a Panamá. Vibraban ante la imagen tentadora de la bella Ciudad Puente. Iniciaban una larga carcajada a través de todo el trayecto. Se dirigían al italiano o criollo que guiaba el coche y le hacían bromas pesadas. Uno que otro mascullaba entre dientes una can-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

ción aprendida en un puerto lejano, pero salida de savias tropicales:

—We have no bananas.

—We have no bananas to day!...

Desfilaba ante ellos el paisaje uniforme de la Zona. La misma yerba menuda, sobre la cual se erguían árboles iguales. Las mismas casitas cubiertas de tela de alambre, mostrando divisiones parecidas, pintadas de color semejante. Los mismos restaurantes, los mismos Club Houses, las mismas casas de correos. Los mismos vestidos caquis de todos los policías. Las mismas carreteras limpias y zigzagueantes. La misma visión — entre el marco de las frondas tupidas — del precioso cerro Ancón que fué panameño tiempo ha. Se dijera que es una misma escena que se repite cada cinco minutos, como en esas películas sin fin para los niños.

Sólo muy de tarde en tarde, para romper la monotonía del paisaje surgía una muchacha rubia con aires masculinos, que rápidamente seguía por las aceras. O un grupo de chombos, con vestidos chillones, que hablaban escandalosamente. O el ronquido de la motocicleta del inspector de tráfico galopando por las carreteras dominadas. Por las carreteras hambrientas de descanso en las fauces del Canal.

Llegaban ahora por la carretera de Albrok-field que iniciaba una larga recta al final de la cual se podía distinguir a Panamá, medio escondida tras del cerro Ancón. A mano izquierda estaba el barrio de Cabo Verde, con sus hermosas casas de construcción reciente, dominadas por el edificio de la Milwaukee y su enorme botella de propaganda. Contiguo a este barrio, aparecía también el de Calidonia con su exasperante hormigueo de negros. A mano derecha, iba surgiendo, poco a poco, gran parte de la Panamá blanca.

Muchos llegaban por Chorrillo, otro barrio negro, a la entrada del cual había varios cabarets y cantinas.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Panamá estaba de fiesta.

Desde hacía algunos días habían publicado la noticia en los diarios. Y el júbilo había cundido por todas partes. En las altas esferas oficiales se preparaban las actividades de estilo. Banquete en el Unión, banquete a bordo. Recepción en el Palacio Presidencial, recepción a bordo. Discursos de los Secretarios de Estado, discursos de los Almirantes y altos jefes visitantes. La aristocracia criolla mandaba a arreglar sus trajes, ensayaba nuevas poses y nuevos pasos de baile. Tenía algo distinto para comentar y entretener sus ocios, algo distinto del brigde, del cine, del último té, que era su diaria comidilla. Los periodistas se afanaban por conseguir invitaciones a todas las fiestas y preparaban vibrantes artículos, a cual más encomiástico para los heroicos visitantes. Ya aparecían, de vez en vez, editoriales que eran todo un himno a la poderosa nación del norte. Los comerciantes e industriales preparaban hermosas exposiciones en sus vitrinas. Sobre todo de objetos exóticos y chocantes. Los cantineros y dueños de cabarets no podían menos que frotarse las manos llenos de júbilo y esperar anhelantes que pasaran los días para lograr pingües ganancias. Habíanse multiplicado las mujeres. Salían, como por encanto, de todas las casas. Parecían brotar de las aceras. Sobre todo, europeas. No le hacían caso a ningún criollo. En sus pupilas se leía constantemente la ansiedad de la espera brutal.

Se cruzaron las notas de siempre. Los altos jefes de la Zona visitaron al Presidente y al Secretario de Relaciones Exteriores. Las *maniobras comenzarían en breve*. Parte de la flota atacaría al Canal y parte la defendería. Esta vez también actuaría el dirigible **"Los Angeles".**

Al fin, un día se anunció la llegada. Y los que esa tarde fueron a disfrutar del delicioso espectáculo de la bahía, desde el viejo y frecuentado paseo de las Bóvedas, se dieron cuenta de que tenían gran parte de la flota a la vista.

Algunos barcos parecían estar cerca de Flamenco. Se adivinaba por su gran mole, por su torre al lado, al portaaviones **Saratoga.** Se destacaba claramente el **Relief,** por su color blanco que vibraba entre el gris uniforme de los demás. Formaban todos — erizados de torres, de chime-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

neas y de cañones — una agrupación imponente. Se les dijera islas vivas, de árboles esbeltos y ágiles, de extraños volcanes siempre humeantes. Y cuando se fué acercando la noche y sus luces se prendieron, fué más hermoso e imponente aún el espectáculo. Se pensó en una verdadera ciudad colgante que fuerzas invisibles sostuvieran en el centro de la bahía. O que un pedazo de cielo hubiera botado sus miriadas de estrellas sobre el mar.

Welcome!

Welcome sailors!

Sonríen las cantinas. Se estremecen los ladrillos rojos de las calles. Palidece el cielo azul del Istmo. Surgen todavía más mujeres: Hembras macizas y oscuras del interior. Francesas vaselinadas y acariciantes. Polacas rubias y escuálidas. Yanquis especuladoras y frías. Sudamericanas bohemias y entusiastas.

Welcome!

Ululan las bocinas de los autos. Hay apretujamientos en el elasticismo de las multitudes. Se hinchan las aceras. El sol panameño deja sin conocimiento aún a los iniciados.

Welcome!

Fiesta de luz y de color las tiendas. Risa en los labios de hindúes y de chinos. Baratijas llamativas. Ansiedad.

Welcome!

Welcome sailors!

Avenida Central se despereza lentamente. Los hombres van y vienen sobre las aceras resonantes. El sol arroja furiosamente los perfiles de las casas sobre los ladrillos afiebrados. Se hace más bravo. Se trepa definitivamente sobre los techos de los edificios. Los ladrillos vibran y parecen gritar. Los transeúntes enmudecen y apresuran el paso.

Welcome!

Sobre los parques. Sobre las iglesias. Sobre los edificios. Sobre las calles. Sobre las cantinas. En los bazares. En los restaurantes. En los carros. En los coches. Jinete de las espaldas de muchos hombres y de los senos y nalgas de muchas mujeres.

Welcome!

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Ha surgido la palabra arrodillada como un huracán. Súbitamente se han elevado los letreros llamativos. La gente ha empezado a atropellarse. En el ambiente ha palpitado un vaho denso, extraño. Un solo deseo ha parecido orientar la conciencia de la multitud. El sol baña de luz y de sudor hasta los árboles estáticos.

Los primeros llegaron en coche.

Corrieron a lo largo de la Avenida Central. Fué saludado con sonrisas su vestido blanco. Su corta chaqueta. Las campanas amplias de sus pantalones bandereantes. Hicieron señas amistosas a los hombres y a las mujeres. Hablaron en voz alta. Gritaron. Fueron desembarcándose en las puertas de las cantinas.

Después llegaron verdaderas olas humanas. Se tragaron la multitud latina. La barrieron. Poblaron de pinceladas blancas las aceras. De lejos se creyó ver una boa colosal abriéndose paso por la arteria más grande del Istmo.

Los carros empezaron a llenarse de hombres y mujeres. Poblóse el ambiente de extrañas formas. Arriba roncaron unos cuantos aviones. Empezaron a salir los hindúes y los chinos. Las cantinas parecieron llamar.

Y las cantinas se llenaron. Tal que pulpos inauditos se sorbieron íntegros los hombres.

Los muchachos rubios tienen sed. Que venga la cerveza y el whisky. Los muchachos sienten que el sol del trópico se les había metido en la garganta. Poco a poco sus rostros se van encendiendo. Sus movimientos son más tardos. Sus palabras más altas y más bruscas. Las carcajadas se enredan constantemente entre sus mandíbulas vibrantes. La Ley Seca les hormiguea, como un aguijón, sobre toda la piel. Volstead no vale nada, en estas tierras de trópico, ante un vaso de cerveza.

Además. . .

Empiezan a danzar las cosas en esta tierra bendita del Canal — los marinos tienen la cabeza débil. — Sienten que están en tierra de conquista. Una sorda ambición les baila en las células. Se sienten crecer por instantes. Les parece

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

que se encrespa y brinca la ciudad entera. Les parece que los ladrillos saltan hasta cerca de las casas. Creen que todas las mujeres que pasan se les brindan.

¡Más cerveza!

Poco a poco, se les antojan los hombres más pequeños y más negros. La ciudad se empequeñece.

¡Más cerveza!

Alguien se levanta de una mesa. Alguien canta. Alguien se abraza a otro balbuceando. Alguien ya no puede sostenerse.

¡Más cerveza!

Elevan la voz. Los muchachos del norte quieren pelear entre sí. Las mesas ruedan. Se quiebran vasos y botellas. Hay estrépito y confusión. Tal que humana catarata, caen sin cesar los rubios, formando un montón sobre el piso maloliente. Allá, en una esquina, mientras algunos comen maní tostado, suena la orquesta lujuriosa de unos cuantos choimbos. Es una música yanqui con un dejo africano. Al oírla se piensa en la dureza que tienen las caderas ondulantes de las mujeres oscuras.

De pronto, alguien se coge el vientre. Hace una mueca ridícula. Tambaleante, medio abre los ojos. Da varios pasos. Vacila. Se adhiere a una mesa. Medio cae. Mira a su alrededor con ojos de idiota. Busca la puerta. La calle. Y sobre la acera — ante la multitud que pasa y repasa — devuelve.

Olor nauseabundo y repugnante latiguea el trópico: profanación. Ahí — ante la vista de todos — queda el suelo hollado por la bárbara caricia.

Tras el primero van saliendo en fila interminable.

Afuera, en tanto:

Welcome!

Sobre los parques. Sobre las iglesias. Sobre los edificios. Sobre las calles. Sobre las cantinas. En los bazares. En los restaurantes. En los carros. En los coches. Jinete de las espaldas de muchos hombres y de los senos y nalgas de

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

muchas mujeres.

Welcome!

Todo lo ven rojo. Medio se enderezan. A muchos les pasa la embriaguez. A otros la cerveza los arrastra por las calles. Es el zig-zag interminable. Atrevido. Entusiasta.

Las cantinas vomitan amasijos de rojas carnes y de trapos grises. En piruetas de ridículo se inicia la marinada. Quien se tiende sobre la calle. Quien se saca los zapatos. Quien canta con voz aguardentosa, canciones extrañas y obscenas. Quien inicia unos golpes furibundos. Quienes marchan en parejas, abrazándose.

El deseo se les mete como una enredadera. Se miran estúpidamente. Inician un trote largo. Incendio interno les hincha las venas. Les dilata pupilas y narices. Se advierten en su carne todas las dolorosas abstinencias del mar.

Han llegado 40.000.

Han venido en numerosos barcos. Ahora, en la tarde, se ven los escualos de acero arrimando sus panzas formidables a los muelles rechinantes. Erizados de cañones y corazas, se dijeran monstruosos triceratopos milenarios. Desafían a los hombres, a la tierra y al mar. Funden en el ambiente toda su soberbia imperialista. Se alinean en filas aplastantes sobre la espalda oblicua de las cosas humilladas.

Afuera, en la bahía, aún la Venecia oscura. Las islas flotantes pobladas de aviones. La algarabía del acero sobre las olas bravas. Ese acero mascante, gritón y brutal. Ese acero hecho carne de tiburón. Hecho hambre de pólvora y de sangre.

Cientos de lanchas van y vienen. Cientos de lanchas — blancas, grises — de cien formas distintas. Palpitantes del cocktail humano desembutido de los monstruos.

La multitud vibrante adhiere sus ojos a la fiesta de los mástiles. Al frente de los submarinos y barcos ligeros, que forman una sola masa.

1, 10, 20, 50, 100...

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

El mercado de carne se realiza en calle 20. Con tiempo se han ido concentrando las mujeres. Alquilando las habituciones bajas, de amplias puertas. Han tendido una cama blanca, impoluta, acariciante. Se han sentado en la puerta a esperar. Medio vestidas. Pintarrajeadas. Oferentes.

La calle ha cobrado una vida extraordinaria. Varias cantinas se han arreglado coquetonamente. Se han abierto algunas. Hasta el cabaret **Chancleta** parece prepararse para recibir a los visitantes. Numerosos tipos que viven de este negocio han realizado sus tratos y pasan de vez en vez como sombras a lo largo de toda la calle. Ellos son los gananciosos de verdad. Porque aun las mujeres que se entregan a la finanza por iniciativa personal, son verdaderamente saqueadas por el casero, por el lechero, por el sastre, por el periodista, por todos.

Los marinos llegan en aluvión. Desde lejos se oye el escándalo de sus risotadas chapoteantes. El paso violento de sus piernas inseguras. A medida que se van acercando, las puertas del barrio se pueblan más. Las mujeres levantan sus faldines casi hasta dejarse ver el sexo. Empiezan a pronunciar palabras en sus propios idiomas o en un inglés quebradizo y difícil. Y los yanquis se acercan.

Un patrón se sitúa en cada puerta, para regular el comercio sexual. Los marinos van entrando uno por uno. La mujer ya no se levanta más. Los hombres le van cayendo encima, en rosario interminable. Medio se limpia cada vez.

—Next One!

A los que esperan atrás les va subiendo poco a poco el color. Ríen nerviosamente. Se prenden con fuerza de sus compañeros. A ratos empujan en un encabritarse de su sangre.

Suena la música por doquiera. Una música que se confunde con el jadear de las masas revolcantes. Con el chirriar de las camas agitadas. Con el ir y venir de las masas en el flujo y reflujo de su deseo desbocado. Un olor a savia humana y a sexo húmedo de mujer abofetea largamente todo el barrio. Parece que hiciera más calor. Hasta las casas tienen a ratos el angustioso jadeo de la posesión.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Los que han terminado van a otro sitio a buscar diversión. O a seguir bebiendo. O a mirar la Exhibition.

Por cincuenta centavos se asiste a lo último. Es un espectáculo de mujeres que realizan las poses más raras, completamente desnudas. Cuanto la imaginación de un anormal pudiera concebir, allí se realiza. Hay en las carnes de esas mujeres epilépticas una especie de resbalar de víboras. Se anudan los brazos con las piernas, con el cuello. Se retuercen —en retorcimientos casi imposibles — los músculos más difíciles. De vez en cuando, como una boca incendiada, aparece el sexo velludo, extendido, atormentado. Se le ve angustiarse en pliegues torturantes. Se le adivina llorar en esa borrachera de carne.

Y las caras de los hombres que contemplan parecen paletas. Sudan copiosamente. Las narices les trepidan como ventiladores. Los ojos se tornan semilleros de luces rojas, exóticas. Las manos se extienden en apretones de miopía. A muchos se les humedecen las ropas interiores.

Afuera, en tanto, todavía repercute el acento monótono de las mujeres que se ofrecen en su idioma o en un inglés que suena a salibazo:

—Three ways.

—Two dollars!

Se respira con dificultad en el ambiente caldeado de sexo. Las mujeres incansables se siguen retorciendo. Sus senos adoptan posturas inauditas. A ratos surgen sobre el sexo de otro cuerpo. Y parece que se iniciara una mamada monstruosa.

Extraña no ver escrito "Welcome" sobre tódas las células de esas carnes que crujen. Sobre las camas que en los cuartos vecinos jadean estruendosamente en el acompasar de los cuerpos vibrantes.

En los diarios aparecen, de vez en cuando, algunas noticias. Son de las maniobras que la Flota realiza en el mar. De cómo van a atacar el Canal. De cómo lo van a defender. De cuántos barcos han echado a pique en los ejercicios de tiro. De cuántos aviones van a arrojar bombas sobre las es-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

clusas. De cuántos hombres toman parte en las maniobras.

Es la epopeya de la Flota. Se ha visto despegar a los monstruos de los muelles poderosos. El **Iowa**, el **California**, el **Texas**, el **Maryland**, el **Saratoga**, etc. Han bufado rabiosamente. Sus torres tejidas de acero han parecido estirarse más en un afán de dominación. Los aviones han brincado esperando el golpe recio de las catapultas. Se ha estremecido la coraza formidable y pronto un rollo colosal de espuma ha surgido en las narices de la proa. Las calderas incendian el vientre de las fortalezas marinas. Tiembla toda la Zona. Las fieras van en marcha.

Inglaterra ha mandado su **"Nelson"** para que contemple las maniobras. El **"Nelson"** es más ágil y de un gris más oscuro que los barcos yanquis. No posee aviones. Pero anda más rápido. Tiene la coraza más débil, más delgada. Pero unos poderosos cañones parecen índices de exterminio a lo largo de su proa. Se dijera que el viejo lobo de mar enseña los dientes a los lobeznos que se alejan. El Canal se *sacude y no sabe qué pensar.*

Por las noches, siguen escarbando el cielo los reflectores. Las nubes se vetean de luz intermitente. A ratos, la ciudad se aclara a trechos. De vez en vez, se cruzan varias líneas luminosas. Y entonces aparece entre ellas un avión que era antes invisible.

Una noche de éstas ha llegado el **"Los Angeles"**. Ha volado bajo, muy bajo. Se ha escuchado el rumor de sus motores. Se ha visto — media confundida — su silueta oscura entre pañuelos de nubes. Sus ojos abiertos han intrigado mucho rato a Panamá. Después se ha dirigido a Flamenco.

El público devora ávidamente estas noticias. Las planas de los diarios calman poco esta sed de saber que tienen todos. Hay muchos rostros en los cuales se lee una angustia enorme:

—Si se irán tan pronto como dicen.

—No creo. Tienen que tomar el Canal.

—Pero eso lo harán rápido.

—¡Quién sabe! Todos los años se han demorado bastante.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

También aparecen en los mismos diarios otras noticias. Son de las maniobras que la Flota realiza en tierra. Las dan los periodistas dignos de Panamá. Aquellos que todavía no han inclinado la espalda. Y que tienen la protesta altiva en los labios. Muchas de estas noticias viajan también de grupo en grupo, dichas en voz baja, como si se tratara de un comercio clandestino:

—¿Sabes lo que han hecho en Taboga?

—No.

—Esto lo ha publicado un diario. Aunque incompleto.

—¿De qué se trata?

—De los yanquis. Acaban de hacer una muy buena.

—Que vaina, hombre. ¿A qué hora me lo vas a decir?

—Ahí va hombre...

—El día anterior ha ido una veintena de marinos a divertirse a Taboga, en una pequeña gasolinera. Han pasado perfectamente mucho rato. Han bebido un poco en el **Aspinwall.** Después han dado una pequeña vuelta por la isla, saliendo algo del pueblo. Ya han estado de regreso, cuando se han encontrado con una muchacha.

—Era la hija del dueño del cocal. ¿Tú sabes?

—Sí.

—Pues parece que la muchacha los emocionó.

La habían cogido brutalmente. La habían tumbado en el suelo. Y uno tras otro, la habían poseído todos. La muchacha hecha polvo, no sólo su virginidad sino su cuerpo todo, había quedado allí tendida sobre la hierba húmeda.

—¡Carajo que esa gente es desgraciada!

—¡Siempre lo ha sido!

—¿Y qué hará el viejo?

—Todo lo que pueda. Pero no creo que consiga nada. ¡Es tan difícil conseguir cualquier cosa contra los yanquis!...

Por otro lado se escucha una conversación semejante:

—¡Carajo! ¡Ya esto es inaguantable!

—¡Pero qué pasa hombre!

—¿No sabes que han retirado los marinos de Colón?

—No. ¿Por qué, ah?

—¿Para evitar que hagan escándalos?

—¿Y eso ahora?

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Es que han cometido un atropello con un policía panameño.

—¡Qué vaina, hombre!

—Pero ahora los comerciantes de Colón están pidiendo a gritos que vuelvan los marinos. Dicen que si no, no podrán pagar los impuestos pues el negocio les va mal. Sobre todo los cantineros y dueños de cabarets. Y los hindúes y chinos.

—Eso es lo que siempre friega a este país.

—De verdad.

—¿Tú conoces cómo es el asunto ese?

—Seguro. Los periódicos lo han publicado. Se trata de lo siguiente: Parece que un marino se había ocupado con una mujer del barrio, en Colón. Y después no quiso pagarle un centavo. Como era natural, la mujer protestó. vino en su defensa un policía panameño. Pero el yanqui no le hizo caso. Entonces apareció un "patrol" quien quiso llevarse al marino. Pero el panameño adujo que él hacía el servicio en ese lugar y que estaba en territorio panameño. A lo que el otro contestó golpeándolo, ayudado por su compatriota. El resultado fué que el contraventor quedó libre. Y el policía panameño, todo magullado y estropeado.

—¿Y por eso han retirado los marinos?

—Unicamente por eso.

—¡Y que haya gente que pida que vuelvan!

Hechos análogos se repiten todos los días. Además, los escándalos en los cabarets y las cantinas que se realizan a cada rato. Pero en muchos individuos — sobre todo en ciertos extranjeros — asoma una sonrisa de satisfacción. Ellos están haciendo negocio. Se venden sus baratijas en grandes cantidades. Las mujeres tienen cada vez más clientes. Las fábricas de cerveza trabajan de día y de noche sin lograr abastecer el consumo. Están los bolsillos repletos de dinero.

La mayoría de los panameños mira indiferente todo cuanto ocurre. Es el mismo chorro de oro que les resbala por las narices sin que ellos saquen la menor ventaja.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

A eso están acostumbrados desde que nacieron a la vida republicana. Son los otros los que se aprovechan. Ellos siguen su perpetuo reír. Aunque tengan hambre. Aunque vayan precipitadamente hacia la ruina.

Acaso los altos dignatarios sí saquen algún beneficio a esto. Acaso uno que otro burgués, propietario o industrial, puede que sienta acrecentar su capital en esta fiebre de placer que tiene el Istmo. Acaso una que otra **niña bien** mate su fastidio en los brazos de uno de los flamantes oficiales de la Flota. Pero el pueblo. El pueblo panameño, continúa indiferente. Para él no tiene ninguna importancia todo lo que se está realizando ante sus ojos.

De vez en vez cae un aguacero. Los ladrillos resecos se humedecen. Las aceras se ponen resbalosas. Se alegran todos los árboles que abundan en Santa Ana o Catedral.

Ahora la visión de la Flota se divide en unidades. Los marinos no andan ya formando grandes grupos. Muchas veces se les mira hasta solos. Parece que hubieran agotado parte de su sed y de su fiebre de lujuria. Se les mira menos en las cantinas. Abundan más bien en las fotografías. En las tiendas.

La mayoría se han gastado todo el dinero que acumularon en varios meses de mar. Apenas llegados a tierra, se sintieron dueños de cantidades interminables. E iniciaron un derroche inaudito. A los pocos días sintieron sus bolsillos vacíos. Y tuvieron que implorar no sólo a sus camaradas, sino también a los transeúntes, más que sea un **dime**.

A medida que se desintegran las grandes masas, aparecen los hombres rubios con todas sus buenas cualidades. Con sus cuerpos musculosos y sanos. Con una sonrisa ingenua colgando siempre de los labios. Tratando de hablar y de reír con todos los hombres que encuentran.

Se va turnando su estadía en tierra, a medida que van participando en las maniobras. A veces desaparecen todos por un día o dos. Y otras veces, en cambio, toda la marinada se arroja sobre la arteria principal de Panamá. Pero es una marinada distinta. Más heterogénea que la de los

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

primeros días. Son menos organización. Menos marinos. Más hombres.

Muchos panameños los miran con recelo. Tienen recuerdos demasiado recientes. Pero los marinos parecen ignorarlos. Y con una sonrisa casi infantil se deslizan por todas las calles llenando el ambiente con sus carcajadas.

Pedro Coorsi, desde su carro, ha mirado todo. En Balboa, a la orilla de los muelles. Frente a las cantinas y los cabarets. Sobre las calles trepidantes y encendidas de sol.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

II

Tommie's Place queda más allá de los cementerios. Más allá de la Cárcel. A la entrada de Chorrillo, el barrio negro.

Es una gran cantina. De amplias puertas. Con una etiqueta de la Milwaukee en la pared. Con un enorme mostrador rodeado de altos asientos. Con muchas mesas y sillas. Con una cocina rápida a un extremo. Mostrando al fondo, a la izquierda, un salón de baile. A la derecha una escalera para subir al segundo piso. Y — aquí lo más interesante — varias mujeres.

Tommy — el propietario — tiene su historia. Por lo demás, una historia vulgar. Había gozado de los buenos tiempos del Canal. Instalando un cafetín siempre lleno de gente. Y en eso se había ganado unos cuantos miles de dólares, que derrochó a manos llenas. Después — cuando el Canal empezó a esconder sus ubres — había conseguido una pega en el gobierno. Trabajó en el Resguardo de Aduana. Pero su proceder seguramente no había sido muy honrado. Al poco tiempo lo botaron. Felizmente era un hombre precavido. Había negociado con muchos contrabandistas, quedándole otros miles de dólares.

Era panameño. Y por eso, sabía gastar. Tampoco duró esta vez el dinero en sus manos. Fueron las mujeres, una de sus peores debilidades. Fué el alcohol. Fué la opípara comida. Había engordado mucho. Andaba pesadamente, majestuosamente. Al principio se encontraba desorientado, no sabiendo qué hacer. Pero después de algún meditar había tenido una sonrisa.

—¡Qué pendejo estoy yo!

Y un buen día se le apareció al gerente de la Milwaukee. A quien tuteaba desde hacía mucho tiempo, a pesar de que el otro se esforzaba en mantener una cierta actitud

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

de respetuosa distancia. Pero parece que Tomy algo sabía... Y que abusaba de ello.

Tommy, sin más ni más, le abordó el asunto:

—Sé que ustedes le han quitado la cantina a Andrés Morales, porque no podía pagar. Quiero que me la den a a mí.

El Gerente se puso en guardia. Se hizo para atrás. Se rascó la cabeza. En un principio no supo qué decir. Después rió:

—Usted está con deseos de bromear, ¿verdad?

Tommy se acercó más todavía, moviendo su silla.

—Al contrario. Hoy estoy con menos deseos de bromear que nunca.

El Gerente se sobó la barriga. Quiso parecer amable. Volvió a sonreír.

—¿Pero con qué nos va a pagar usted?

—No. Si no les voy a pagar. Quiero que me la fíen. Con un plazo por lo menos de un año.

El Gerente se había puesto pálido. Temblaba ligeramente.

—Pero Tommy. Usted no sabe lo que dice.

—Sí. Y es el menor favor que me puedes hacer tú....

El Gerente esta vez se atrevió a tutearlo.

—No, Tommy. No es posible. Bien sabes tú que no es posible. Pídeme cualquier otra cosa. Esto no es posible. Además. Vas a fracasar. ¿Qué sabes tú de cantina? ¿Tú crees que es lo mismo que el negocio de comidas? No hombre. Es cosa muy distinta.

—Todo lo que tú quieras. Pero no puedes dejar de ayudarme. Tú bien sabes que...

Asomó levemente a sus labios una sonrisa de amenaza. El otro palideció más aún.

—Pero Tommy. Si no es que yo no te quiera ayudar. Lo que pasa es que tú no entiendes nada de eso. Suponte que yo te diera la cantina y la cerveza. ¿Qué podrías hacer tú, solo, con eso? ¿Tú sabes lo que se necesita para arreglar un establecimiento como tú quieres? 150 dólares para el fisco, 200 ó 300 para el local, empleados, otros licores, etc....

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Eso mismo es lo que te iba a decir. Necesito que, además de la cantina, me habilites con algo de dinero.

—¡Qué!

Esta vez fué un salto. Las pupilas se le dilataron grandemente. Fué casi un ruego el que se escapó de su garganta. Cambió nerviosamente de tratamiento:

—Pero Tommy... Bien sabe usted que eso no es posible. Yo — aunque quisiera — no podría hacerlo. Usted sabe que yo sólo mando aquí, en la oficina. Lo demás lo hacen los accionistas. Diríjase a ellos. Yo — para ayudarlo a usted — podría hasta recomendarlo.

El otro siguió terco.

—No. Tú me vas a hacer ese favor. Ya verás. Me lo vas a hacer con entusiasmo. Es que yo no te he expuesto mi plan. Ya verás. Es un plan estupendo.

El Gerente creyó encontrar una puerta de escape. Se frotó jubilosamente las manos.

—A ver. Díme cómo es ese plan. A ver.

Olía a cerveza. Era un olor suave. Cariñoso. Que saltaba sobre el patio. Desde los grandes tanques plateados. La fábrica hervía. El anudamiento de las cañerías innumerables se adivinaba tras las puertas. Se veían a la entrada principal, unas pocas mujeres pegando etiquetas. De vez en vez un hombre con altas botas de caucho. Intermitentemente entraban y salían camiones cargados de barriles y cajones llenos o vacíos del licor amarillo y espumoso.

Acá — en la pequeña jaula de la oficina — seguían charlando los dos hombres. Ahora el rostro del gerente se iba poniendo cada vez, más alegre. Enrojecía de júbilo. Se frotaba las manos febrilmente. Musitaba a cada rato:

—Muy bien... Admirable... ¡Muy bien!

Tommy sonreía, dominador. Seguía acumulando detalles. De cuando en cuando estiraba las manos e iniciaba descripciones gráficas y aparatosas. Su cuerpo enorme parecía redoblar como un tambor de carne.

—...Así en menos de tres meses estaré libre de la deuda.

—Perfectamente. ¿Cuánto necesitas?

—Mil dólares.

—Muy bien.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Tommy conocía su elemento. ¿Para qué — si no — haber vivido tanto esa vida de farra cotidiana?

Desde ese mismo día empezó a reclutar mujeres. Esforzándose en conseguirlas más que nada inteligentes y jóvenes. La noticia se regó como una llamarada. Después de pocos días de haber iniciado la recolecta, vinieron espontáneamente una tras de otra. Y le fué muy fácil seleccionar. Entre otras se quedó con la Fula Morgan. Con Josefina Baker. Con la Chiricana. Con la Irigoyen. Y entonces sí. Comenzó a arreglar el segundo piso de la cantina..

En éste había una larga fila de cuartos cuyas puertas daban a un largo corredor. Al final estaban de un lado los servicios higiénicos y de otro la cocina.

En cada uno de los cuartos instaló una mujer. Le arregló la habitación lo mejor que pudo. Eso sí, dentro de la mayor sencillez. Tratando de darle un aire más bien doméstico, familiar. Y cuando lo hubo logrado, no pudo menos que murmurar:

—Parece que la cosa marcha bien...

Después arregló la cantina. Le puso dos vistosos espejos detrás del mostrador. Llenó de licores las perchas. Contrató a un judío alemán para que le cocinara. Adecuó parte del salón para baile. Puso un pequeño escenario. Lo dotó de luces de colores, medio cubiertas por pantallas coquetonas. Y — entonces sí — comenzó a trabajar.

El negocio — poco a poco — fué creciendo...

Aquella tarde le llevó Pedro Coorsi — en sucesivos viajes — como veinte marinos. El propio Tommy salía a recibirlos en persona, cada vez. Les hablaba en yanqui. Les estrechaba la mano, con grandes demostraciones de afecto. Y la primera copa no sólo la servía él mismo, sino que también la pagaba. Después les invitaba a jugar. Y cuando los otros ya estaban encendidos en el ir y venir de los dados, los abandonaba para ir en busca de las hembras.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Al poco rato, bajaba con una. La dejaba sentada en uno de los extremos del salón. Y volvía a unirse con los yanquis. Estos empezaban a prodigarle demostraciones de afecto. Le tamboreaban las espaldas fornidas. Alguno lo abrazaba. Alguno reía a grandes carcajadas. Y lo invitaba a beber por su cuenta. Tommy bebía y bebía sin descanso. Precisamente, ese era su fuerte. Tenía en ello algunos años de práctica. Para sus adentros, posiblemente, reía.

Los yanquis empezaban a mirar con atención a la mujer. Había pedido un peppermint. Tenía las piernas cruzadas una sobre otra. Fumaba distraídamente. Parecía no advertir las miradas de gran voracidad que le dirigían los marinos desde el mostrador. A veces tarareaba una canción dulzona, de sabor afro-cubano.

Los yanquis no podían contenerse. Al poco tiempo, se iban acercando a la mesa. La rodeaban con grandes movimientos torpes y bamboleantes. Saludaban. La mujer parecía darse entonces cuenta de que existían. Los miraba serenamente, límpidamente. Después les contestaba con sequedad. Los yanquis se miraban asustados. Algunos, más atrevidos, se acercaban. Querían sentarse al lado de ella. Estiraban la mano con afán de tocarla. Pero al instante se levantaba, esquivándolos. Ellos se quedaban viéndola, estúpidamente. Después se reían a carcajadas. Y regresaban al mostrador.

Aquí empezaban a hacerle preguntas a Tommy. ¿Quién era esa mujer? ¿Para qué estaba allí? ¿No podrían acostarse con ella? ¿No estaba enferma?

Tommy procuraba responder a todos:

—Es una prima. ¿Saben? Una prima del interior, que ha venido a pasarse unos días conmigo. Es una buena muchacha. Honrada. No tiene marido. Se va pronto.

Algunos quedaban desilusionados. Volvían los ojos hacia su vaso de cerveza. Miraban melancólicamente los cementerios que se distinguían un poco más allá Se reían de los numerosos chombos que pasaban a cada rato, con dirección a Chorrillo. Y después, volvían a reír. Otros, en cambio, miraban detenidamente a la mujer. Parecía cobrar más importancia a sus ojos. Iniciaban señas amis-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

tosas con la mano. Le mandaban ofrecer licor o lo que quisiera. Pero ella permanecía imperturbable en su asiento. Tommy, en tanto, estaba estudiando a cada uno.

A medida que se iban emborrachando, o que iban gastando todo su dinero, se les embarcaba casi a la fuerza en un auto. Y se les llevaba hacia Balboa. De eso se encargaba Pedro Coorsi.

Ahora quedaban muy pocos ya. La mayoría borrachos. Poco a poco habían ido bajando mujeres. Todas seguían la misma pose de su primera compañera. Pareciendo no prestarles interés alguno a los yanquis que las asediaban con los ojos. Tommy se encargaba de despejar más aún el ambiente. Los que no podían sostenerse eran despachados. Los que no habían podido resistir, y aun tenían la cabeza despejada, eran los únicos que tenían derecho a quedarse.

Las mujeres, entonces, empezaban a sonreír. Ahora Tommy se volvía locuaz, expresivo. Cogía a cada yanqui del brazo y lo llevaba donde una de las mujeres. El marino saludaba torpemente. Y después se sentaba. Tommy lo ayudaba en lo que podía:

—Aquí tienes a Peter, Fula. Es uno de los mejores hombres del **Saratoga.** Está deseoso de amar a una panameña.

La mujer reía llena de simpatía:

—¡Cómo está!

Peter se revolvía en su asiento. No sabiendo qué hacer, pedía algo para tomar. Tommy volvía a ayudarlo:

—Oye, Fula. Este hombre es un valiente. Ha estado en la guerra. Además es campeón de box.

—¡Cuánto gusto!

El *yanqui reía, reía.*

Tommy entonces se alejaba. Y seguía dándoles parejas a todos los marinos que quedaban.

De improviso sonaba música. Tommy, como un mago, se frotaba las manos con íntima satisfacción.

—¿Qué? ¿No bailan?

Cada cual cogía su pareja, e iniciaban el fox galopante.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

A los marinos se les empezaba a pasar el mareo. Sentían demasiado cerca ese trozo de carne hirviente. Sudaban copiosamente. Les venía, en oleadas, el perfume de las hembras agitadas. Las apretaban nerviosamente. Y ellas, riendo, se dejaban.

¡Ah!, si no fueran las primas, las cuñadas, las hermanas de Tommy; de ese buen Tommy que siempre procuraba que se divirtieran... ¡Ah!, si no fueran... Pero es que aunque fuesen, ¿y si ellas querían? Cómo podría oponerse él. Por otra parte ya se había ido. ¿Estaría por allí al frente?. ¿Iría a regresar?

—No. No viene hasta mañana. Va a descansar.

—¡All *right*!

Empezaba el inglés a culebrear, como una enredadera, entre sus cuerpos temblorosos.

BIBLIOTECA NACIONAL ... QUITO ECUADOR

—Oye, Fula, ¿dónde vives?

—Arriba, en la parte de atrás.

—Es verdad que estás sola.

—Sí, ¿por qué?

—Por nada.

Volvía el yanqui a reírse a carcajadas.

Pero esto duraba pocos minutos. Después le volvía la conciencia de su nacionalidad. Era norteamericano. Y los norteamericanos deben conseguir siempre lo que quieren. Y, además, las mujeres se vuelven locas por los marinos. Eso lo sabe todo el mundo.

Peter se estiraba con satisfacción. Ahora danzaba con más fuerza. Tenía la cabeza casi completamente despejada. Su tórax se hinchaba ruidosamente. De rato en rato, clavaba su mirada azul sobre el cuerpo trepidante de Fula. Posiblemente sus compañeros sentían idénticas sensaciones, porque tenían movimientos paralelos a los de él.

—¿Quieres llevarme a tu cuarto? Quisiera arreglarme un poco.

—Vamos.

Dejaron de bailar. Salieron por la puerta trasera. Las otras parejas rieron. Los yanquis tuvieron unas bromas para su compañero. Pero, para sus adentros, pensaron imitarlo en seguida.

Peter y Fula subieron por la escalera de cemento con

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

testó, antes bien, como que se insinuó acercándose más aún a él. Levantó el rostro; él le adhirió el suyo. La besó. Sus manos ávidas empezaron a sondearla por todas partes, pero cuando él quiso despojarla de sus ropas íntimas, cuando quiso iniciar la caricia final, volvió ella a protestar:

—¡No, eso no!

En ese momento volvió a abrirse la puerta. Esta vez fué Pedro Coorsi el que asomó el rostro.

—Van a ser las cinco. Hay que apresurarse para llegar a Balboa y coger las últimas gasolineras.

Peter masculló:

—¡Chombo desgraciado!

Pero después, reconociendo que tenía razón, se levantó, estiró la mano a la Fula:

—¡Good bye!!

Ella lo atrajo hacia sí. Le dió un beso, y después le preguntó:

—¿Vendrás mañana?

—¡Yeah!

Abajo lo atajó Tommy:

—¿Buena muchacha, verdad?

—¡Buena!

—¿Ha pasado un buen tiempo?

—Sí, un buen tiempo.

Iba a seguir caminando, pero Tommy lo detuvo.

—Tomemos la última copa.

—Vamos.

Mientras les servían, Tommy murmuró como si hablara consigo mismo:

—Es la mejor de mis primas.

—¿Quién?

—La Fula.

Peter prestó atención. Tommy continuó:

—Tuvo su marido. Este la dejó botada. Felizmente, sin muchachos. Ahora vive en el campo, en la miseria. Le ha quedado una triste experiencia de los hombres. Por eso no ha querido tener nada con nadie.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Se tomaron la mitad del vaso de cerveza cada uno. Tommy continuó:

—Y ha tenido muchos que andaban detrás de ella. Por más que yo la he aconsejado, siempre me contestaba que quería un marido norteamericano, porque es la única gente sana, fuerte, buena. Que se contentaría con muy poco. Para eso ella sabía trabajar. Que le dieran el cuarto y la comida. Lo demás, ella lo buscaría.

A Peter le subía desde todo su cuerpo el recuerdo de la carne jugosa de la Fula.

Estiró la mano a Tommy:

—¡Good bye, Tommy!

—¡Good bye, Peter!

—¿Regresas mañana?

—Yeah.

En el carro lo esperaban varios de sus compañeros. Su llegada fué saludada con una explosión triunfal de alegría. Empezaron a hacerle bromas con la Fula. El sonrió orgullosamente. No dijo nada, pero dió a entender como que había sido suya. Los otros también hicieron lo mismo, con referencia a sus parejas.

Mientras la zona les lamía los flancos veloces, mientras la carretera estremecida se tendía a la caricia de las ruedas agilísimas, mientras se acercaba a Balboa con su torbellino de muelles y de barcos, Pedro Coorsi reía.

¡Es que Pedro Coorsi sabía tantas cosas!...

Al día siguiente, Peter y sus compañeros que habían estado hasta lo último donde Tommy, aparecieron muy temprano. No encontraron a Tommy. Los mozos les dijeron que estaba durmiendo en casa de su mujer. Que quienes estaban arriba eran las muchachas.

Serían las diez de la mañana. La temperatura empezaba a subir, pero lentamente. Acá en la parte de atrás de la cantina, soplaba de vez en cuándo, una brisa escapada de la bahía.

Peter y sus compañeros subieron, y cada cual tocó en la puerta de su pareja del día anterior. Surgió dentro la voz dulce:

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

pasamanos de fierro. Siguieron el largo corredor. Y en el penúltimo cuarto se quedaron. Peter dió una mirada de inspección a su alrededor. Y se encontró con un cuarto arreglado con comodidad, pero sencillo y elegante. Fula se acercó al peinador. Hizo como que arreglaba algo. Se polveó ligeramente, y después se volvió a Peter:

—Aquí tienes lo que tú quieres. Puedes coger no más.

El se levantó. Se acercó. Pero en lugar de arreglarse, dió una rápida vuelta. Y violentamente, la abrazó. Torpemente, pegó su rostro al de ella. Y pugnó por darle un beso. Fula forcejeó largamente, haciendo un verdadero escándalo:

—¡No, no! ¡Eso no!

Pero Peter seguía febril. Así abrazada, la levantó. La arrimó sobre la cama. Ella se revolvía con ímpetu. Gritaba.

—¡No, no quiero! ¡No quiero!

De improviso se oyeron pasos. Y, al poco rato, se abrió la puerta. Peter se apartó bruscamente de Fula, pero se volvió como un tigre, dispuesto a saltar sobre el intruso. Frente a él reía — por la puerta entreabierta — la cara chata y dulzona de Tommy:

—¿Llamaron ustedes? ¿Querían servirse algo?

La Fula contestó:

—Sí, Tommy. Tráenos cerveza.

La cabeza de Tommy desapareció. La Fula entonces se dirigió a Peter:

—Yo no soy de esas...

Peter estaba violento.

¿Sería verdad lo que le había ocurrido? ¿A él, a un marino del **Saratoga** lo había despreciado una mujer latina? ¿Iba a quedar así, burlado, arrinconado, con la carne hecha incendio? No, no lo podía creer. Seguramente no le habían pasado todavía los efectos de la borrachera. Y todo lo que le estaba sucediendo no era verdad. ¿Estaría ebrio, pues? Se pellizcó en un brazo. Miró torpemente a la Fula. La miró con rencor, como si quisiera abalanzársele encima otra vez. Pero después se serenó. Que se fuera al infierno esa mujer. Verdad que le gustaba. Verdad que hubiera sido agradable treparse sobre su cuerpo tan bien hecho.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Pero él era un marinò del **Saratoga,** y lo esencial era no dar la quilla nunca. Se iría.

Se levantó. Hizo un breve signo de despedida.

—¡Good bye!

Pero ella estiró la mano y le cogió el brazo.

—¡No te vayas!

En ese momento entraba Tommy con la cerveza pedida. La depositó en silencio sobre la mesa. Miró irónicamente a la pareja. Preguntó a Peter que tal lo había pasado, y después salió.

La Fula hizo sentar a Peter a su lado en la cama.

—No te vayas...

El yanqui sorprendido, la miró. Ella sonrió, y se acercó a él mareándolo.

—¿Sabes? Tú me gustas, me gustas mucho...

Peter se esponjó. Instantáneamente se le olvidaron sus reflexiones anteriores. Decidió no irse. La Fula le pasó un brazo por el hombro.

—Me gustas... Pero eso no es así... Tú eres marino... Vienes aquí una vez al año... Ya no te veré más...

El yanqui se iba enterneciendo. Súbitamente, la Fula comenzó a llorar. Peter se sintió intranquilo. No sabiendo qué hacer, le cogió la cabeza. Y empezó a sobarle dulcemente los cabellos.

—No sé qué es lo que me pasa... ¡Soy tan desgraciada!

El yanqui sin saber por qué, tenía miedo. Hubiera deseado alejarse lo más rápidamente de allí. Dejar que esa mujer llorara cuanto quisiera, pero no escucharla él. No tener nada que ver con eso. Sin embargo...

Es que la Fula era una mujer interesante. Al inclinarse un poco, allí, al lado de él, se entreabría un poco el corpiño, y se divisaban los senos saltarines, juguetones. Ahora, aquí, en la proximidad de la cama propicia, surgían más tentadores sus muslos. Se adivinaba entre ellos — como una fruta madura — el sexo opulento.

Peter sentía otra vez encenderse su sangre. Su mano se fué estirando lentamente. Y cuando menos se dió cuenta, estaba otra vez abrazando a la Fula. Esta ya no pro-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—¿Quién?

—¡Peter!

—¡Ernest!!

—¡George!

—. . . . . .

—Entren.

Apenas abrió la puerta, Peter sintió que la sangre le explosionaba.

La Fula aún estaba en el lecho. Se había arreglado un poco el rostro, pero tenía el cabello desordenado. Los hombros desnudos aparecían levemente debajo de la sábana. El cuerpo se le dibujaba todo íntegro. Peter no quiso ni verlo. Se quedó como un idiota en el umbral. Ella tuvo que repetir:

—¡Entra!

Avanzó unos pasos. Dió una mirada alrededor. No había, desgraciadamente, ninguna silla.

—Siéntate aquí, a mi lado, en la cama.

Obedeció mudo. Le empezó a dar vueltas a la gorra. Ahora se atrevió a mirarle un poco los senos levantados.

—¿Que tal te fué ayer?

—Bien.

—Pero deja tranquila la gorra, ¿qué es lo que tienes?

—Nada. ¿Quieres que pidamos cerveza?

—Bueno.

Peter salió breves instantes. Dió unas palmadas, ordenó la servida y después regresó. Se sentó en el filo de la cama. La Fula empezó a acercarse insensiblemente. Lo rozaba con sus muslos turgentes. Con su grupa milagrosa. Peter palidecía. Llegó la cerveza. Peter sirvió rápidamente. Y se tomó dos vasos seguidos. Sentía poco a poco que le subía en oleadas el deseo. Vibraba todo él. Ella seguía arrimándose. A lo que se había medio levantado para coger el vaso de cerveza, había descubierto más sus hombros. Aparecía el bracier con sus finas cintas y sus levantamientos de seda. Peter ahora miraba todo eso con el rabo del ojo, y sufría.

Acercó su cabeza a la de ella. La miró fijamente. Recordó en visión de relámpago las frases de Tommy del día anterior, y entonces le propuso:

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—¿Quieres ser mi mujer?

Ella se quedó pensativa un largo rato.

—Pero tú eres marino.

—No importa.

—A ti no, a mí sí. Apenas te alejes de la bahía panameña, te olvidas de mí, y entre tanto, yo acá, esperándote sin saber nada de ti. No, eso no puede ser.

Peter se desesperaba.

—Sí, Fula. Te enviaré todos los meses para tus gastos, lo que pueda. Vendré a verte siempre.

La Fula no dijo nada, en respuesta. Apenas si entornó un poco los ojos, y murmuró:

—Peter...

El marino se le abalanzó encima. Le levantó cuidadosamente sus ligeras ropas de seda. Apareció la carne ondulante, remecida. Primero estiró las manos y palpó. Después chupó ávidamente los senos.

Y...

—¡Peter!

—¡Fula!...

En casi todos los cuartos ocurría algo parecido. Tommy — en la cocina — mientras devoraba una apetitosa tortilla de camarones, reía satisfecho. Su moza — su infaltable moza — charlaba alegremente sobre sus negocios con él.

—¿Pronto vas a salir de la deuda, verdad?

—¡Claro! ¡Yo no soy ningún pendejo!

—¿Y después?

—Después a explotar este mismo negocio en grande. Es una gran vaina.

—¿Y cómo te ocurrió esto?

—Yendo al barrio. Me dí cuenta que los que más ganaban aquí eran los que negociaban en cualquier forma con mujeres. Por eso la **Zwig Migdal** tiene aquí tan buena organización. Pero era demasiado vulgar eso de alquilar mujeres para sólo un rato. Sólo deja en cierta época, y además hay muchos competidores, y poderosos. Lo pue-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

den volver mierda cualquier rato a uno. Mientras que en nuestro negocio, la cosa es más sencilla. Cada pendejo de estos nos asigna una cantidad mensual. Y se va creído que es el marido de cada una de las hembras. Van satisfechos, y nosotros también. Cada una de estas mujeres produce una buena cantidad al mes. Y es algo constante, fijo, con poco trabajo.

—¡Qué inteligente eres!

La moza de Tommy era una muchachita de unos quince años que él mismo había criado desde pequeñita. Ella misma no se había dado cuenta de cuando le había entregado su virginidad, de cuando sus vidas se habían mezclado. Ahora todo lo aceptaba fatalmente, con una resignación animal.

Tommy estaba feliz. Sentía resbalar dulcemente el cuerpecito rosado de los camarones envueltos en la tibia sábana amarilla del huevo frito. Lo sentía a través de su cuello formidable. Era una de las cosquillas más dulces que pudiera experimentar. Tanto como si lo acariciara su mujer, o un billete de a dólar, o un trago de ron.

Es que Tommy — a pesar de todo — también tenía sus debilidades.

Cada uno de los yanquis fué dejando sus billetes en manos de ellas. Hubo despedidas de lo más conmovedoras. Las mujeres se les prendieron de los brazos, como impidiéndoles que se fueran. Lloraron. Los llamaron con las frases más dulces que habían aprendido. Les hicieron mil caricias. Les quitaron promesas de que vendrían pronto, de que no las olvidarían jamás.

Ellos asintieron a todo, y medio entristecidos y medio débiles, bajaron la escalera. Desde abajo lanzaron una última mirada al grupo de mujeres que se asomaba al corredor:

—¡Good bye!

—¡Good bye!

Tommy volvía a atajarlos.

—¡No se vayan sin tomarse un trago!

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

El mismo les servía. Los atendía con una sonrisa cordial que daba envidia. Los yanquis no sabían cómo corresponder las innumerables gentilezas de este hombre. A ratos, no sabiendo por qué lo hacía, concluían por pensar que todo lo debían a ser yanquis, es decir, del país más poderoso de la tierra. Pero de todos modos no podían evitar el enternecimiento cuando se despedían de Tommy:

—¡Good bye, Tommy!

—¡Good bye!

Los oficiales llegaban por la noche, cuando ya se había recogido la marinada, y con ellos el negocio había que hacerlo rápido. Estos — más expertos — difícilmente toleraban un engaño de esa índole. Así que, apenas llegaban, se acercaban a Tommy y le preguntaban:

—¿Qué de nuevo nos tienes?

Tommy sonreía misteriosamente. Les brindaba un trago por su cuenta y después, caminando como sobre huevos, se dirigía hacia la puerta del fondo.

—¡Espérense!

Al poco rato bajaba con la colección de mujeres.

—¡Aquí están!

Empezaba a sonar música. Cada uno de los oficiales cogía a la hembra que más le había gustado y empezaba a bailar con ella. A medida que se encendían en el ritmo de sus carnes agitadas, se iniciaba la conquista:

—Me gustas mucho. Eres simpático.

El yanqui al oírlo se esponjaba. Bailaba con más garbo, con más prosa, esforzándose porque sus movimientos tuvieran cada vez más agilidad y destreza.

La mujer seguía:

—¿Quieres ir un momento conmigo arriba?

—¡All right!

La pareja desaparecía. Los demás seguían bailando. Tommy reía desde el mostrador frotándose jubilosamente las manos:

—Este es el verdadero negocio. Como este no hay otro.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Al poco rato, bajaba la pareja. Venía el oficial caminando medio tambaleante. La hembra recia, feliz, con una sonrisa irónica sobre los labios y sobre los muslos invencibles.

Poco a poco iban siguiendo el mismo camino las demás parejas.

Coorsi — trepado en su auto — esperaba que los oficiales se cansaran de divertirse para conducirlos a la orilla, donde esperarían las lanchas que los llevarían a bordo.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

III

Es casi una canción. Una canción que cantan sus músculos enfebrecidos.

Va manejando un auto. Dando vueltas por Avenida Central. Está pálido, sudoroso, jadeante; tiene un vago gesto de angustia. A veces lo saludan sus amigos de antaño, y sigue.

—¡Qué hay!

—¡Qué hay!

Sigue a la fila interminable, se pierde en la enredadera de los vehículos. Sobre la fiesta roja de los ladrillos brincantes, va escribiendo su dolor.

Es de mañana.

Hace un sol que abrasa. Los hombres buscan el líquido ventilador de la cerveza, apresuran el paso. Más que nada, yanquis. Los yanquis odian el sol, tienen los ojos demasiado claros.

Tarde.

Llueve, llueve furiosamente, tenazmente. Las calles estrechas tienen gestos de cansancio. Hombres y autos se encapotan. Hace frío. Los que tienen que andar, escarban el rincón de las aceras.

En la Avenida Central. Sobre el mismo auto gris, con el mismo gesto indefinible, asido al volante, fastidiado, displicente.

—¡Qué hay!

—¡Qué hay!

Cien ojos lo siguen. Como cien interrogantes. A ratos se detiene. Piensa — ¿debe pensar? —. La dura realidad

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

lo arrastra, lo arrastra entre la gran ola humana, sin saber para dónde.

Noche.

Retreta, Catedral.

Pasan mujeres inefables, mostrando su rostro de caricia. La música incendia el ambiente. Las carcajadas suenan por las calles,; hay más carcajadas que ladrillos, hay más luces que pupilas.

—¡Qué hay!

Se vuelve. El volante, el auto, las mujeres, Avenida Central, la angustia, las mujeres, Catedral, los ladrillos, el auto, la vida, las mujeres, la alegría.

—¡Que hay!

Sus ojos han visto lo que nadie.

Saben de las carreras dislocadas; cuando la Flota llega; cuando los hombres rubios arrancan una pobre mujer de las aceras; cuando la violan en los campos apartados, sin importarles sus gritos dolorosos, sin importarles sus carnes desgarradas; sabe de los vómitos repugnantes que bañan hasta el alma; cuando la cerveza inunda todo el carro; cuando un racimo de hombres lo golpea; cuando las palabras más duras e insultantes se le enroscan en el cuerpo, como sierpes.

Sabe...

Ha protestado a veces — en un principio. Ha golpeado también. Su sangre electrizada, se ha hecho brújula de instinto.

Pero.

Los yanquis traen dólares, y ellos son los amos del mundo. Y además — ahora — qué pobre cosa es Pedro Coorsi.

Sigue, por eso — ocultando su tragedia — asido del volante, guiando para otros, él, que nunca guió para sí

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

mismo.. Polvo de carreteras hostiles, le ha embozado la vida. Tristeza de pasado alucinante le aprieta el corazón.

¡Ah!

Si pudiera — todavía — huir. Saltar del auto gris, correr, con sus piernas elásticas, gritar, ser libre, libre como las golondrinas de los parques. Seguir mirando — si nó — ese mar de mujeres, en que cada seno es una onda; en que cada muslo es una onda...

Pero no: el volante. Aunque no lo quiera, el volante, siempre el volante. Su mundo, hoy, mañana, el volante.

Volante, cadena, auto, cárcel. Yanquis que pasean en auto, centinelas.

Volante... Jajajá.

Es casi una canción. Una canción que cantan sus músculos enfebrecidos.

En Tommy's Place, sentados alrededor de una mesa, varios yanquis. Entre ellos Peter. Además un portorriqueño, un tal D'Acosta. Coorsi está afuera, sentado en su auto, mirando — sin ver — el carretero que conduce a Balboa.

—Ustedes no han tratado a un negro nunca, ¿verdad?

—No, nunca.

—Pues es algo muy interesante. ¿Quieren tratar a uno?

—Ya está.

D'Acosta llamó a uno de los mozos.

—Dígale al chofer que venga.

Parece que Coorsi duda. Sospecha que tratan de divertirse con él. Pero después se decide. Qué más da. Si es para lo único que ha quedado.

Los yanquis hacen un gesto de desagrado. ¿Lo va acaso a invitar para que se siente a su mesa? No, eso sí que no. Ellos no lo consienten. Cada quien en su lugar. Ellos no pueden nunca estar al lado de un negro.

Pero D'Acosta insiste:

—Vamos a gozar mucho. Ustedes no saben lo divertido que es un negro. Además, cuando vayamos a Norteamérica tendremos qué contar. Podremos decir en nuestra

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

tertulia: "Un día en Panamá estuvimos tomando cerveza con un negro". Será casi una aventura...

—O. K.

Se acerca Coorsi. Saluda. Se queda de pie, tímidamente. D'Acosta le tiende una silla.

—Siéntate. Y toma algo.

—No puedo. Tengo que manejar.

—No importa. Toma, más que sea un vaso de cerveza.

—Bueno, pues.

Los yanquis lo miran con atención. Nunca han tenido un negro tan cerca. En esa proximidad casi absurda. Lo miran y ríen, sn saber qué hacer ni qué decir. Beben más. Beben y beben.

—¿Jamaicano?

—No. Panameño.

—Oh. Panameño yeah, panameño.

—¿Muchos negros en Panamá?

—Bastante.

—No les resulta tan divertido este chombo serio que se los queda mirando atentamente, correctamente. Hubieran querido verlo hacer movimientos acrobáticos, de simio. Reír a mandíbula batiente, enseñando los dientes blanquísimos. Romper algo en un desbordamiento animal. Se sienten francamente defraudados. Se miran entre sí. D'Acosta comprende.

—¿Bailas?

—Bailaba... Ahora ya no.

—No importa. Algo te has de acordar. Baila algo. Un meneado de esos de tu tierra.

—Ya me he olvidado.

—No, hombre, baila. Los amigos quieren verte.

—Es que no sé.

D'Acosta llama al mozo:

—Dile a Tommy que venga un momentito.

Y volviéndose a Coorsi:

—Voy a ver si lo que tú me dices es verdad.

Tommy llega a los pocos segundos. Viene, como siempre, riente, entusiasta, cordial.

—Manden ustedes.

—¿Es verdad que Coorsi no baila?

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Cómo que no. Aquí todo el mundo baila.

—El nos dice que no sabe ya...

—Lo dirá en broma. Ya lo van a ver ustedes.

Mira fijamente a Coorsi, mientras dice:

—Llámenme a Josefina Baker.

D'Acosta pregunta:

—¿Quién es Josefina Baker?

—Una parienta mía a quien llaman así. Baila muy bien. La he llamado para que acompañe a Coorsi.

—Muy bien.

Empieza a sonar un danzón. Un danzón panameño. Poco a poco la temperatura va subiendo. Inconscientemente, los hombres empiezan a seguir el ritmo de la música, con involuntarios movimientos de sus pies. Hace calor. Los yanquis sorben a grandes tragos la cerveza. Baja la mulata Josefina Baker. Coorsi, ya ganado, se acerca.

—Y empieza la danza.

Al principio es con desgano. Coorsi está preocupado. Casi se deja arrastrar por la mulata. Está con el pensamiento lejos, muy lejos. Quién sabe dónde. Pero pronto la melodía dulzona, tropical, se le va metiendo por todas las células. Los oídos le empiezan a arder. Siente un temblor extraño en sus muslos tensos. Una ola de ritmo parece envolverlo lentamente.

Jadea la mulata. Cada trozo de su cuerpo se esfuerza en seguir la cadencia. Se refriega, en apretón tumultuoso, contra la carne de Coorsi. Se siente la fogata de sus caderas agitadas. Y el ritmo invita, sugestiona, marea.

Ahora Pedro Coorsi empieza también a jadear. A hacer suyo el movimiento de la hembra. A ratos se detienen, adheridos, tiemblan brevemente, parecen querer exprimirse. Y después continúan. Más rápidos. Más ágiles. Más rítmicos.

Los yanquis tienen las narices dilatadas. Los ojos atónitos. Las manos estiradas, anhelantes, como si algo cogieran. Ríen estruendosamente. Estúpidamente. Sin saber por qué.

—O K. Chombito!

—O K.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

El trago había puesto una bruma de confianza en el ambiente. Los yanquis, que en un principio se habían mostrado como meros espectadores de Coorsi, empezaron ya a hablar con él. Haciéndolo—eso sí—beber cada vez que podían. D'Acosta estaba ya sintiendo los efectos del alcohol. Y, de una vez, se sentía algo sentimental. Se acercaba a Coorsi. Y le decía casi al oído:

—Yo también soy latino. ¡Carajo! Yo también tengo un poco de sangre negra en mis venas. ¡Carajo! Ando con estos desgraciados porque no sabía qué hacer. Y lo mismo nos pasa a muchos. ¿Sabes? Es que cuando hay hambre. Cuando se está desesperado, se comete cualquier tontería. Por otra parte, pintaban tan bonita la marina. ¡Carajo! Pero es una mierda. Aquí te lo voy a decir en secreto. Es una mierda.

Peter quería calmarlo. Lo cogía por la espalda. Le rogaba que hiciera silencio. Que bebiera. Pero D'Acosta proseguía:

—Una mierda. Alguna vez lo he de decir. Vamos engañados a la marina. Se nos engancha pintándonos una vida tranquila, sosegada. No haciendo otra cosa que divertirnos Siendo querido de las muchachas. Conociendo todos los puertos del mundo. ¡Carajo! Y todo eso es falso. Enteramente falso. Apenas ponemos los pies a bordo nos damos cuenta de ello. ¡Es una mierda!

Pedro Coorsi oía lejanamente. Le parecía que todo aquello se lo habían dicho antes. Hacía mucho tiempo. No sabía cuándo ni dónde. Pero estaba—eso sí—segurísimo de haberlo oído.

D'Acosta seguía:

—Vamos muy poco a los puertos. Vagamos por todos los mares. No tenemos un minuto de descanso. Se nos paga una miseria, que, en fin de cuentas, no nos sirve para nada. Porque, cada tres o cuatro meses que llegamos a un sitio, nos lo gastamos todo en una noche. Nos mecanizamos. Constituímos en los grandes acorazados nada más que un elemento adicional de destrucción. Como un nido de ametralladoras. Como un cuerpo de cañones. Como un grupo de torpedos. Vivimos una vida uniforme y gris, sin altos ni bajos. Sin una mujer, sin un trago, sin otra diversión que el

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

radio, el cine y otras pendejadas por el estilo. Es que ya no somos hombres. Somos la marina. Ese elemento destructor que vomitan los yanquis sobre sus colonias o semicolonias. Yo, carajo, yo—contra mi voluntad—he tenido que darles bala a hombres de mi raza, de mi pueblo. Sin saber por qué lo hacía. Yo que abandoné mis estudios y mi tierra buscando nuevos horizontes en Estados Unidos. Allá me sitiaron por hambre. Y tuve que ingresar a la marina. Hacer un contrato por varios años. Creyendo encontrar, según la propaganda yanqui, un camino de estudio y diversión. Y lo único que he conseguido es llenarme de odio. Odiarme hasta a mí mismo. Es que la marina—este puñado de hombres irresponsables—va dejando por doquier una estela de odio. Verdad, Peter, ¿verdad que es así?. Cuántas veces hemos conversado de lo mismo los dos, ¿verdad, Peter?

Peter, vencido, anonadado, quizá en supremo instante de veracidad, murmura:

—¡Así es D'Acosta! Todos nos odian, todos nos miran con terror. En Nicaragua, cuando nosotros llegábamos a algún sitio, se daba la señal de la dispersión. No se nos daba ni agua. Es verdad que cuando vamos a algún país latinoamericano el gobierno nos festeja, las autoridades nos ofrecen toda clase de agasajos. Pero el pueblo no. Si salimos solos y hay una oportunidad nos hacen flecos. Y lo peor es que en realidad nosotros no tenemos la culpa de nada de lo que hacemos. Como tú decías, D'Acosta, constituímos una especie de máquina de guerra añadida a tantas que tienen los acorazados. Nos manejan. Nos conducen. Nos obligan a intervenir en cuestiones que son o indeferentes o que cuentan con nuestra simpatía. Pocos lo saben, pero lo cierto es que en la marina tenía grandes admiradores el pueblo nicaragüense y especialmente Sandino!

D'Acosta toma cerveza. Mira con ojos distantes. Arruga el entrecejo. Murmura:

—¡Algún día!...

Y Pedro Coorsi tiene una eclosión de imágenes en su cerebro soñador y ardiente. Poco a poco, como en sus mejores tiempos, se va alejando de la realidad. Le parece que todo se torna difuso, impreciso, lejano. Y, de pronto, pien-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

sa en la marina yanqui. La ve como un chorrear continuo de barcos. Grises, enormes, desafiantes. Los ve avanzando por toda la América española. Como un tropel de escualos formidables. Dispuestos a devorar lo que encuentren. Los ve avanzar, avanzar... Y tras de ellos, un puñado de judíos yanquis. Torva la mirada. Sensuales los labios. Encorvada, avarienta la nariz. Llenas de talegos de oro sus manos temblorosas. Latigueando a los barcos. Obligándolos a avanzar y a destruir.

De repente, los barcos se detienen. Abren sus fauces colosales. Empiezan a tragar hombres. En una inaudita voracidad nunca mirada. Y, cosa rara, los primeros a quienes devora son los propios marinos. Es como si se devoraran a sí mismos. Como si, en una autofagia inconcebible, se destruyeran las aletas, la piel resbalosa y chorreante, la cola orientadora. Pero para eso están allá los judíos fantasmagóricos. Reponen las unidades perdidas. Y orientan a los barcos hacia los nortes anhelados. Nada detiene a los barcos ni a los hombres. Jamás Morgan concibió en sus sueños piráticos un saqueo mejor, un asalto más productivo. Los judíos, que vienen atrás, cosechan. Sus miradas se agrisan. Pasan sobre cadáveres. Dejan una larga estela de sangre. Pero continúan. Están cumpliendo la única finalidad de su vida.

D'Acosta continúa:

—No somos culpables. Ni cuando violamos una mujer, ni cuando nos emborrachamos y cometemos atropellos. Ni cuando empuñamos el fusil y barremos a la multitud. Ni cuando apoyamos el avance de una política nefasta en uno de los países hispanoamericanos. Desgraciadamente, se nos ha convertido en una máquina.

Y Peter:

—Tienes razón. Pero es que desde que nacemos ocurre eso en Norteamérica. Se nos hace adorar la patria y todos sus signos exteriores de fuerza. Por eso nos entusiasmamos con la marina. Se nos enseña que somos los primeros hombres del planeta. Que nuestro país es el resumen de todas las perfecciones. Que nuestra bandera debe ondear orgullosa en todas las latitudes. ¿Y qué ocurre entonces? Que cuando nos enganchamos, creemos efectivamente cuanto

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

nos han inculcado. Y nadie tiene conciencia de su responsabilidad. Creemos que tratamos con seres inferiores por todas partes. Seres que necesariamente deben prestar homenaje a Norteamérica. Y ayudamos, sin darnos cuenta, a una política que nos hace aparecer como no somos en realidad.

Sospechan que, posiblemente, están hablando más de lo que deben. Dan una mirada a su alrededor. Pero después se serenan. El único que los escucha es ese negro. Y, después de todo, qué le pueden importar estas cosas a ese negro. Da lo mismo que si se lo dijeran ellos para sí.

Afuera, en tanto, sigue el transitar de marinos. Caminan hacia Balboa. Muy pocos a pie. La mayoría en auto o en coche. Van adoptando las poses más ridículas. Muchos, desarticulados. Vomitados. Roncando estruendosamente. Tendiendo los brazos y las piernas fuera del vehículo. Otros cantan extrañamente. Otros se divierten insultando a los choferes. O haciendo señas a todos los hombres y mujeres que circulan. Hay algunos que siguen atentamente a los negros. Como si se tratara de animales exóticos.

Pedro Coorsi fué a esperar, a la salida de la Cárcel. Ese día libertaban a Echevers. Pensó encontrar algunos compañeros con el mismo objetivo. Pero su asombro fué muy grande al observar que no había nadie. Sólo estaba él. Después de poco rato, apareció Echevers. A pesar de haber estado guardado algún tiempo, parecía que los días no habían pasado sobre él. La misma serenidad en el rostro. El mismo ademán reflexivo. No tuvo un gesto de disgusto cuando vió que sus compañeros no lo esperaban. Se acercó a Coorsi. Le estrechó la mano, largamente, sin decirle una sola palabra.

Se encaminaron a la plaza de Santa Ana. Y allí, en una esquina, iniciaron su charla. Fué Coorsi el que comenzó:

—Francamente, yo creía que iría más gente a verte.

Echevers rió.

—Quien sabe si a lo mejor es premeditado eso. Para evitar comprometerme. O para evitar comprometerse.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—¿Qué tal te ha ido en este tiempo?

—Ya te puedes suponer. En la Cárcel. Y por haber insultado al Presidente. ¿Y a ti?

—Mal. Muy mal. ¿No sabes? La vieja se largó para el otro barrio. Cuando salí de la Cárcel me dieron la noticia. Me dijeron los vecinos que se había muerto de malaria. Pero yo creo otra cosa. . .

—¿Qué?

Aquí Coorsi se puso meditabundo. Lo miró fijamente:

—Yo creo que la vieja se murió de hambre. . . Pero después de todo qué más da. De algo se tiene que morir. Para eso hemos nacido. Por otra parte, mejor. Le hubiera dado vergüenza ver cómo estoy.

—¿Cómo?

—Consiguiendo marinos para las mujeres de Tommy.

—¡Ajá!

En ese momento pasaba el auto del doctor Porras. Paró al frente de ellos.

—Hombre, Echevers. Vengo de la Cárcel. Fuí a recibirlo. Veo que me he atrasado. Me ha costado dificultad obtener su libertad.

Echevers se lo queda viendo fijamente. Después ríe.

—Gracias, doctor Porras.

—Pero no me va a negar que en parte usted tiene la culpa de ello. Cómo se le ocurrió ponerse en esas escenas la noche de la manifestación. . . Me parece.

Lo interrumpió:

—No hablemos de eso, mejor. Más bien deme noticias de lo que se ha conseguido. De si al fin y al cabo, resultó para algo la huelga del no pago.

Porras se irguió.

—Pues verá. Hemos conseguido mucho. Más aún de lo que esperábamos. Tenemos una junta inquilinaria que falla sobre todos estos asuntos, donde hay un representante de los inquilinos y otro de los propietarios y además uno del gobierno. Todo aquel que tiene que hacer un reclamo se presenta antes ellos. Y se le hace justicia. Por otra parte, se han dado habitaciones baratas para obreros. Y se está creando un fondo obrero para desocupados. La cosa marcha.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Aunque no creo mucho en los resultados de esa labor, lo felicito, doctor Porras.

El doctor Porras vuelve a treparse en su carro. Sonríe debajo de sus bigotes irónicos. Enseña otra vez su chaleco estrambótico. Y se despide.

—Adiós Echevers. Adiós Coorsi.

—Adiós, doctor Porras.

—Adiós, doctor Porras.

La multitud sigue paseándose frente a ellos. En la Germania hay un constante entrar y salir. Los bancos del parque cada vez se pueblan más. Llueven como siempre las *guirnaldas de gritos sobre el ambiente. Poco a poco,* se van acercando curiosos y conocidos donde está Echevers. Lo rodéan. Le hacen preguntas. Y contestan a las que él, de vez en cuando, arroja.

Cuando se refiere a la huelga, la multitud se arremolina:

—No hemos sacado nada, Echevers. Ahora nos han puesto más restricciones. Nos exigen el mes adelantado. Si nos atrasamos un día, nos lanzan. La tal junta esa no sirve para nada.

—Nos hemos quejado varias veces. Y se les ha dado siempre la razón a los propietarios.

—Lo único que se consiguió con ella, fué darles empleo a varios individuos con los que había compromisos políticos.

—Nosotros estamos tan fregados como antes, y quizá hasta peor. Eso de los cuartos baratos para obreros, se parece al barrio obrero. *Jamás hemos oído* que esté *beneficiado* un obrero con ello.

—¡La huelga ha tenido resultados contraproducentes!

Entonces, Echevers, decepcionado, murmura:

—Ustedes están equivocados. No es la huelga. . .

Verdaderamente — piensa Coorsí — Echevers es negro, pero es alto. Es alto no sólo por su estatura, sino también por algo extraño, poderoso, que lo eleva del suelo. ¡Ah. Si todos los negros fueran tan altos como Echevers.... !

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"


Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

IV

—Hace horas que llegamos, y todavía no nos sirven.

El hermano menor se agita rabiosamente en el sillón. Cruza el brazo derecho sobre el tórax. Apoya el rostro en la mano izquierda. De rato en rato, mira la cocina, que se divisa al final de un corredor oscuro. Su nariz se dilata. Los labios le tiemblan ligeramente.

—¡Estoy cansado de esperar!

El hermano mayor lo mira fijamente. Tiene, por un instante, una ráfaga de cólera. Después, se calma. Una honda expresión de lástima rubrica sus palabras:

—Pero, hermano..., si estamos casi de caridad.

El otro se violenta:

—¿De caridad? ¡Qué va! Aquí no tienen de caridad a nadie. Pagamos como todos. Es verdad que pagamos menos. Pero es que si no fuera así, no soportaríamos el trato que se nos da...

—Cállate. Allá viene la Abuela.

En el principio del corredor aparece. Es una mujer de unos cuarenta años. Gorda en grado superlativo. Cualquiera de sus movimientos da ocasión a un desbordamiento de su tejido adiposo. Difícilmente puede andar. Tiene siempre una sonrisa en los labios. Huele a carne sudorosa y jadeante, con algo de comida y algo de fogón. Apenas llega, dirige una mirada a los que están sentados en las mesas del centro de la habitación.

—¿Ya les han servido todo?

El ecuatoriano de espaldas anchas esboza una sonrisa de foca. Muestra su mondador de dientes bajo los bigotes hostiles. Mueve su gran cabeza. Para de comer.

—No, Abuela. Hace rato he pedido un poco de aceite, y todavía no me lo han traído.

La abuela se vuelve, fastidiada:

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—¡Nena! ¡Nená!

Una voz responde desde adentro:

—¡Mamá!

—¿Por qué no le has traído el aceite al señor Arroyito?

—¡Voy, mamá!

El ecuatoriano de espaldas anchas torna a comer. Inclina su gran cabeza sobre el plato oloroso. Su cuello fornido parece hincharse. Suda copiosamente.

—Gracias, Abuela.

Las dos mesas están cubiertas de un mantel salpicado de manchas. Hasta diez hombres comen. Hay de oficios y profesiones distintas y de nacionalidades también diversas. Poco a poco, suben y bajan comensales. En las mesas, siempre hay esa cantidad constante: diez.

Rápidamente terminan su menú, que consiste en un plato de ensalada, un caldo turbio, arroz, carne y tajadas de plátano frito. Algunos toman también café. Cuando han concluído, se limpian ceremoniosamente los labios, y unos cuantos, como el señor Arroyito, los bigotes. Empiezan a hablar de los tópicos más variados. Generalmente, es el señor Arroyito el que inicia la conversación.

—Se sabe que ha habido otra revolución en el Ecuador.

La noticia deja perfectamente tranquilos a todos. Inclina su gran cabeza. Mira a su alrededor, con ojos medio entornados. Acerca un mondadientes a sus labios.

—Parece que esta vez la cosa ha sido seria Ya hay como dos mil muertos...

Coorsi deja de comer. Levanta las manos, que portaban un tenedor la una y un cuchillo la otra.

—No creo. Debe de ser una exageración cablegráfica. Si apenas tienen dos días dándose bala...

El señor Arroyito se exalta:

—¿Y qué se ha creído usted? Allá, en el Ecuador, somos hombres bravos. ¿Sabe? Sobre todo, los hombres de la costa. Esta vez han muerto pocos. Otras veces .. No es como en otros países; Panamá, por ejemplo, en los cuales mueren doce después de darse bala en varios sitios y durante largas horas seguidas. Y uno de los muertos se consigue

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

por no conocer el manejo del rifle y dispararse, equivocadamente, a sí mismo.

El rostro del señor Arroyito se ha rubricado de una sonrisita mal intencionada. Sonrisita de lobo. Los bigotes le tiemblan ligeramente. Una mirada irónica cruza como un latigazo todos los rostros.

Un oficinista panameño, tercia:

—¡Qué vaina es esa! ¿Así que usted cree que los panameños somos unos cobardes?

El señor Arroyito sigue riendo. Se pasa descuidadamente la mano por su cabeza.

—No. En ningún momento... Seguramente que no.

El chileno empleado en la Coca Cola, tercia:

—Las revoluciones deben hacerse sin sangre.

Después, como que se arrepiente de haber hablado. Le parece haber manifestado una enormidad. Se encoge en sí mismo. Duda unos instantes. Se vuelve a todos. Y de improviso, se levanta y se va.

—Buenos días, señores.

—Buenos días.

El señor Arroyito murmura:

—¡Pendejo!...

Coorsi mira fijamente al señor Arroyito.

—Usted, que se vanagloria de sus revoluciones, señor Arroyito. Usted que nos trata tan mal porque sólo hemos tenido doce muertos en nuestra revolución o revuelta — como usted quiera — del dos de enero. Usted, señor Arroyito, ¿cree en esas revoluciones?

El señor Arroyito se estira. Pone tensas sus amplias espaldas. Levanta su cabeza orgullosamente. Le tiemblan los bigotes llenos de emoción. Mientras se limpia lleno de importancia con la servilleta, contesta.

—Seguramente que sí. Yo soy un revolucionario. Por eso estoy desterrado de mi patria. Nos desterraron a un grupo que luchábamos por el federalismo en el Ecuador. Queríamos el mayor bien posible para nuestra querida Guayaquil. Y no desesperamos de que llegue el día.

—Yo no conozco, francamente, ese movimiento ecuatoriano. Pero, por lo que usted dice, no creo que esa sea una posición revolucionaria. Es más bien la regresión a la pa-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

tria chica, al campanario de la aldea. Me parece que la revolución tiende a la unión de los pueblos, no a su parcelamiento. A la desaparición de fronteras, no a la creación de mayor número de ellas. No creo en sus revoluciones, señor Arroyito. Ellas no hacen más que cambiar un cacique por otro. Unos asaltantes del presupuesto, por otros. Ni creo en sus revoluciones de tanta sangre, ni creo en las nuestras. En el fondo — todavía — no hay más que el deseo de llenarse el estómago. Las pocas veces que intentamos algún movimiento revolucionario de verdad, aquí, en esta Panamá que usted no entiende, los yanquis nos barrieron a bala. Es que ustedes no tienen a los yanquis tan cerca, señor Arroyito. . . .

El hermano mayor, que escucha toda la conversación desde su asiento, ronca:

—No. Pero tenemos un ejército puesto al servicio de una política corrompida. Y es por eso que, de vez en cuando, las calles de Guayaquil o de Quito, se manchan de sangre. Mientras los grandes negociantes de vidas y conciencias se parapetan en ideologías fuera de hora para realizar sus cálculos y trazan sus planes que les reportan pingües ganancias.

El hermano menor sigue comiendo. Ahora lo hace con gran entusiasmo. No se preocupa de lo que se dice alrededor de él. No se preocupa de nadie ni de nada. De vez en vez, van llegando los diversos platos. Notando que le sirven menos que a los otros, y que no le han puesto carne, le dice a la sirviente:

—¡No me has traído carne!

La muchacha contesta, medio confusa:

—La Abuela me dijo que no le pusiera.

—¡Ah!. . .

El hermano mayor lo mira tranquilamente. Serenamente. Mientras él también empieza a sentir los efectos del hambre. Después mira la calle. Esta calle Once, que va subiendo. Que tiene, al final de la Bocayá, un pedazo del muro de la vieja ciudad. Que muestra el penacho de una palma sobre su lomo pulido.

Debe ser la una. El sol está fuerte. Demasiado fuerte. Salen de todas las puertas, multitud de hombres y mujeres, que se dirigen a su trabajo. La conversación languidece.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Poco a poco van desocupándose los asientos. El señor Arroyito, escuchando las últimas palabras de Coorsi, ha alzado los hombros. Lo ha mirado con ironía. Y después, lo ha olvidado. Siente vibrar sus bigotes. Se detiene en la puerta. Y cada vez que pasa una muchacha, fea o guapa, joven o vieja, gorda o flaca, inclina su enorme cabeza de buho, y le dice dulcemente:

—¡Qué hay, preciosa!

Pedro Coorsi ríe para sus adentros, de estos revolucionarios. El sabe qué es lo que pretenden en realidad. Aquí, en Panamá, se los ha encontrado a montones. Forman un tipo de hombres. Vienen de Venezuela, del Ecuador, del Perú, etc. Hacen cátedra. Sobre todo, los primeros días. Hasta que se les conoce. Y entonces, sólo quedan los auténticos valores. Aquellos que resisten el análisis y la comprensión.

Abandona lentamente el comedor de la Abuela. Se embarca en su carro y guía hacia Avenida Central. En esta hora hay poco tránsito. Sólo uno que otro carro desperdigado se atreve a desparramar su sombra violeta sobre los ladrillos calientes.

Se acerca a Catedral, y, al entrar, siente que lo llaman:

—¡Coorsi, Coorsi!

Se vuelve y distingue, trepado en un carro, al Fat.

—¿Qué pasa?

—Quiero hablar contigo.

—Doy la vuelta.

Así lo hace. Y después de pocos instantes, se encuentra al lado del Fat.

—¿Qué quieres?

—Tómame un número de esta rifa.

—¿Cuánto vale?

—Una modesta lechuguilla.

—Bueno, pues.

—Es este carro el que estoy rifando, ¿sabes? De eso vivo ahora. Hasta hoy, he tenido suerte. Comencé con un carro de un gringo que se iba. Me lo saqué con otros. Lo

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

volvimos a rifar. Y me lo saqué yo solo. Ahora lo estoy rifando nuevamente. Es el gran negocio. Se pasa una vida acostada y rodante. Y se gana dinero. Yo tengo ya una *clientela fija*, para eso.

—Muy bien; te felicito, Fat.

—Muchas gracias.

—Me voy. Adiós.

—¡Adiós!

Piensa en este Fat. En este Fat inteligente y dinámico. Al que le reprodujeron, en cierta ocasión, sus editoriales en la Prensa de Buenos Aires. Piensa en este Fat, que fué un buen estudiante y un buen periodista. Recuerda sus campañas contra la trata de blancas. Las ediciones extras que sacó muchas veces, ágiles, nerviosas, notables. Y piensa en lo que está haciendo actualmente. Cosas de Panamá.

Los escaparates de Maduro y de Lindo, están cada vez más salpicados de elegancia. Se creyera ver detrás de cada tela, de cada objeto de lujo, la cara avarienta de los judíos hambrientos de dólares. Y los Cardoze. Y los Lyons. Toda esa fila de almacenes que son otros tantos pulpos del pueblo. Con tan buenos tentáculos, los yanquis deben estar seguros.

Felizmente, aquí viene Santa Ana. Aquí está el corazón panameño. Aquí ríe y llora la multitud que acaso tenga en sus venas sangre de Urraca, de Balboa o de Anayansi. Aquí está Santa Ana, la hirviente. Donde se hermanan los chombos y los blancos. Donde todavía hay huella de la sangre de los asesinados por los yanquis. Donde viene por las noches Morgan a tomarse sus tragos de ron. Aquí está Santa Ana, griterío y dinamia, que vió surgir y esfumarse la catarata de oro del Canal.

Arrastra distraídamente su carro, a lo largo de Avenida Central. Ahora no ve nada, no se preocupa por nada. Está demasiado abrumado con el peso de su vida interior. Aunque no quisiera, lo siente como un imperativo ineludible. Pasa y repasa en su imaginación, como un film. Va juzgando todos sus actos, uno a uno, como si quisiera asignarse un valor. Su valor en la vida.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Empieza a aumentar el tránsito. Muchos marinos llegan. Pasan, como flechas, autos repletos. Las aceras gritan las pisadas millonarias de los hombres. El sol lame los rostros con su crueldad de llama.

Coorsi sigue indiferente, recordando, desde la época del capitán de dragas, hasta ahora; desde cuando era una promesa, desde cuando pensó realizar mucho; ser, ser algo —cualquier cosa—, pero ser. Hasta ahora, en que no era nada; apenas una rueda en el engranaje de la máquina de explotación de Tommy's Place. Sentía asco de sí mismo. Le parecían todos, el propio Tommy, los marineros yanquis, los judíos yanquis, los panameños blancos; todos menos culpables que él. Menos despreciables que él, que se había vendido por una miseria, que sólo servía para conseguir hombres llenos de deseo. Para llevarlos donde las prostitutas de Tommy.

Así, a un lado, hay un grupo de gente, vociferando:

—¡Maldita sea!

—¡Otra vez los gringos desgraciados!

—¿Qué ha pasado?

—Se han subido a una casa particular, y han querido violar a una mujer casada, después de golpear canallamente al marido.

—Deben de mandarlos a la policía.

—¿A la policía? ¿Tú crees que se va a lograr nada? Lo mejor es meterles una pateada a lo que salgan.

La multitud cada vez va siendo más compacta. Coorsi tiene que parar su carro, y por un momento deja de pensar en su vida; y ve.

Ve tres yanquis que bajan las escaleras de una casa, cogidos en peso por multitud de gente. Los golpean furiosamente. Vienen amoratados, echando sangre. Tratan en vano de defenderse. Varios policías panameños quieren poner orden, pero no lo logran. De improviso aparece un "patrol", y entonces, la multitud se arremolina contra él:

—¡Han estado queriendo tirarse a una mujer casada!

—Debe de castigárseles.

—Ya es por demás esto.

Elevan los brazos. Amenazan con los puños. Son de toda clase, condición y sexo. El "patrol" mira, sonriendo:

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—¡Silencio!

Después, se acerca. Habla un poco con los policías panameños, que lo escuchan respetuosamente; y después, éstos mismos los sacan por en medio de la multitud, y los embarcan en el carro de Coorsi, que ya les ha abierto la puerta.

Frente a la casa del escándalo, quedan los vociferantes. Los marinos, aquí, en el carro, barren el ambiente con sus carcajadas salobres. El "patrol" los acompaña. Coorsi les oye burlarse del papel que hacía el marido cuando lo sacaron de su habitación, desvistiéndolo.

Y Coorsi — como siempre — vuelve a pensar en el Canal. Y entonces siente una especie de descargo de su propia conciencia. Le parece que de todo — en Panamá — tiene la culpa el Canal.

Olvida nuevamente cuanto le rodea. Siente abrirse las compuertas, las compuertas grises con corredores para el paso de hombres. Ve brotar del fondo de las construcciones de cemento, los chorros de agua espumosa, que parece hincharse. Ve subir los barcos, como si se empinaran sobre la superficie líquida. Adivina el dolor del lago Gatún por sus aguas prestadas. Por esos árboles esqueléticos que lo salpican. Ve a los barcos — con sus penachos de humo — deteniéndose en todas las esclusas. Sobre sus cubiertas, adivina el ojo miope de los que vienen a hacer la América. Y de repente, el pasado; los negros trabajando para que los barcos de los blancos no pasen por el Estrecho de Magallanes; los negros como verdadero puente para unir dos océanos. La estridencia de sus carnes alborotadas como polvo con el jadear estruendoso de la dinamita. Las enfermedades traidoras que desaparecen los pocos que quedan de la épica hazaña. Y después, acá, en la ciudad, haciendo calles para que las transiten otros; siendo odiados; formando un mundo aparte: el mundo de Calidonia y de Chorrillo, o de los barrios negros de la zona, o el salpicar heterogéneo de Colón.

Se siente irresponsable. Le parece que todos son irresponsables. Nadie sabe lo que hace ni por qué. El único que lo sabe todo, que lo puede todo, es el Canal. El Canal, que es...

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

¡Trac! ¡Trac! ¡Chissss. Rang!

Catedral. Avenida Central. El auto. El Canal. Los yanquis. Vidrios que vuelan. Terremoto. ¡Socorro! Todo se oscurece, todo da vueltas. Me voy. Me voy. Los ladrillos. ¿Dónde se habrá metido el sol? ¡Ah! sí. El amaba a una mujer. Una mujer blanca. Imposible, lejana. ¡Socorro! Sí, *él la amaba. ¡Violeta!*

Después, nada.

Los periódicos dieron la noticia al día siguiente. Se trataba de un accidente automovilístico. Un chombo, por descuido, había estrellado un carro contra un poste. El carro se había hecho pedazos. El chofer había quedado gravemente herido. Fracturas en la cabeza y piernas. Los marinos que iban de pasajeros, no habían sufrido nada. Al herido lo trasladaron al Hospital Santo Tomás.

Al poco tiempo, todo el mundo se olvidó de Pedro Coorsi. Nadie volvió a hablar más de él. Ni siquiera el Fat o el Fulo. Ni siquiera Echevers. Ni siquiera Tommy, a quien le llevó tantos marinos...

Nadie volvió a hablar más de él. Pero en el diario de una nurse fulita del Hospital Santo Tomás, se habían consignado los párrafos siguientes:

"...no he podido retirarme — a pesar de sentirme tan mal — sino hasta las diez, porque **Cama 16,** el paciente negro que tenía grave, ha muerto. Y lo he asistido en su agonía.

Desde que llegué, esta mañana, y cuando fuí a dejar la ropa de cambio sobre su cama, noté su gravedad y lo notifiqué a la jefa.

—Quizá no pasa de hoy — me respondió.

Llegó el doctor A..., que veía ese caso, y al manifestarle el estado del enfermo y preguntarle qué se le podía hacer para calmarle los dolores intensos que tenía, me miró

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

fijamente, aturdiéndome, y dijo, con un poco de brusquedad:

—¿Y qué quiere que le haga? Es un caso perdido, y, además, ¡se trata de un chombo!

—Está bien, doctor; no he dicho nada.

Y voy a retirarme, cuando me detiene y me dice, ya sin brusquedad:

—¿Te has molestado, hijita? Ponle ¼ de morfina, para que muera tranquilo.

Yo no contesto, y apunto la orden. El continúa:

—Déjate de ser tan sentimental en estos casos. Tienes que llegar a acostumbrarte.

Estamos cerca de la cama del enfermo. Vuelvo a mirarlo, y su cara, ya demacrada, se congestiona por efecto del dolor.

Le llamo la atención al doctor:

—¡Mire! ¡mire usted, cómo sufre!

Se vuelve hacia el paciente. Lo mira brevemente, y pregunta:

—¿Quién lo atiende?

—Yo, doctor.

—Ten mucho cuidado.

Me encojo de hombros. Me acerco al negro. Le tomo el pulso.

—No se le siente, doctor. ¡Tóquelo usted!

Se acerca. Lo pulsa.

—Ya te lo dije. ¡Este hombre se muere!

—¡Pero su estado no impedía que usted le ordenara algo para calmarlo, pues nada le cuesta!

—Vaya. Dejemos eso, y no te molestes. Cuando tengas otro caso en que se pueda hacer algo, llámame.

—Bueno, pues; váyase, que ya no lo necesito.

Me ha llamado la jefa:

—¿Se fué el doctor A.?

—Sí, señorita.

—¿Qué ordenó?

—Morfina, ¼.

—¿Se la pondrá usted?

—No sé. Depende del estado en que continúe.

—¡Está bien!

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Ella sigue escribiendo, y yo voy a terminar mis quehaceres. Aunque no sé ni cómo estoy caminando.

Después que he terminado con los pacientes de la sala, voy al pasillo, donde se encuentra el agonizante. Lo arreglo con rapidez y precaución, conteniendo el aliento, pues tiene una fetidez insoportable y se queja mucho.

Cuando le levanto la cabeza para colocarle bien la almohada, da un suspiro muy hondo, y entonces comprendo que ha comenzado su agonía. Llamo a la jefa. Viene; le toma nuevamente el pulso, pero no lo encuentra.

—Tómeselo en las sienes.

—No se le encuentra, señorita.

—En la arteria, entonces.

Apenas si se siente un ligero impulso en la sangre, que ya circula muy lentamente por las venas.

—Se está muriendo. ¡Y qué hedor!

Se retira. Yo me he quedado sola junto a su cama, tratando de cruzarle sobre el pecho las manos amoratadas. Sin poder apartarme de su lado; pensando en lo negro y lo joven que es. Muere en una cama de hospital. Nadie ha venido a verlo, nadie ha preguntado por él. Desde que ha venido, sólo tiene una palabra en los labios:

—El Canal.

Ha tenido pocos ratos de lucidez. Pero no se da cuenta bien de dónde está; trata de no quejarse, aunque los dolores deben ser a veces espantosos, porque se retuerce y gruesas gotas de sudor le ruedan por la frente.

Fija en mí sus ojos ya sin brillo, opacados por la muerte prematura. Lo confieso, me da cierto temor; y, sin embargo, no puedo apartarme de su lado. Su respiración es a ratos imperceptible. He mirado el reloj: 9 y 10 minutos. Vuelvo a pulsarle en la arteria del cuello. No se le siente nada. Pongo la mano en el corazón: lo mismo que la respiración, sacudidas violentas o tenues palpitaciones, ya rápidas, ya lentas. Siento un nudo apretadísimo en la garganta. Es la segunda vez que siento la muerte tan cerca. Le seco el sudor que pulula por su frente, sin cesar. Lo hago sin repulsión, con un sentimiento de tristeza que agolpa el llanto a mis ojos. El, apenas si respira. Ha tenido una agonía

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

corta. Vuelvo a mirar el reloj: 9 y 23 minutos. Está acabando por momentos.

No sé cómo puedo estar tanto tiempo a su lado, sin molestarme el hedor que despide. ¡Oh! ¡Qué angustia! ¡Me parece que no va a acabar nunca! Y yo deseo ansiosamente que se muera, para que no sufra tanto. Se ha quedado, de pronto, quieto, sin una mueca, con las pupilas turbias, siempre fijas en mí. Al tocarle los párpados, me ha temblado la mano. Le he cerrado los ojos, oprimiendo suavemente mis dedos índice y pulgar, sobre ellos. Al cabo de un momento, he apartado mi mano. Ya los tiene cerrados. Parece dormido.

Es así cómo ha muerto esté negro joven, que vino herido hace pocos días, y de quien yo, que lo asistía todos los días, sólo escuché siempre una palabra:

— **El Canal...**"

FIN

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

INDICE

BIBLIOTECA NACIONAL

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"